

REVISTA CONTEMPORÁNEA



MADRID : 1877.

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA CONTEMPORÁNEA  
PIZARRO, 15, BAJO.



# REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRIGIDA POR

D. JOSÉ DEL PEROJO.

AÑO II—III—TOMO IX

MAYO—JUNIO 1877



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJOS

PARIS, 49, RUE RICHER

BUENOS-AIRES

*Jacobsen ei Saedersledt*

HABANA

*A. Chao y Compañía.*

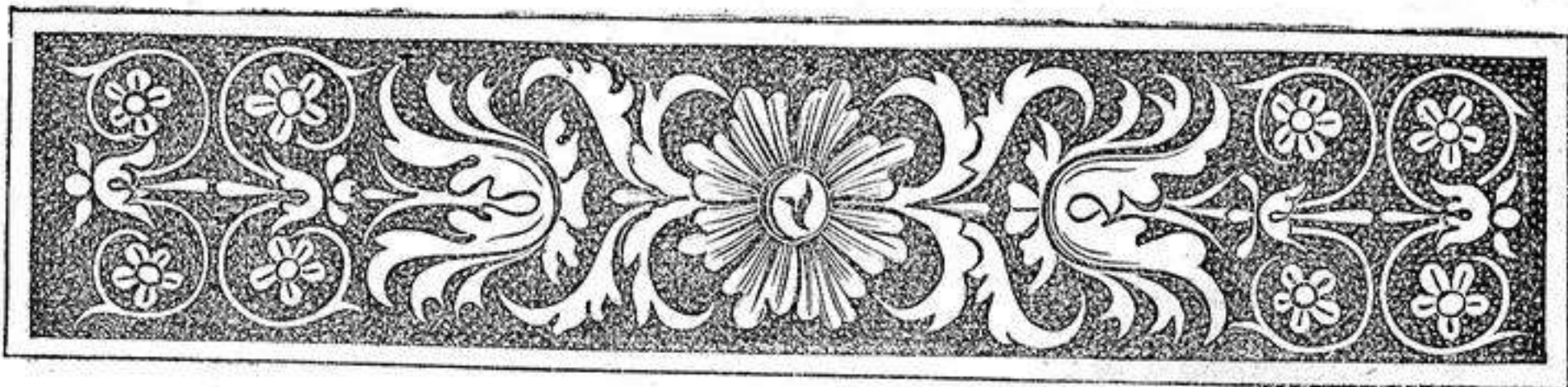
VENEZUELA

*J. M. Larrazabal.*









## EL ESPEJO.

(Conclusion.)



### II.



Mientras ambos amigos permanecían silenciosos, los ecos de la alegría general llegaron hasta el triste aposento en que se hallaban.

Era día de fiesta, y el pueblo lo celebraba con risas, canto y baile, al compás de sus bandurrias y guitarras, sin cuidarse de los pesares ajenos, ni reparar en que para los pobres presos encerrados en aquella cárcel, era un sarcasmo tanta algazara y bulla, entonando sentidas coplas, hechas con la poesía y música del alma que obedecen tan sólo á los propios sentimientos.

El eco que estas expansiones hallaron en el cuarto de Santiago, fué un suspiro de éste, que parecia salido del fondo de su alma.

Uno de los que tocaban la guitarra cantó:

*Hasta al agua que bebes  
Le tengo envidia,  
¡Mira si tendré celos  
De quien te mira!*



—*Celos*, dijo Peransurez levantándose; esta palabra es la fuente de mis males. ¡Ese hombre los expresa cantando, y yo los sentí muriendo! ¡Oh, ¡no quiero oír siquiera pronunciar semejante nombre.

La misma voz continuó:

*Yo no pretendo, serrana,  
Que me quieras á la fuerza;  
Pero sí quiero que mires  
Las penillas que me cuestas.*

—Bravo; vaya una copa, respondían los demas acompañantes, despues de escuchar el sentido acento del *cantador*:— brindemos por... por...

—Hombre, acaba, ¿por qué?

—Por... ¡la alegría!

—¡Ya lo creo! respondieron riendo los demas, en el momento de pasar por debajo de los balcones de la cárcel.

—Rui-Perez, dijo Santiago; ¡que callen esos infames, que no se burlen de mi tristeza con su alegría, que no canten mis propias penas!

—¡Egoísta! ¡cuántas y cuántas veces habrás tú reído mientras lloraba alguno de esos mismos que ahora oyes cantar! ¡Tal es la ley de la humanidad; el llanto y la risa son sus dos únicos artículos!

La alegre comparsa se iba alejando, y aún se escuchaba á la misma voz cantar esta seguidilla:

*Quiero cantar ahora  
Que tengo gana,  
Por si acaso me toca  
Llorar mañana.*

—¿Lo oyes, Santiago? parece que con sus coplas responden á lo que acabas de decirles: el pueblo es el gran filósofo, desengáñate; y sin que nadie se lo demuestre, no ignora el precio á que se compra la alegría.

—¡Al de las penas! ¿es verdad?

—Vamos, hijo mio; mucho ánimo, y sigue refiriéndome tu historia, que me va interesando como si se tratara de la de un



hijo mio, repuso el bondadoso Rui-Perez, acercando con gran solicitud una silla al preso.

—Quedamos, dijo éste, en...; ¡qué confusion de ideas!... ¿en qué quedamos?

—En que despues de recibir la carta de Delia, marchaste al lado de tu madre.

—¡Ah, es verdad! Acudí en busca de los únicos consuelos que despues de los religiosos existen, y permanecí en Avila tres meses. Transcurrido este tiempo, me ví precisado á venir, porque me reclamaba la necesaria obligacion del trabajo. No quise ver á nadie, y este deseo lo realicé unos cuantos dias; mas luego, como es natural, hallé á la gente que mis amores conocieron, y unos me miraban como si fuera un bicho raro, otros se reian de mi tristeza juzgándola ridícula, y á alguno que otro le inspiré lástima. A nadie pregunté por Delia; tuve toda esta fuerza de voluntad; el mundo, contra su costumbre tambien, tuvo el rasgo de delicadeza de no nombrarme á esa mujer. A propósito de ella; ahora recuerdo que no he referido á V. un hecho que entra por mucho en esta historia: en uno de los instantes de imposible olvido para mí, en que Delia me juraba con delirio un eterno amor, me dijo: «voy á darte una prueba de cariño.»

—¿Cuál? le pregunté, loco de felicidad.

—Este puñal, repuso; y desprendiéndose de uno pequeño que llevaba pendiente del cinturon que ceñia su talle, me lo entregó.

—Una prueba algo siniestra me das, le dije bastante asombrado.

—Oye, añadió ella entónces: es imposible que lo uses, porque no es posible que yo deje de quererte; pero te le entrego, por si alguna vez soy ingrata, que me hieras con él y me mates; ya ves que no es el puñal el que te ofrezco, sino mi vida, de la que te hago dueño absoluto en la tierra.

—¡No se compagina este acto de ardiente amor, de exaltado romanticismo, de heróica fiereza, con su posterior manera de ser, tan fria y tan frívola! dijo Rui-Perez asombrado.

—Por eso me ha oido V. decir, amigo mio, y por eso repito, que Delia es una mujer que posee un alma grande, puesto



que sólo así se comprenden actos de esta especie; ¡pero gastaba en un momento de esos toda la intensidad de su limitada vehemencia!...

—Sigue, Santiago; no te interrumpas, hijo mio.

—Pues bien: no ví en aquella oferta sino un tesoro de ternura tan incalculable, que me pareció nada comparado con el que ella me inspiró. Sentí frenético agradecimiento y guardé el puñal con tanto cariño, con tanto miedo de perderle, que hubiera querido clavarle en mi propio pecho, para sentir que realmente lo poseía.

—No te extrañe mi pregunta: ¿cómo era el puñal?

—De un tamaño regular, y hecho con toda propiedad en Toledo.

—Gracias, hijo mio; continúa.

—El tiempo pasaba, y por rara coincidencia nada sabía de Delia: tan incomprensible resignacion, tan insoportable calma, no caben en un corazon que adora, y si llegan á caber, no duran; todo tiene su límite, y el que parece más firme es el que con más facilidad vacila; en lugar de conservar para siempre tales propósitos, en el momento más inesperado se libra el verdadero amor de la cárcel de la razon, rompe sus crueles cadenas y despierta con más fuerza que nunca. Este instante llegó para mí, y una noche, en lugar de acostarme cuando concluí de trabajar, me vestí con este traje y acaricié loco de placer y de esperanza el proyecto de buscar á Delia por todos los teatros. Rui-Perez, para que se convenza V. de que el hombre enamorado no tiene más solucion que ser un niño cuando no es un verdugo, le diré que puse el mayor esmero en mi traje para que Delia no se avergonzara de mí: es decir, que mi primer acto fué respetar su frivolidad que habia causado mi desgracia. Durante varias noches la busqué en balde; no la hallé en ningun teatro; pero mi corazon se habia propuesto verla, y este entusiasta empeño tomaba ya grandes proporciones; al fin llegó una noche; ¡qué impresion, nunca se borrará de mi alma!... Sí, amigo mio, la ví en el teatro Real, y en aquel supremo instante no supe si mi vida concluia ó si empezaba: creia unas veces morir de tanto como padecia, y otras la emocion que me embargaba era superior á mi existencia,



porque los latidos de mi corazón, Rui-Pérez, no tenían medida. ¡La ví! esto fué para mí como contemplar la celeste gloria que tanto anhelamos: mientras más me consideraba, menos me conocía, pareciéndome imposible que fuese yo quien en aquel instante disfrutaba la inefable dicha de admirar á Delia. Mi mente estaba absorta en contemplarla, y cuanto más la veía más me abandonaba mi propia conciencia; perdí el juicio, enloquecí de amor. Llegué á hacerme la ilusión de que cuando ella me viese participaría de mis impresiones, y este hombre tan desengañado, llegó á convertirse en un adolescente lleno de esperanzas ante la emoción que pudiera inspirarle mi inesperada presencia. No sabía qué hacer, si acercarme ó no; luchaban en mi alma tal cúmulo de sensaciones, que no me es dado explicar á V. lo que en ella sentía. Rodeaban á Delia varios jóvenes, todos rivales míos.

—¿Todos la amaban?

—¿Qué importa que no la amaran, para ser mis rivales? Con hallarse á su lado, ya me ofendían. Sí, señor; no consentía mi corazón que en el suyo hubiera más que el amor que ansiaba inspirarle, y consideré á sus amigos como á mis mayores enemigos: mi entusiasta, y quizá incomprensible egoísmo, llegaba al extremo de que me hicieran el efecto de una cruel ofensa los favores que á Delia dispensaban; porque estos beneficios quería hacérselos yo; y sentía terribles celos al pensar en el agradecimiento que hacía semejantes acciones pudiera ella experimentar.

—¡Qué exageración!

—Pues hay más todavía. Si me hubiesen dicho que una criatura tenía en sus manos la vida de Delia, hubiera preferido que muriese antes que deber á otro su existencia. A todos estos impulsos vivía mi amor sujeto. Todas las mujeres, aunque al principio no noten que son el luminoso punto donde tiene un hombre su vista fija, poco tiempo tardan en reparar en ello, é impórteles ó no, no descansan hasta saber quién es el que las mira. Los anteojos que me prestaban el servicio de acercarla á mi vista, y que yo no desamparaba, cubrían parte de mi rostro... Por fin me vió; mis esperanzas se cambiaron en doloroso temor de que me despreciase; y poco á poco mi an-



siedad iba haciéndose fundada, al ver su imperturbable expresión. «No te adivina», me dijo el pensamiento; «no te ha conocido», el alma; el orgullo, «le eres indiferente», y el corazón «espera.» «¿Me doy por completo á conocer, ahora que nadie la habla, que nadie la distrae?» me pregunté. La respuesta fué ir avanzando hácia su palco, no sin procurar al mismo tiempo ocultarme de las demás gentes; y entónces, bajándome el embozo de la capa, quitándome los anteojos que ántes cubrían mi semblante, con la misma fe que si le enseñara el fondo del alma, que es donde residia su amor, le mostré la expresión de mis ojos, que es donde aquel se reflejaba.

—¿Qué hizo ella entónces?

—¿Qué hizo? Conocerme, y convertirme en el hombre más dichoso de la tierra; palidecer y mirarme, impregnada de divinas lágrimas su hermosa pupila; levantarse y cambiar de asiento; hablar mucho con los que la acompañaban; reír; mirar á los demás, queriendo adivinar si la adivinaban, y, en fin, dueña de sí fijar largo rato su abrasadora mirada en la mía anhelante, haciéndome poseedor de tan soñada ventura.

Bendije entónces mis pasadas penas, porque me hacian gozar aquella felicidad inexplicable.

—¿La perdonaste de corazón?

—No pensé en perdonarla, porque ya no me sentía ofendido, sino en adorarla más todavía; aquel recuerdo odioso del pasado no era compatible con tan hermoso presente; y juzgándome de nuevo amado, esperé ser para siempre tan feliz como lo era en aquel momento.

Delia me miraba unas veces con amante expresión, y ofendida otras; pero... ¡me miraba!

—¿Ofendida! ¿Por qué?

—Así como las mujeres cuando ofenden creen que los hombres deben sentir honda pena por ello, disculpan también, por duras que sean, las frases que influidos por este estado les dirigimos; en cambio no saben perdonar, porque no comprenden la intensidad del dolor causado por su ingratitud; y si éste dura mucho, llaman rencor, orgullo y frialdad de alma á lo que es tan sólo exceso de cariño. Delia no podía comprender que hubiera pasado tres meses sin buscarla, sin arrojarme



á sus piés, despues de haberme convertido en víctima de los desiguales impulsos de su corazon. Deploro tener que culparla tanto; pero no le quepa á V. duda, Ruy-Perez: cuando inspiran amor verdadero, dudan; y cuando sólo son objeto de un capricho, de una adulacion, de una apuesta, entónces creen y aman.

—¿No te contrarió hallarla en una diversion?

—Es tan imposible que las mujeres del carácter de Delia dejen de frecuentarlas, que pretender hallarla en su casa pensando en mí, hubiera sido buscar en este mundo la dicha completa. Además, deseaba tanto verla, que no me detuve ante ninguna clase de reflexiones. Continuamos unidos, durante algunos instantes, por el lazo inexplicable que formaban nuestras almas al mirarse; y sólo esta idea embargaba mis sentidos: «¡Felicidad, eres mia!»

Concluyó la funcion; me dirigí al vestíbulo, y en una de las puertas laterales, oculto por las gruesas cortinas, esperé á que Delia llegara. Al poco rato apareció, y, cansada de ser sublime, ¡creyó sin duda que era *demasiada* la dicha que me otorgó momentos ántes!, colocóse próxima á mí; mas ni me vió ni pensó en buscarme. Poco despues un jóven tuvo la desventurada idea de hablarle de nuestro pasado amor; y aquella mujer, que yo adoraba, por la que tanto habia sufrido, por quien momentos ántes olvidé todas mis penas; aquella mujer, que hizo renacer en mí la dicha con su mirada... se habia ya arrepentido de su conducta, y le oí contestar:

—No me hable usted de eso; ¿quién recuerda ya aquel desvarío?

—¿Desvarío le llama V., Delia?

—Sí; Peransurez era un egoísta, y yo sin amarle le correspondí, sufriendo sin saber por qué todas sus impertinencias.

—Delia, yo pensaba que seguia V. dando culto á aquel amor, repuso él con aire de triunfo, preparándose á hablarle del suyo.

Por el gusto de escuchar una declaracion de los labios del acaudalado marqués del Soto, que era quien le hablaba, jóven á la sazón de moda, y de quien decian las demas mujeres que *tenía mucho chic*, continuó con su ingratitud, abriendo para mis nuevas ilusiones de amor el nicho del olvido, miéntras brin-



daba con su coquetería, preciosa cuna al naciente afecto que ansiaba inspirar, sentir ó conocer. ¡Y... hé aquí el triste fin de la presente historia, el cruel desenlace del drama de mi vida, la causa de mi prision!

Ya habrá V. visto por estas confidencias el amor de que es capaz mi alma, y que Delia es una de las mujeres á quienes se adora ó se mata. Oculto en mi escondite, seguí presenciando el coqueteo, el cinismo de la mujer que amaba. ¡Cinismo! sí, lo repito; que no otro nombre merece el acto de producir con tanta tranquilidad tan incalculable sufrimiento. ¡Horrible es en verdad, para el alma herida por una ofensa, presenciar la dicha que ofrece á otro sér la misma que la ha ocasionado! Tanta infamia sólo cabe en el corazon de algunas mujeres, á quienes no mata un hombre porque no las ama bastante; pero si el amor es tal, que guarda relacion con la ira que produce el desengaño, aunque sea un delirio la venganza, puede apoderarse del hombre tan fatal locura; y entónces las consecuencias pueden ser tales, que horroricen al universo entero.

Ciego de furor, sentí impulsos de hallar al infame que con sus palabras era causa de que yo padeciese tan inícuo tormento; mas de tal lance no hubiera resultado sino su muerte ó la mia, y juzgaba tan infame á Delia, que la creí capaz de enorgullecerse porque un hombre muriese por su amor. Me llevé la mano al corazon queriendo contener sus latidos, y sentí que me habia lastimado; habia tropezado con el puñalito que Delia me regaló en otro tiempo, y que pendiente de una cinta siempre llevaba colgado; ¡qué idea me asaltó! Lo estreché entre mis manos, lo contemplé durante algunos instantes; su vista aumentó mi furor, asaltóme una sed increíble de venganza, y recordé que segun ella misma me habia dicho, su posesion me daba derecho sobre su vida. Delia seguia coqueteando con aquel maldito hombre, y debiendo suponer que me hallaba contemplándola, no vaciló en duplicar sus atenciones hácia mi inocente rival. Llegó un momento en que éste le dijo: «¡qué hermosa es V.!» Al oír estas palabras, volvió instintivamente el rostro para consultar á un espejo sobre la veracidad de aquella lisonja, y no vió su imágen sino la mia; la mia, sí, que abandonando su horroroso escondite, mostróse de pronto deján-



dola aterrada ante la cruel expresion de mi semblante; dos lastimeros ayes se escucharon, y ambos partieron casi simultáneamente de sus labios: era el uno de espanto, y el otro de dolor por la herida.

—¿Qué herida?

—La que le produjo mi puñal al clavarse en su pecho.

—¡Qué horror!

—Esta fué la exclamacion general. Tambien yo me horroricé de mí mismo; pero nadie se hará cargo de fijo del amor y de la amargura que sentí y siento todavía; nadie tendrá en cuenta lo mucho que ella me habia ofendido. Hay actos que nunca debieran llevar á cabo las mujeres, porque son el iman que atrae el acero de la venganza; y una vez puesto en manos del hombre que se ve despreciado, se excitan sus celos hasta el punto de que no hay más remedio que matar. Algo exaltado juzgará V. mi cariño, le parecerá á V. una exageracion; pero yo me siento tan orgulloso de él, que cien veces que me encontrara en igual caso, haria lo mismo, sin arrepentirme jamás; yo creo que ésta ha sido la gran prueba de amor que ha recibido Delia de mí. La he querido matar, porque por ella muero, porque me juró que me amaria siempre y faltó á su juramento, porque al darme su amor me dió su vida, y al retirármelo ella misma decretó su muerte.

—Al llegar aquí, obedeciendo á un nuevo impulso de su bondadoso corazon, añadió Peransurez:

—Pero, sin embargo, yo estaba loco, y ahora es cuando mi razon desgraciadamente empieza á adquirir alguna lucidez; cometí aquel acto de ferocidad con Delia, sin presentir sus padecimientos: pensé tan sólo en apartarla de aquel hombre y en hacer cesar aquel insoportable diálogo. Hubiérala robado arrancándola de allí con mis brazos, á no detenerme la idea de su desvío, y la herí sin pensar en nada ni en nadie, sin escuchar más que la voz de mis celos. Ahora..., yo no sé si son remordimientos, si es cariño, si es la razon volviendo á su normal estado... no sé lo que es; pero... comienzo á inspirarme horror..., empiezo á sentir hácia ella compasion..., pero no, no quiero ser tan débil; lo hecho, bien hecho está.

—Pues entónces, amigo Santiago, dijo Rui-Perez, si todos



los hombres pensaran como tú, no habria una mujer viva, y los dramas del mundo terminarian todos en una tragedia.

—Tiene V. razon, porque ninguna sabe lo que es amar; pero en cambio, si todos los hombres pensaran como yo, si las mujeres como yo sintieran, al ser fielmente correspondidas harian de la tierra el cielo. Seré ridículo, seré un fatuo, viviré en épocas olvidadas ó desconocidas; pero soy así... ¿y qué remedio? ¿qué he de hacer? ¿rebelarme contra mí mismo? Esto no puede ser, ¡amo demasiado para ello! Viví tan solo para este afecto que germinó en mi corazon sin nada que pudiese mancharlo, puesto que las malas pasiones huyeron avergonzadas ante la luz del que Delia me hizo sentir; ni aún me distraje con ningun halago del mundo; ella y mi madre fueron mi único tesoro. La amé padeciendo, me inspiró ilusiones y esperanzas..., y en fin, Rui-Perez, piensen V. y el mundo lo que quieran, repito que no me arrepiento y que el corazon me dictó aquella venganza.

Luego, levantándose, y con la expresion y el acento más dolorosos, exclamó:

—Pronto, dígamelo V., Rui-Perez; ¿ha muerto Delia?

Despues, volviendo á su anterior estado, añadió:

—Bien, ¿y qué...? si ha muerto, ¿qué me importa? ¿No he de morir tambien yo...? Y si muriese dejándola en el mundo, ¿no saldrian triunfantes la deslealtad y la infamia?

—No, no sigas, no quiero oirte: adivino una blasfemia.

—Pues he de decirla: si en el mundo no hay justicia, he hecho bien en tomármela por mi mano.

—Santiago, Santiago, faltas á Dios y á tu madre; si no la conociera, la culparía por no haber sabido arraigar en tu corazon los principios religiosos que tales males evitan.

—¡Dios! ¡mi madre...! ¡la religion! ¡Oh, es verdad! perdon; no, no culpe V. á mi madre, es una santa, ya lo sabe V.; yo, en cambio, soy un infame: perdon, Dios mio.

—Cálmate, Santiago: en verdad que tu amor es muy grande, tu amargura inmensa, y que toda esa fiebre la ha producido el delirio de una pasion insensata. Deploro y culpo tus errores; pero sigo siendo el amigo de un sér desgraciado, cuya historia me interesó desde el principio, y que ahora me aflige doble-



mente, pues juzgo difícil el remedio de tu mal; muy grave debe ser, cuando nada tienes que exponer en tu favor, y por lo tanto, la justicia tendrá que condenarte según sus leyes.

—No espero ni quiero clemencia en la tierra: allá en el cielo... ¡Dios me comprenderá!

—No te desesperes; ya veremos de arreglarlo todo; procura ahora descansar mientras yo voy á ver á Delia.

—Repita V. esas palabras; no puedo oírlas sin creer que sueño.

—Lo repito; voy á ver á Delia, á quien referiré cuanto me has dicho; á quien haré ver la enormidad de sus culpas; y si sus instintos, si su naturaleza responde á tanto sentimiento, triunfará, no lo dudes, de su educación.

—¡Delia... quién sabe si...!

—No pienses tal cosa; Delia vivirá.

—Dios le pague á V. el bien que me hace; que yo no podría de ningún modo.

—Adios, Santiago; vendré dentro de dos días.

—¡Dos días! ¡Qué eternidad!

Y estrechando con el mayor afecto entre sus brazos al infeliz preso, salió Rui-Perez de la cárcel, no sin sentirse hondamente conmovido.

Cuando se cerraron tras él aquellas formidables puertas, iba tan impresionado, que volviéndose hácia donde quedaba Santiago, exclamó:

—Claro está; yo á él no puedo darle la razón; pero adivinando su grandeza de alma, su amor, sus celos y sus esperanzas, siento impulsos de pensar que yo hubiera hecho otro tanto... ¡Vaya, vaya!... ¡Cuando digo que las mujeres son el mismísimo demonio! Ahí teneis un hombre desgraciado por la ligereza de una de ellas. Si supierais, hijas de Eva, apreciar el amor verdadero, no jugariais con él. Y á todo esto, ¿qué será de la muchacha?... Voy á verla... ¡Pobre Santiago!.. Si sus padres, desde el otro mundo el uno, y la otra desde éste, pudieran comprender lo que sufre su hijo, ¡qué inmenso pesar sentirian!

.....

.....



Dos días, que fueron dos siglos para Santiago, habían transcurrido aguardando éste con indecible ansiedad la llegada de su respetable y único amigo.

Al fin llegó Rui-Perez á eso de las doce. El preso le vió entrar, y fijando en él su escudriñadora mirada, parecía querer adivinar las nuevas de que era portador.

—¡Vive! dijo el anciano, comprendiendo que esta seguridad era la que más deseaba tener Santiago.

Es tan egoísta el corazón, es tan ambicioso, que no le pareció á Peransurez bastante dicha que *viviese* Delia; quería al mismo tiempo oír: te ama; y su alegría no fué tan grande como habrán pensado nuestros lectores al escuchar *tan sólo* que aquella existía.

—Si vive para ser mía, bendita sea; si no me ama, deploro que no haya muerto, contestó Santiago, con los ojos llenos de lágrimas.

—Santiago... calla, calla, hijo mio, repuso Rui-Perez, tapándole con su mano la boca; no seas inhumano; piensa en que Dios te oye y en que espantan tus palabras. Injusto, ligero y loco, hablas sin saber, sin detener el extraviado vuelo de tus feroces instintos.

—¿Qué quiere V. decir?

—No mereces que te lo diga.

—Hable V., y téngame lástima.

—Pues oye, añadió conmovido Rui-Perez, la herida de Delia es leve; la he visto, y la he hablado de tí...

—¡Pronto! ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha dicho? ¡Yo muero de ansiedad!.. Rui-Perez... ¡qué despacio habla V...!

—Calma, hijo mio, añadió riendo bondadosamente el anciano: Delia ha llorado.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco, cuando aguardabas que hubiese muerto, que no te amara?.. ¿no das valor al juramento silencioso que formula el llanto?

—Las mujeres disponen de las lágrimas á su antojo.

—No seas injusto, Santiago; no hables así; la idea más tierna, la que parezca más sincera, puede ser hipócrita; pero las lágrimas nunca son mentira, porque brotan de la fuente



del sentimiento. Sí; Delia lloró al escuchar la relacion de tu amor y tu amargura, y no te engañaré ocultándote que me habló de tí, que me dijo que te amaba. Sin embargo, dí más fe á una gota divina del llanto con que acompañó sus palabras, que al sinnúmero de protestas, á cual más vehementes, que me hizo. Delia tiene criterio, y no ha querido tan pronto expresar su arrepentimiento, temiendo que dudáramos de él, que le juzgásemos demasiado repentino; pero su conciencia se ha rebelado ya contra sus actos, y su amor... creo que renace.

—Yo no puedo creer en tanta ventura; no quiero pensar en ella.

—Espera, hijo mio, espera: adios, volveré pronto á verte, y no dudes que anhelo ser mensajero de felices noticias.

—¡No me atrevo á esperarlas, Rui Perez!

Tres dias pasó Santiago en la mayor angustia desde la última visita de su anciano amigo, y ya el infeliz preso se desesperaba de tanto aguardar. Creia unas veces que iba á ser sumamente dichoso, y espantábase otras de las desgracias que le auguraba su desilusionado corazon. Cuando volvió Rui Perez le dijo con toda su alma:

—¡Gracias á Dios!

—Dáselas, sí, Santiago, porque Él cuida de tí, quizá más de lo que mereces.

Peransurez no osaba pronunciar palabra alguna.

—Empezaré por decirte que la justicia...

—Déjese V. de la justicia y hábleme de *ella*, que no me importa nada más en la tierra.

—Sea como tú quieres, hijo mio, repuso con cariño Rui-Perez. No te asombres; Delia, con su antigua criada, que es más bien su amiga, ha estado esta mañana á visitar al juez. No me interrumpas, ni te dejes llevar de tus frenéticos ademanes, oye la conversacion de tu amada con el representante de la justicia :

—«No vengo con la absurda pretension de que mi perdón sea suficiente para que la justicia se lo otorgue á Peransurez; me consta que de algo sirve, y si hubiera de contribuir poderosamente, de rodillas lo imploraria del tribunal que le juzga.



Vengo, ante todo, impulsada por el sentimiento, y luego á ser prueba palpable de que el hecho no constituye delito, sino una *falta* tan sólo. Verdad que fuí herida por Peransurez; pero tambien es cierto que yo coloqué el arma en sus manos, y que luego empujé su brazo, clavando en mi cuerpo el agudo puñal.

—Explíquese V. bien, señorita, le dijo entónces el juez, cada vez más asombrado.

—Yo misma me he herido, y voy á dar á V. algunas explicaciones, por más que le parezca raro que exponga aquí mis sentimientos. Señor juez, ¡yo entónces no lo comprendí, pero ahora, no sólo sé, sino siento además, que el amor verdadero llega hasta el sublime delirio de que nos creamos mutuamente dueños de la existencia de quien con su amor nos la duplica! Santiago me quiso entrañablemente, y dominado por tanta pasión ahora lo comprendo.... parecía decirme: «vive para amarme; muere si has de ser ingrata;» por eso he dicho que yo me he herido. Le dí primero mi vida al aceptar la suya; luego, tuve la crueldad de enfermar su alma de celos, y estos son un arma envenenada que la mujer coloca en manos del hombre; si él no la ama se le caerá sin sentirlo, pero si con vehemencia la adora, en cada prueba fatal de aquellas, recordará que la posee, y llegará á sentir feroces, pero legítimos impulsos de hacer uso de ella, porque nuestras repetidas ligerezas la irán acercando hasta sepultarla en nuestro propio cuerpo con el empuje de una ingratitud. Esto hice yo; inhumana fuí con el que tan bueno se mostraba conmigo, y autora soy de un crimen que mi infame conducta hizo necesario. Si intentó concluir con mi existencia, de eso debe dar cuenta á Dios primero, y después á mí, pero á la justicia debe tan sólo constarle que mi lesión ha durado *siete dias*, que sólo se trató de una *leve falta*, que hartó ha expiado ya en la cárcel. Si aparezco como ofendida, lo repito, es falso; yo soy el delincuente, y la víctima Santiago Peransurez. Esta herida ha sido un bien para mí, é igualmente, ¿por qué no? para las mujeres todas.

—De manera, señorita, la preguntó el juez, que V. aboga por una venganza de ese género? ¡Qué sería de la sociedad, si tales ideas se arraigaran en sus principios!

—No, señor, mal puedo defender un acto que juzgo crimi-



nal; pero deseo que conste que aquí sólo hay un verdadero culpable, y que ese soy yo. Esto lo digo á la faz del orbe entero, porque la mujer que fué al principio ligera, luego frívola, despues indiferente, coqueta más tarde, ingrata por último, bien puede ser *juez* de sí misma, y más aún cuando ha lavado sus culpas con la sangre de sus venas.

—Vamos, tranquilícese V., señorita, pues sólo tengo que decirle cosas agradables. La justicia se concreta á examinar y probar los hechos para aplicar luego sus leyes. En este caso, como Peransurez es tan sólo culpable de una herida leve, puedo decir á V. que su falta quedará expiada con la pena de *quince dias de arresto y reprension*.

—¿De veras? ¡Oh! ¡Cuán feliz soy en este instante! repuso ella con indecible satisfaccion, y despidiéndose del juez volvió á su casa en el colmo de la alegría.

.....

—¿Qué dices á ésto, Santiago?

—¿Qué digo?... No lo sé... ¿Qué siento? ¡Oh!... Esto sí que lo sé: una alegría que no tiene nombre, un amor que no tiene igual, y un agradecimiento que raya en frenesí... Usted no me ha engañado ¿no es verdad? ¡Oh! Eso sería hacerme un daño que no tendria comparacion con ningun otro martirio.

—¿Crees posible una cosa así, hijo mio? Delia me ha autorizado para que te relatara su visita al juez, encargándome que te pidiese perdon en su nombre, y te asegurase que te ama, que está arrepentida, y que su solo deseo es llamarse tuya. Ademas... me ha dado esta carta para tí.

—¡Oh! Démela V. pronto, que la quiero leer mil y mil veces.

«Hubo un dia en que una infame mujer escribió estas líneas:  
 »*El hombre que no es capaz de acceder á un deseo de su*  
 »*amada, mal podrá otorgarle la felicidad indispensable en la*  
 »*difícil union del matrimonio. En el asunto del espejo he visto*  
 »*el principio de una serie no interrumpida de incesantes dis-*  
 »*gustos; y ántes de que éstos se hagan irremediabes, dando*  
 »*fin á nuestros amores los evita*

DELIA.»



«Hoy esa misma mujer, arrepentida, jura al hombre que  
 »idolatra, al que fué capaz de matarla y morir de amor por  
 »ella, bendecir este cariño y ser la compañera de su existencia  
 »para realizar en la union del matrimonio su más soñada ven-  
 »tura. Bien claro he visto, Santiago de mi vida, que miéntras  
 »yo me hundia en el precipicio de la crueldad, tú te elevabas  
 »á la altura de la pasion, y ántes que permanecer para siempre  
 »sepultada en aquel fango, reanudando nuestra pasada felici-  
 »dad, jurándote un nuevo é inmenso amor, te pide piedad y  
 »mucho cariño,

DELIA.»

—¿Quieres contestar á esa carta?

—No puedo ni áun hablar con ella: estoy seguro de que no  
 podria hallar sino frases insuficientes para expresar lo que sien-  
 to: dígame V. que no sé lo que es de mí.

—¿Le guardas algun rencor?

—¿Qué está V. diciendo? Al contrario: si ántes no me arre-  
 pentia, ahora no comprendo cómo pude ser tan infame; me  
 maldigo, y ante su perdon y arrepentimiento, álzanse tambien  
 poderosos mi arrepentimiento y mi perdon.

—Procura descansar un poco, hijo mio; no vaya á dañarte  
 tanta sobreexcitacion. Adios; mañana volveré; no sé por qué  
 siento dejarte sólo.

—¡Nada tema V., me acompaña la dicha! Ofrézcame V. que  
 cuidará á Delia mucho; ¡qué miedo tengo de que muera!

—¡Jesús! ¿quién piensa en ello?

—¡Quien ya sólo vive de la vida de esa criatura!

—Adios, loco enamorado, adios.

.....  
 .....  
 Al dia siguiente, cumpliendo su oferta, fué Rui-Perez á ver  
 á Santiago, y encontrándole rodeado de papeles, y en extremo  
 triste, le preguntó:

—¿Qué barullo es este?

—Ninguno en comparacion del que mi sér experimenta;  
 estos papeles son cartas que he intentado escribir á Delia, y  
 que una tras otra he tenido que desechar porque no acertaba



á decirle en ellas lo que siento; ¡qué pobreza de lenguaje! ¡qué frases tan mezquinas! no hay palabras en ningun idioma para describir el amor; créame V., amigo mio.

—Olvida por un momento ese afecto, y vamos á ocuparnos de otro amor más santo; hablemos de tu madre.

—¡Madre del alma! ¿Cree V. que la he olvidado? ¿Piensa V. que puede nadie prescindir de tan idolatrado sér, aunque se halle poseido del egoismo de la dicha? ¡Oh! ella vive; me lo dice el corazon á voces: sí, madre mia... tú has de presenciar la ventura de este hijo que te adora; la has de bendecir... ¡Dios mio, concédeme este bien! Cuando un hijo comprende todo el valor de una madre; cuando necesita cada dia más de su existencia... ¡cuán á menudo y con cuanta pesadumbre le asalta la terrible idea de si habrá muerto desde que no la ve!.. Pero no, la mia vive, á pesar de que debe haber sufrido mucho.

—¡Qué exaltado eres, muchacho! No me dejas hablar...

—Perdóneme V., mi buen amigo.

—Pues bien; ninguna de las cartas que le has escrito ha llegado á su poder; con intencion ó sin ella, se las han interceptado en el pueblo, y la angustia de no saber de tí la tuvo unos dias postrada en la cama: convaleciente aún, se ha puesto en camino, ha llegado hoy, y cuando yo entraba en casa de tu adorado tormento, acababa ella de pisar sus umbrales.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Santiago, que sólo pudo exclamar:

—¡Madre del alma!

—En cuanto me vió, repuso Rui-Perez, llorando con todo su corazon, me estrechó entre sus brazos, preguntándome por tí. Me apresuré á contarle en las ménos palabras posibles lo sucedido, y en cuanto se enteró de tu desgracia, dirigiéndose al general, le dijo, arrodillándose:

—¡Perdon para mi Santiago!

—Señora, repuso aquél conmovido, desde que tuvo lugar el hecho que todos deploramos le hemos perdonado mi hija y yo.

—¡Delia! exclamó tu madre, besándola con indecible ternura... ¡Cuán generosa es V.!

La pobre niña, comprendiendo el dolor de tu madre, mos-



tróse con ella cariñosísima, sin permitir que le diese las gracias siquiera.

—¡Preso mi hijo! ¡En una cárcel el que merecía un... altar!... ¡Oh, perdon! amigos míos; buscando un lugar digno para nuestros hijos, no le podemos encontrar; así es que no deben ustedes sorprenderse si en su delirio divaga el corazón de una madre. He creído morir; pero mi espíritu se ha reanimado y mi esperanza renace con la felicidad que entreveo para mi Santiago y para Delia, á quien igualmente quiero.

Al llegar aquí rompió tu santa madre en un mar de lágrimas. Lloró, y al sentir abrasado su rostro, no pudo menos de exclamar:

—¡Lágrimas! Estas son las primeras que vierto: cuando es tan grave el dolor del alma, el exceso de la pena les impide salir... ¡Y si vieran ustedes qué consuelo es verterlas!

—Llore V., señora, contestaron casi á un mismo tiempo Delia y su padre, prodigándole todo género de atenciones.

—¡Dios los bendiga! Y dígame V.: *ella* ¿cómo está?

—Sumamente contenta; amándote con entusiasmo; así como lo oyes: la que era frívola niña, se ha convertido en mujer sublime, y no por mis consejos, sino por su misma razón, por su propio sentimiento; puedes estar satisfecho; sus defectos de educación han sido vencidos por los excelentes instintos de su alma. Ya ves que has sido injusto al culpar tanto á las mujeres.

—Es verdad; vale su perdon mil veces más que mi cariño.

—Así como las desgracias nunca vienen solas, las satisfacciones tampoco: tu prision concluye dentro de muy breves dias; saldrás de esta cárcel para ir á casa de tu amada; yo vendré á buscarte, y juntos iremos á unirnos con vuestros padres y Delia, que con la mayor ansiedad te aguardan.

—¡Qué libertad tan encantadora!

—Ahora, hijo mio, permítame que te abandone: ¿qué quieres para todos ellos?

—¡Lléveles V. mi gratitud, y con ella mis bendiciones!

.....  
 .....

¡Qué envidiable alegría! ¡Qué gratitud á la Providencia!



¡Cuántos proyectos y cuántas esperanzas abrigaban la madre de Santiago, Delia y su padre!

Era el día señalado para la venida del preso; éste recobraba su libertad, y era aguardado con verdadera impaciencia.

—Para que camine de sorpresa en sorpresa, no nos presentemos reunidos, decía, loca de felicidad, la madre de Santiago.

—¿Y quién será la primera en recibirle?

—Delia, el cariño maternal cede su puesto al amor: ántes que yo le verás tú, hija mia. Esta es la prueba más grande que puedo darte de mi agradecimiento por tu perdon.

—Gracias, señora, repuso Delia conmovida.

—Olvida este nombre y dame el de *madre*: no intento reemplazar á la que has perdido, que eso fuera imposible; pero te suplico que me llames madre, porque como tal te quiero.

A cada nueva prueba de éstas, Delia se horrorizaba más de su anterior conducta, y se decía: «¡Cuánto bien iba á perder!»

.....

Son las once del día, y á esta hora el alcaide de la cárcel comunicó á Santiago la órden de libertad. El gozo que experimenta éste es imposible de describir; sin embargo, fijándonos bien, notaremos en su semblante que es víctima de una nueva contrariedad. ¿Cuál será? Aquel hombre tan feroz; aquel hombre que no concebía ántes el arrepentimiento, se halla ahora agobiado por los gritos de su conciencia, ántes dormida, y ahora despierta con el perdon de su amada.

—¿Creiste, decíase Peransurez, salir de la prision cuando se abriesen estas puertas? ¡Inocente! ¿Qué dicha ni qué libertad puede hallar la criatura cuando se encuentra atada par las cadenas del remordimiento en la cárcel de una conciencia intranquila?

Yo hice mal, muy mal; jamás hay derecho para atentar contra la vida de nuestros semejantes. ¡Qué horror! haberle usurpado á Dios facultad tan sagrada! No puedo presentarme á Delia; no soy digno de ella. ¿Qué haré...? ¡Ah! sí, ya lo sé; he encontrado el manantial de divinas esencias donde apagar la sed de perdon que abrasa mi alma; he hallado el bálsamo que curará mis heridas.

Y dominado por la inquietud que estas ideas le producian,



en un arranque violento abandonó Santiago su triste recinto, no sabe nos con qué objeto, cuando se halló frente á Rui-Perez, que iba á buscarle.

—Siempre ha de ser V. mi providencia en la tierra, exclamó Peransurez, volviendo hácia el aposento que iba á abandonar.

—Pues qué, ¿sucede algo?

—Para mí mucho.

—¿Qué es ello, hijo mio?

—Que necesito ahora mismo tener una conferencia con un sacerdote; mi conciencia está enferma, muy grave, quiero aliviar sus dolores; acudiré á Dios y él me curará.

—¡Cuánto ansiaba oírte hablar así, Santiago queridísimo! Ahora mismo se presentará aquí un respetable eclesiástico, con quien podrás entablar la conversacion que deseas.

Pocos momentos despues, entró el sacerdote que habia ido á buscar Rui-Perez: largo rato estuvo con Santiago hablando, y cuando terminó la conferencia, quedó éste más tranquilo, pues el arrepentimiento de la criatura en la tierra es el imán que atrae la misericordia de Dios.

—Alegre, dichoso, con santas aspiraciones, con sublimes ideas, con mayor cantidad que nunca de sentimiento, recobró su libertad, y dirigióse hácia donde le aguardaban los seres que más idolatraba en el mundo

.....

Al llegar frente á la casa de su amada, Santiago se sentia morir, porque tambien la dicha puede matar, cuando se arraiga en un alma tan vehemente como la suya. Tuvo que sostenerse; le faltaba el aliento; su corazon palpitaba tan fuertemente, que hubiéranse podido contar sus latidos; no acertaba á entrar, ni quiso mirar si desde el balcon ella le aguardaba, ni tampoco hacerse cargo de que habia oido abrir la puerta del piso, y que una falda de seda, resbalando sobre los escalones, le anunciaba la presencia de una mujer, que no era otra que Delia; Delia, acercándose á él, es decir, él acercándose al templo de la dicha; él, próximo á ver, á contemplar la criatura que idolatraba. Pareciéndole demasiado pronto para gozar



tanta ventura, detúvose algunos instantes, pero llegó al fin el momento de verla, y arrodillado sobre uno de los peldaños, imploró un perdón que ella se negó á concederle, llevando su delicadeza, hasta el punto de no quererse dar por ofendida, porque sólo queria tener para él amor infinito.

—Ven, Santiago, ven, vida mia; entra en tu casa, donde te aguarda tu Delia; tu Delia, que tu perdón solicita, y que sólo quiere amarte y bendecirte.

Y llevando del brazo al venturoso Santiago, que no acertaba á pronunciar palabra alguna, le introdujo en su elegante gabinete, alhajado de linda tela persa blanca con flores de preciosos matices, donde en artística pajarera cantaban infinidad de pajarillos saludando al sol, cuyos rayos iban tambien á ser testigos de un tiernísimo diálogo, prólogo de encantadora historia.

Ella le miraba de tal manera, que para expresar lo que valia aquella mirada, sólo podemos decir que á la persona más querida le deseamos como supremo bien otra igual de quien más ame.

Sentáronse Delia y Santiago en un sofá, y ámbos, embelesados en contemplarse, no pudieron, durante mucho tiempo, apartar su vista el uno del otro.

—Sí, Delia, deja que devore cada una de tus miradas, y que mi alma incrédula ante tanta ventura se convenza de que le perteneces. Delia mírame más, y dí que me amas.

—Santiago, te lo diré mil y mil veces, no tan sólo en este instante, sino durante todas las horas de mi vida que, ¡ojalá las haga Dios eternas! para que siempre estés oyendo de mis labios estas palabras: «te idolatro;» convéncete de ello, y lleno de fe y entusiasmo, repíteme tú lo mismo.

—Eres el latido constante de mi corazón, eres mi alma entera, tú conmueves todas sus fibras; tu amor será la sola idea de mi mente, el delirio, la locura de mi vida, mi vida misma.

—Ahora, volvamos por un instante la preciosa hoja de este libro de amor que actualmente leemos, para fijarnos en la negra página, que por fortuna hemos dejado atrás, para que quien la emborronó con su cruel conducta, la arranque ahora de raíz con una explicacion y un juramento.



—¡Delia!... repuso contrariado Santiago.

—No insistas, es forzoso; te aseguro que esta será la última vez que hable de ello, pero necesito hablar porque si no sufriría.

—Sea, pues tú lo quieres.

—Santiago mio, yo siempre te amé; pero me sucedió lo que era natural dadas mis frívolas ideas; no pude apreciar tu mérito, y creyendo en el amor de todos los hombres no comprendí que ninguno lo sabia sentir como tú. Aspiré la única atmósfera en que creia poder vivir: desoí mis propias reconvencciones, impedí que tomase cuerpo el naciente pesar que sentia por haberte abandonado, y sólo escuché la voz del lujo, de la vanidad y de las necias preocupaciones. De nada me sirvió más tarde intentar combatir mi arrepentimiento, pues éste crecia por instantes: quiero explicártelo bien para que comprendas que la reaparicion de mi amor no es uno de los momentos de entusiasmo que á veces engañan no sólo á los hombres, sino á las mismas mujeres, sino que ha germinado en mí desde el momento en que te ofendí, desde aquel dia fatal en que por verme en un *espejo* renuncié á la dicha de contemplarme en el de tus ojos; entónces estaba en un error, yo no queria sufrir, queria tan solo gozar... se entiende, lo que entónces creia yo que era *gozar*! Te ví despues en el teatro... ¡no lo sientas, Santiago mio, que hoy adoro esa fecha! sí, te ví, y lo que mi alma experimentó, bien lo recuerdas, ¿no es verdad? fué una sorpresa, una dicha indecible... Despues... yo misma pienso en ello, y no logro darme cuenta de aquel cambio... ¡de aquella infamia, mejor dicho! Deploraba mi emocion, ¿á qué negártelo, ahora que te idolatro? la deploraba, sí, porque mis fibras parecian sentir pereza por vibrar con las acordes pulsaciones del amor, y quise probarme; perdí la razon é hice que tú la perdieras tambien; cometí la infamia de reirme cuando debí calcular que estarias llorando con ese llanto del alma que en el alma queda, y entónces llamé sobre mí tu castigo, y tu castigo vino porque lo merecia; al contemplar tu semblante, alterado por los celos, me horroricé de mi fingida alegría, quise volverme atrás y deshacer lo hecho, pero ya era tarde; ¡ya sabes lo que sucedió!



—¡Te herí!

—No; me hiciste dichosa, porque aquella bendita herida, en cuya sangre purifiqué mis sentimientos, y por la que te adoro, me hizo apreciar en su justo valor toda tu conducta: no ví en en tus manos el puñal homicida, sino el salvador instrumento que al herir mi cuerpo me hacia comprender el dolor de tu alma, haciendo nacer vigoroso, puro y sublime el amor que hoy te juro y que ha de ser eterno, porque le siento crecer en mi corazon entusiasmado y orgulloso. Salvarte fué mi único afan, verte mi solo anhelo, adorarte el objeto de mi vida, y lo repito, al sentir la fiebre de mi herida me expliqué la de las tuyas que, aunque no se veian ni manaban sangre, eran más crueles que las mias, porque fueron ocasionadas por ese arma fatal que se llama ingratitud. Perdon, Santiago, te lo pido de rodillas, porque más necesito obtenerlo cuanto más reflexiono lo que has padecido por mi causa.

—No hablemos si no de *amor*, alma mia; este es nuestro porvenir, que bendigo con el alma entera. No pienses más en eso; recuerda que me lo has prometido, y quede entre nosotros arrancada para siempre esa página que me espanta.

—Mi olvido la hará cenizas, querido Santiago, y esta última explicacion será el fuego en que se consuma.

.....  
.....

Han transcurrido dos meses.

Una mañana, á los pocos momentos de volver de la iglesia donde acababan de verificar su boda Delia y Santiago, hallábanse éstos en su casa y sentados en el mismo sofá en donde tuvo lugar la explicacion del cambio de sentimientos verificado en ella, bendiciendo á Dios que los habia protegido de una manera tan evidente, concediéndoles la suprema felicidad de sus corazones.

Santiago dirigió una mirada en torno suyo, y como no encontrase el espejo que adornaba el cuarto de su amada días ántes, le preguntó:

—¿Y tu espejo?

—Al entrar tú como dueño de esta habitacion, ha tenido que desaparecer de mi vista.



—¿Qué quieres decir? preguntó Peransurez presintiendo la dicha de una cariñosa protesta.

—Que su presencia me pareció un mal presagio para nuestra dicha, y que por eso me he desprendido del odioso objeto que rompió nuestra felicidad, y que más tarde reprodujo tu amargura. Si ántes cometí la infamia de exigirte un espejo como prueba, no de amor, si no de frívola terquedad, ahora te exijo que no consientas uno igual en mi casa... pero en cambio te voy á pedir otra cosa, continuó diciendo Delia con cariñosa coquetería.

—Habla, mi bien, pide cuanto quieras.

—Que me mires siempre, y que no me prives nunca de ver en el *espejo* de tus ojos reproducida la amante expresion de los míos.

—Delia... ¡bendita seas mil veces! Cree que tu Santiago sólo vivirá cuando en su mirada la tuya se contemple, porque para el verdadero amor ese es el *espejo* del alma.

—Es verdad, repuso Delia con inmenso cariño.

—Y ahora permítame, bien de mi vida, que yo á mi vez te dirija una súplica.

—Quiero tener el gusto de prometerte que serás complacido, ántes de saberla.

—Pues bien: si Dios nos concede una hija, deseo que cuando llegue á la edad en que una madre debe guiar el rumbo de su inocente corazon le enseñes ante todo... ¡á mirarse en tu *espejo*!

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE.





## ESPINOSA <sup>(1)</sup>



MONSEÑOR <sup>(2)</sup>

SEÑORAS Y SEÑORES.



ace doscientos años que á la tarde, y próximamente á la hora en que estamos, espiró á los 43 años sobre el tranquilo muelle de Pavilioengragt, á pocos pasos de aquí, un pobre hombre cuya vida fué tan profundamente silenciosa, que apenas se escuchó su último suspiro. Vivía en retirada estancia de honradas gentes de la clase media, que sin comprenderle, sentían por él instintiva veneración. A la mañana del último día de su vida, visitó según tenía de costumbre, á los que le hospedaban. Era día de fiesta, y el apacible filósofo conversó con aquellas buenas gentes de lo que el sacerdote había dicho, aprobándolo con celo y aconsejándoles que lo tuvieran presente para obrar en conformidad

---

(1) Nuestros lectores verán sin duda con verdadero placer este bello discurso de Renan, pronunciado en La Haya á 21 de Febrero de 1877, y del cual les ha dado ya una breve aunque puntual noticia nuestro corresponsal en Alemania Sr. Fastenrath.

(2) S. A. R. el príncipe Alejandro de los Países-Bajos.



con tal doctrina. Entrambos huéspedes (nombrémoslos, señores, que han ganado un puesto por su digna sinceridad en el bello idilio de La Haya, contado por Colero) los esposos Vander-Spik volvieron despues á sus devotos ejercicios, y cuando regresaron á casa, el hombre tranquilo que albergaban habia ya muerto. Verificóse el entierro á 25 de Febrero, cual si se tratara de un cristiano viejo, en la nueva iglesia del Spuy. Todos los vecinos del barrio lloraron la muerte del sabio que acertó á vivir entre ellos, como si uno de ellos fuera. Quedó su recuerdo como una religion entre los que le habian dado hospedaje; y aquellos que le trataron, nunca hablaban de él sin llamarle, como generalmente se hacia, «el bienaventurado Espinosa.»

Los que hubieran podido descubrir la corriente que á la sazón prevalecia entre los que de ilustrados se preciaban en el farisaismo de aquel tiempo, habrian notado el extraño contraste que ofrecian el amor inspirado por aquel filósofo á los hombres sencillos y de puro corazon, y el horror que causaba á la estrecha ortodoxia que se atribuia el privilegio de la verdad. Un precito, un apestado, un sosten del infierno, el más perverso de los ateos, un criminal; todo esto fué en opinion de los teólogos y de los filósofos sensatos el solitario de Pavilioengragt. Repartiéronse retratos de éste en que se le pintaba «con las señales del réprobo en la fisonomía.» Un gran filósofo tan atrevido como él, pero ménos consecuente y no tan sincero, llamóle «miserable.» Mas al cabo sonó la hora de la justicia. Al llegar el espíritu humano en los últimos años del siglo XVIII sobre todo en Alemania, á una teología más ilustrada y á una más amplia filosofía, reconoció en Espinosa el precursor de un nuevo Evangelio. Jacobi reveló el secreto de una conversacion que tuvo con Lessing. Habia ido á verle con la esperanza de que le ayudaria contra Espinosa. ¡Cuál no sería su asombro al encontrar en Lessing un espinosista confeso! «*Εν χαί πᾶν*», le dijo éste: hé ahí toda la filosofía. Aquel que un siglo entero juzgó ateo, estaba en sentir de Novalis «ébrio de Dios.» Publícanse sus olvidados libros, y se buscan con avidez. Unánimemente decláranle padre del pensamiento moderno Schleiermacher, Goethe, Hegel, Schelling. Acaso se exageró algo en este



primer ímpetu de la tardía reparación; pero el tiempo, que pone cada cosa en su sitio, ha confirmado en el fondo el fallo de Lessing, y ya no hay un espíritu ilustrado que no salude en Espinosa al hombre que tuvo á su hora más alta conciencia de lo divino. Este pensamiento, señores, es el que os ha inspirado la idea de que su humilde y honrada tumba tenga también aniversario. La comun afirmación de la libre fe en lo infinito, es la que hoy reúne en este sitio, que fué testigo de tanta virtud, el más escogido concurso que es dado á un hombre agrupar en derredor suyo despues de muerto. Una soberana tan distinguida por los dones de la inteligencia como por los del alma, está presente en espíritu con nosotros. Un príncipe que es apreciador discreto del mérito en todas sus manifestaciones, al dar esplendor con su presencia á esta solemnidad, ha querido demostrarnos que no es ajeno á ninguna de las glorias de Holanda, y que no hay pensamiento tan elevado que no esté al alcance de su ilustrado juicio y de su filosófica admiración.

## I.

El ilustre Baruch de Espinosa nació en Amsterdam en los momentos en que nuestra república se elevaba al más alto grado de su gloria y poder. Pertenecía á la grande raza que por su influjo y servicios ocupa un puesto excepcional en la historia de la civilización. Milagro á su modo, el desarrollo del pueblo judío se verifica inmediatamente al lado de otro milagro, el desenvolvimiento del espíritu griego; pues si Grecia ha realizado primero el ideal de la poesía, de la ciencia, de la filosofía, del arte en la vida profana, si vale el término, el pueblo judío ha hecho la religion del género humano. Sus profetas inauguraron en el mundo la idea de justicia, la reivindicación de los derechos del débil que fué tanto más áspera, cuanto que ajenos á todas las ideas de futuras remuneraciones, soñaban que se efectuaría sobre la tierra en un porvenir no lejano la realización de lo ideal. Un judío, Isaías (750 años ántes de Jesucristo), se atreve á decir que los sacrificios son cosa de poco momento, y que sólo hay una que importa, la pureza del corazón y de las manos. Luego, cuando los sucesos de la tierra pare-



cen contradecir de una manera irremediable esas brillantes utopías, tiene Israel inconsecuencias sin iguales. Transportando al dominio del idealismo puro el reino de Dios, que no es propio de la tierra, una mitad de sus hijos funda el cristianismo al paso que otra continúa, á través de los suplicios de la Edad Media, esta imperturbable protesta: «Oye, Israel: Jehovah, tu Dios, es único, santo es su nombre.» Esta potente tradición de idealismo y de confianza en lo porvenir, esta religion que obtiene de sus adeptos los más heróicos sacrificios, sin que de su esencia sea prometerles algo de cierto para más allá de la vida, fué el medio sano y fortificante en que se desarrolló Espinosa. Su educacion hubo de ser en un principio completamente judáica: la gran literatura de Israel fué su primero, y á decir verdad, su perpétuo amor, la meditacion de toda su vida.

Como generalmente sucede, la literatura hebráica, al revestirse con el carácter de libro sagrado, habia venido á ser asunto de una exegesis convencional en que no se trataba de explicar los antiguos textos en el sentido de sus autores, tanto como de encontrar allí el alimento de las necesidades morales y religiosas de los tiempos. El perspicaz espíritu del jóven Espinosa comprendió muy pronto los defectos de la exegesis de la sinagoga. La Biblia que le enseñaban habia sido desfigurada por más de dos mil años de acumulados contra-sentidos. Quiso ir más allá. En el fondo estaba de acuerdo con los verdaderos padres del judaismo, y particularmente con el gran Maimónides que supo hallar el medio de introducir en el judaismo los más grandes atrevimientos de la filosofía. Entreveia con maravillosa sagacidad los grandes resultados de la exegesis crítica que ciento veinticinco años despues debia dar á luz la verdadera exposicion de las más bellas obras del genio hebráico. ¿Era esto, por ventura, destruir la Biblia? ¿Ha perdido algo esta admirable literatura con que se la comprenda, segun su verdadera fisonomía, prefiriendo hacerlo así á que se la relegue fuera de las leyes comunes de la humanidad? Ciertamente que no. Las verdades reveladas por la ciencia sobrepujan siempre los sueños que deshace. El mundo de Laplace es, á mi ver, más bello que el de un Cosmas Indicopleustes para quien aquel se asemeja á un cofre sobre cuya tapa las estrellas brillan deján-



dose ver por las hendiduras, á pocas leguas de nosotros. También la Biblia es más bella cuando acertamos á ver escalonados sobre un fondo de mil años todos los anhelos, los suspiros, las oraciones de la más alta conciencia religiosa que hubo nunca, que no cuando queremos obligarnos á hacer de ella un libro inaudito, hecho, conservado, interpretado al revés de todas las reglas ordinarias del espíritu humano.

Las persecuciones de la Edad Media habian producido, sin embargo, en el judaismo el efecto que ordinariamente producen. Hizo meticulosos y tímidos á los espíritus. Algunos años ántes, en Amsterdam, el infortunado Uriel Acosta expió cruelmente las vacilaciones que el fanatismo encuentra tan culpables como la incredulidad declarada. Los atrevimientos del jóven Espinosa fueron aún peor recibidos: se le anatematizó y tuvo que someterse á una excomunion que no habia buscado. ¡Vieja historia, en verdad, señores! Las comuniones religiosas, cunas bienhechoras de tantas virtudes, no consienten que el hombre se niegue á encerrarse exclusivamente en su seno; pretenden reducir á prision perpétua la vida que en ella nace, y tienen por apostasía la legítima emancipacion del espíritu que trata de volar por sí mismo. Paréceme oír al huevo acusando de ingratitude al pájaro salido de él; el huevo fué necesario á su tiempo, mas despues fué un estorbo y debió romperse. ¿Es, por ventura, maravilla que Erasmo de Rotterdam hallara estrecha su celda, que Lutero no prefiriese sus votos de monje al voto santo de muy diverso modo que todo hombre hace, por el mero hecho de su ser, á la verdad? Si Erasmo hubiera persistido en su rutina monástica, si Lutero hubiera seguido repartiendo bulas, habrian sido entónces verdaderos apóstatas. Espinosa ha sido el más grande de los judíos modernos y el judaismo le desterró; nada es más sencillo; así debia ser, así será siempre. Los símbolos finitos, cárcel del infinito espíritu, protestan eternamente contra los esfuerzos que hace el idealismo para darles más amplitud. El espíritu, á su vez, lucha eternamente por conquistar más aire y más luz. Hace unos ochocientos cincuenta años que la sinagoga declaró falso al que debia realizar la sin igual fortuna de sus máximas. ¿Y cuántas veces ha arrojado de su seno la Iglesia cristiana á los que más



honor habian de darle? En tales casos el deber se cumple, señores, conservando un piadoso recuerdo de la educacion que en la niñez se recibió. Acusen en buen hora las Iglesias á quien las abandona; no lograrán inspirarnos otro sentimiento que el de la gratitud; porque al fin y al cabo, el mal que pueden causarnos no es nada si lo comparamos con el bien que nos hicieron.

## II.

Vemos, pues, al excomulgado de la sinagoga de Amsterdam obligado á crearse una mansion espiritual fuera de la que ya no podia ser suya. Inspirábale el cristianismo grandes simpatías, mas temeroso de todas las cadenas, no lo profesó. Descartes acababa de renovar la filosofía con su firme y sóbrio racionalismo: este filósofo fué su maestro; tomó los problemas en el punto á que los habia llevado aquel grande espíritu; aunque vió que su teología, por miedo á la Sorbona, habia sido siempre un tanto árida. Preguntándole cierto dia Oldemburgo cuál era el defecto que encontraba en la filosofía de Descartes y Bacon, contestó Espinosa que el mejor era el de no ocuparse bastante con la causa primera. Quizás sus recuerdos de teología judáica, de la antigua sabiduría de los hebreos, ante la cual se inclinaba á menudo, sugeríanle en este sentido ideas más elevadas, aspiraciones más ambiciosas. No ya las ideas del vulgo solamente, sino aún las de los pensadores respecto de la divinidad, parecióle insuficientes; comprendió que no es posible asignar á la divinidad una parte limitada; que ella es todo, ó nada; que si lo divino es algo, debe alcanzar á todo. Veinte años meditó este problema, sin apartar de él un punto el pensamiento. La repugnancia para con los sistemas y las fórmulas abstractas no nos permite aceptar en el dia de hoy de un modo absoluto las proposiciones en que creyó haber encerrado los secretos del infinito. El universo para Espinosa, como para Descartes, no era más que extension y pensamiento: la química y la fisiología faltaban á esta grande escuela, demasiado exclusivamente geométrica y mecánica. Ajeno á la idea de la vida y á las nociones referentes á la constitucion de los cuerpos que debia revelar la química; demasiado unido todavía á las expresio-



nes escolásticas de sustancia y atributo, Espinosa no alcanzó al vivo y fecundo infinito que la ciencia de la naturaleza y de la historia nos enseña presidiendo en el espacio sin límites á un desarrollo cada vez más intenso; mas prescindiendo de alguna aridez en la expresion, ¡cuánta grandeza en la inflexible deducción geométrica, que iba á parar en la proposicion suprema: «la sustancia se desarrolla necesariamente por una infinidad de atributos infinitos infinitamente modificados!» Dios es por tanto el pensamiento absoluto, la conciencia universal. El ideal existe, y aún es la verdadera existencia; lo restante no es otra cosa que apariencia y frivolidad. Los cuerpos y almas son puros modos, cuya sustancia es Dios: los modos solamente están en el tiempo; la sustancia en la eternidad. Por manera que Dios no se demuestra, y su existencia resulta de su sola idea: todo lo contiene y lo supone. Dios es la condicion de toda existencia, de todo pensamiento. Si Dios no existiera, el pensamiento podria concebir más que la naturaleza suministrar, en lo cual hay contradiccion.

Espinosa no entendió claramente el progreso universal: el mundo, tal como lo concibe, parece cristalizado de cierto modo en una materia, que es la extension incorruptible, en un alma, que es el inmutable pensamiento; el sentimiento de Dios le priva del sentimiento del hombre: en presencia sin cesar de lo infinito, no estudió suficientemente lo que de divino se oculta en las manifestaciones relativas; mas comprendió mejor que nadie la eterna identidad que sirve de fundamento á las evoluciones pasajeras. Todo lo que es limitado parecióle frívolo é indigno de ocupar la atencion de un filósofo. Con atrevido vuelo llegó á las altas cimas cubiertas de nieve, sin dirigir una mirada á la rica vegetacion que se produce en el flanco de la montaña. A una altura así, en que otro pecho, que no fuera el suyo, jadearia, vió él, y gozó, y se dilató, como la generalidad de los hombres en los climas templados que convidan á la molicie. Lo que habia menester, era el aire de los hielos con su fuerte y penetrante crudeza. No pretende que le sigan: parece á Moisés, á quien son revelados en la montaña secretos desconocidos del vulgo; mas creedlo, señores, fué el iluminado de su tiempo; fué á su hora el que vió mejor á Dios.



## III.

Creeríase que aislado en esas nevadas cimas, era para las cosas del hombre un espíritu falso, un utopista ó un desdeñoso escéptico. No es exacto, señores; la aplicación de sus principios á las sociedades humanas le preocupaba sin cesar. Repugnábanle igualmente el pesimismo de Hobbes y los sueños de Tomás Moro. La mitad al ménos del *Tratado teológico-político* publicado en 1670 podría reimprimirse actualmente sin perjuicio de su oportunidad. Escuchad su admirable título: *Tractatus theologico-politicus; continens dissertationes aliquot quibus ostenditur libertatem philosophandi non tantum salva pietate et reipublicæ pace posse concedi sed eandem nisi eum pace reipublicæ ipsaque pietate coli non posse*. Imaginábase hacia siglos que la sociedad descansa en dogmas metafísicos. Espinosa comprendió de un modo profundo que los pretendidos dogmas necesarios para la humanidad no pueden eximirse de la controversia, que la misma revelación, si por ventura la hay, como necesita pasar para que llegue á nosotros por las facultades del espíritu humano, no está tampoco fuera del alcance de la crítica. Quisiera poder citaros íntegro aquel admirable capítulo XX, en que nuestro gran publicista consigna con magistral superioridad el dogma nuevo á la sazón, controvertido aún hoy, que llamamos libertad de conciencia: «El fin último del Estado, dice, no consiste en dominar á los hombres, en intimidarlos para que se contengan, en someterlos á ajena voluntad, sino al contrario, en dejar que viva cada cual en lo posible con seguridad, es decir, en conservar intacto el derecho natural que le asiste para vivir sin daño para sí ni para los demás. No: el fin del Estado no es el de transformar á los hombres de seres razonables en animales ó autómatas; su fin consiste en obrar de tal manera, que los ciudadanos desenvuelvan con seguridad sus cuerpos y espíritu, usando libremente de su razón. El fin del Estado es, por tanto, la libertad... El que quiera respetar los derechos del soberano, no debe obrar nunca en oposición con sus de-



cretos ; mas tiene cada cual el derecho de pensar como quiera y de decir lo que piensa, á condicion de que se limite á hablar y enseñar á nombre de la pura razon, y de que no trate por sí y ante sí de introducir innovaciones en el Estado. Un ciudadano demuestra, por ejemplo, que determinada ley repugna á la sana razon y cree que por este motivo debe ser derogada ; somete su opinion al juicio del soberano, que es el único á quien toca establecer y abolir las leyes, y si en este intervalo no hace nada contra la ley, merece á la verdad bien del Estado...»

«... Admitamos que sea posible sofocar la libertad de los hombres y sujetarlos al yugo, á tal punto que no se atrevan á murmurar algunas palabras sin aprobacion del soberano, y nunca se conseguirá, sin duda, que piensen segun su libre voluntad. ¿Qué resultará de esto? Los hombres pensarán de un modo y hablarán de otro muy distinto, y por consecuencia, la buena fe, virtud tan necesaria al Estado, se corromperá ; la adulacion, que es tan detestable, y la perfidia, serán enaltecidas llevando consigo la decadencia de todas las buenas y sanas costumbres... ¿Hay, por ventura, algo más funesto para un Estado que desterrar como perversos á honrados ciudadanos porque no participan de las opiniones de la multitud y desconocen el arte de fingir? ¿Hay, por ventura, algo más fatal que tener por enemigos y dar muerte á hombres que no han cometido otro crimen que el de pensar libremente? De este modo, el cadalso, que es terror de los malvados, tórnase en el glorioso teatro donde la tolerancia y la virtud brillan en todo su esplendor y llenan de oprobio públicamente á la majestad soberana. Sin duda alguna, no se aprenderá otra cosa ante tal espectáculo que á imitar á esos nobles mártires, ó si se teme á la muerte, á convertirse en cobarde adulador del poder. Nada es, por consiguiente, tan peligroso como referir y someter al derecho divino cosas de pura especulacion y sujetar á las leyes opiniones que son y pueden ser asuntos de discusion entre los hombres. Si el derecho del Estado se limitara á reprimir los actos, dejando impunes las palabras, no se convertirian tantas veces en sediciones.»

Más avisado que muchos pretensos hombres prácticos, nues-



tro pensador comprende perfectamente que no hay más gobiernos duraderos que los gobiernos razonables, ni más gobiernos razonables que los gobiernos templados. Léjos de que el Estado absorba al individuo, da á éste sólidas garantías contra la omnipotencia del Estado. No es un revolucionario, es un moderado; transforma, explica, pero no destruye. Su Dios no es de aquellos que se complacen en las ceremonias, los sacrificios y el olor del incienso, y sin embargo, Espinosa no se propone de modo alguno destruir la religion. Inspírale el cristianismo profunda veneracion, un tierno y sincero respeto. Lo sobrenatural carece de sentido en su doctrina; segun sus principios, todo lo que estuviese fuera de la naturaleza, estaria fuera del sér, y por consiguiente, sería inconcebible. Los reveladores y profetas fueron hombres como los demas. «No es pensar, dice, sino soñar, creer que los profetas tuvieran el cuerpo humano y no tuvieran humana el alma, y por consiguiente, que su ciencia y sensaciones han sido de distinta naturaleza que las nuestras.» Las profecías no han sido privilegio de un solo pueblo, del pueblo judío. La cualidad de hijo de Dios no ha sido privilegio de un solo hombre.» «Si he de revelaros francamente mi pensamiento, diré que no es absolutamente necesario para la salvacion conocer á Cristo segun la carne; muy otro es el caso si se habla del hijo de Dios, es decir, de la eterna sabiduría divina que se ha manifestado en todas las cosas, y principalmente en el alma humana, y sobre todo, en Jesucristo. Sin esta sabiduría, no es dado á nadie llegar á la beatitud, porque sólo ella puede enseñarnos lo que es verdadero, lo que es falso, el bien y el mal... En cuanto á lo que añaden ciertas Iglesias..., he advertido expresamente que no sé lo que quiere decir, y si he de hablar con franqueza, confesaré que, á mi juicio, dicen lo mismo que si se pretendiera que un círculo se ha revestido con la naturaleza de un cuadrado.» ¿Decia Schleiermacher, por ventura, otra cosa, y Espinosa, que fundó con Richard Simon la exegesis bíblica del Antiguo Testamento, no es al mismo tiempo precursor de los teólogos liberales que en nuestros dias han demostrado que el cristianismo puede conservar todo su esplendor sin lo sobrenatural? Sus cartas á Oldemburgo sobre la resurreccion de Jesucristo y el modo de



entenderla que Pablo tuvo, son obras maestras que ciento cincuenta años despues habríanse tenido por manifiesto de una escuela de teología crítica.

Poco importa, segun Espinosa, que se entiendan de un modo ni otro los misterios, á condicion de que se les dé un sentido piadoso: el único fin de la religion es la piedad; lo que se necesita pedirle, no es metafísica sino direcciones prácticas. Realmente, no hay en las Escrituras más que una sola cosa, á la manera que en todas las revelaciones: *amad al prójimo*. La beatitud es el fruto de la religion, del cual participan todos en proporcion á su capacidad y esfuerzos. Las almas que se rigen por la razon, las almas filosóficas que ya en este mundo viven en Dios, están preservadas de la muerte; lo que ésta les arranca, no vale cosa; pero las almas débiles ó apasionadas casi por completo perecen, y la muerte, en vez de ser para ellas mero accidente, llega hasta lo íntimo de su sér... El hombre ignorante, que se deja dominar por una ciega pasion, agítase en mil diversos sentidos á merced de exteriores causas y nunca disfruta de la verdadera paz del alma; para él dejar de padecer, es dejar de existir. El alma del sabio, por el contrario, apenas se turba alguna vez. Poseyendo por medio de una cierta necesidad eterna, la conciencia de sí, de Dios y de las cosas, no deja nunca de existir y conserva siempre la verdadera paz del alma.

No podia soportar que se tuviese su intento por irreligioso ó subversivo. El tímido Oldemburgo no le ocultaba que algunas de sus opiniones parecian encaminarse, á juicio de ciertos lectores, á destruir la piedad. «Considero perfectamente útil á la práctica de la virtud, contestaba Espinosa, todo lo que se compadece con la razon.» Era intratable respecto de la pretensa superioridad de las concepciones toscamente positivas. «¿Es, por ventura, decia, rechazar toda religion, reconocer á Dios como soberano bien, y pensar que es preciso, por tanto, amarle con alma libre? Sostener que nuestra felicidad, que la libertad más alta consiste en este amor, que el premio de la virtud es la virtud misma, y que un alma ciega é impotente halla en su ceguera un suplicio, ¿es acaso, renegar de toda religion?» Descubriánse en el fondo de aque-



llos ataques sentimientos llenos de bajeza. El que se irrita contra la religion desinteresada, confesaba, segun él que la razon y la virtud no tenian atractivos para su alma y que su felicidad consistiria en vivir al antojo de sus pasiones si el temor no le contuviera. «Por manera, añadia Espinosa, que no se aparta del mal ni cumple los divinos mandamientos, sino de mala gana, al modo que un esclavo, y en premio de esta esclavitud, espera de Dios recompensas que á sus ojos son infinitamente de más valer que el amor divino. Cuanto más se haya alejado del bien y cuanto mas se haya dejado dominar por la aversion de éste más esperanzas cifra en la recompensa, y cree que aquellos á quien no refrena el mismo temor, hacen lo que él haria: ¡viven sin ley!» Parecia al filósofo que este modo de ganar el cielo haciendo precisamente lo que se necesita para merecer el infierno, es contrario á la razon, y que no deja de ser absurdo el pretender conciliarse á Dios confesándole que si no se le temiera, no se le amaria.

#### IV.

Espinosa comprendió los peligros de tocar á creencias en que son pocas las personas que admiten estas sutiles distinciones. *Caute* era su máxima predilecta, y habiéndole hecho comprender sus amigos la explosion que debia producir su *Ética*, conservóla inédita hasta su muerte. No tenia amor propio literario, y no buscaba la celebridad, tal vez porque estaba cierto de obtenerla sin buscarla. Era completamente feliz; él lo ha dicho; creámosle bajo palabra; y aún hizo más, pues nos legó su secreto. La prescripcion del «príncipe de los ateos» para hallar la felicidad, es el amor de Dios. Amar á Dios es vivir en Dios. La vida en Dios es la mejor y más perfecta, porque es la más razonable, feliz y plena; porque nos da, digámoslo de una vez, más sér que ninguna otra vida, y satisface de un modo más completo el anhelo predominante que constituye nuestra esencia.

Ajustóse enteramente á estas máximas su vida práctica, que fué una obra maestra de buen sentido y de juicio. Dirigióla con la profunda habilidad del hombre discreto que no se pro-



pone más que una cosa, y logra al fin obtenerla. No hubo nunca político que así combinara un fin con los medios de alcanzarlo. A no ser tan reservado, ¿no le habria cabido, por ventura, la suerte del sin ventura Acosta? Amaba la verdad por sí misma, y así era indiferente respecto de las injurias que le traia la constancia con que la decia, no contestando jamás una palabra á los ataques de que fué objeto. Nunca atacó á las gentes. «No entra en mis costumbres, decia, tratar de descubrir los errores en que otros incurren.» Si hubiera querido ser un personaje oficial, habria tenido que sobrellevar persecuciones, ó al ménos que caer en desgracia. No fué ni quiso ser nada. *Mihi nesciri* fué su divisa, como la del autor de la *Imitacion*. Todo lo sacrificó á la tranquilidad de su pensamiento, no obrando en esto cual egoista, pues, á todos importaba su pensamiento. Apartóse muchas veces de la riqueza que vino hácia él, y no quiso más que lo necesario. Ofrecióle una pension el rey de Francia; dióle el filósofo las gracias: ofrecióle el Elector Palatino una cátedra en Heidelberg: «Tendreis completa libertad, decíanle; pues el príncipe confía en que no abusareis de ella para perturbar la religion establecida.» — «No comprendo bien, contestó el filósofo, en qué límites puede encerrarse la libertad de filosofar que se me quiere conceder á condicion de no perturbar la religion establecida; y ademas, el trabajo que consagrara yo á la instruccion de la juventud, me privaria de adelantar en filosofía. Sólo he conseguido procurarme una vida tranquila á condicion de renunciar á toda clase de lecciones públicas.» Comprendiã que su deber era el de pensar, y pensaba, en efecto, por la humanidad, á cuyas ideas se adelantaba en más de cien años.

Llevaba esta misma instintiva habilidad á todas las relaciones de la vida; hízose cargo de que la opinion no tolera á un hombre dos atrevimientos á la par. Era libre pensador, y se juzgó obligado á vivir como un santo. Mas digo mal: su vida apacible y pura, ¿no era acaso la directa expresion de su amable y tranquila conciencia? Imaginábase entónces al ateo como á un precito armado de puñales. Espinosa fué toda su vida humilde, dulce y pio. Sus adversarios tenian la candidez de encontrarle malo, porque habrian deseado que viviese con arre-



glo al tipo consagrado, y que pasando por la vida como una verdadera encarnacion del demonio, acabara en la desesperacion. Espinosa sonreia ante esta singular pretension, y se negaba á cambiar, por complacer á sus enemigos, el género de vida que se habia impuesto.

Tuvo amigos excelentes; fué animoso cuando se necesitó serlo; protestó contra el furor popular cuando le pareció injusto. Sus muchos desengaños no impidieron que guardase fidelidad al partido republicano; el liberalismo de sus opiniones no estuvo nunca á merced de los acontecimientos. Lo que más le honra es acaso que mereció la estimacion y el sincero cariño de los séres sencillos que vivieron en derredor de él. Nada iguala, señores, á la estimacion de los pequeños; su juicio es casi siempre el de Dios. Para los buenos Van-der-Spyk, él era evidentemente el ideal del perfecto huésped. «No hubo nunca quien molestara ménos, decian algunos años despues de su muerte á Colero. Miétras que estaba en casa á nadie incomodaba; pasaba la mayor parte del tiempo tranquilamente en su estancia. Cuando acontecia que se fatigaba mucho por darse con demasiado empeño á sus meditaciones, bajaba y hablaba con las gentes de la casa de todo lo que podia ser el asunto de una conversacion usual, sin exceptuar las bagatelas.» Nunca hubo, en efecto, más afable vecino. Conversaba á menudo con su huésped, particularmente cuando ella estaba de parto, y con las gentes de la casa cuando les sobrevenia alguna afliccion ó enfermedad. Prevenia á los niños que fueran al oficio divino, y cuando volvian del sermon preguntábalos lo que habian oido y apoyaba casi siempre sin reserva lo que el predicador habia dicho. Una de las personas á quien más estimaba era el pastor Cordes, excelente persona que sabia explicar las Escrituras: iba algunas veces á oirle, y aconsejaba á su huésped que no faltara nunca á los sermones de un hombre tan discreto. Preguntóle un dia su huésped si se salvaria en la religion que profesaba: «Vuestra religion es buena, díjole él; no debeis buscar otra, ni poner en duda que en ella hallareis vuestra salvacion, si con piedad sincera sabeis vivir vida buena y apacible.»

Admirables eran su sobriedad y orden doméstico. Acudia á



sus diarias necesidades con una profesion manual, la de pulir lunetas, en la que llegó á tener mucha destreza. Los Van-der-Spyk entregaron á Colero algunos apuntes en que consignaba sus gastos, que se elevaban por término medio á un real y medio. Cuidaba mucho de ajustar sus cuentas por trimestres, con objeto de no gastar más ni ménos que lo que tenía. Su porte era sencillo, casi pobre; pero su persona respiraba una tranquila serenidad. Claro estaba que habia encontrado una doctrina á la que era deudor de un contento perfecto.

Nunca estaba triste ni alegre, y la igualdad de su carácter parecia maravillosa. Acaso experimentó alguna tristeza el dia en que la hija de su profesor Van-den-Ende dió la preferencia á Kenkering contra él; mas imagino que se consoló pronto. «La razon es mi goce, decia, y el fin á que en esta vida aspiro es la alegría y la serenidad.» No le agradaba que se elogiara la tristeza. «La supersticion, decia, es la que hace un bien de la tristeza, y un mal de todo lo que nos procura alegría. Dios seria un envidioso si se complaciera en mi impotencia y en el mal que padezco. En efecto, á medida que experimentamos una alegría mayor, nos elevamos á mayor perfeccion y participamos más de la naturaleza divina... Nunca puede, por lo tanto, ser mala la alegría, á condicion de que se rija por la ley de nuestra verdadera utilidad. La vida virtuosa no es una vida triste y sombría, una vida de privaciones y austeridad. ¿Cómo sería posible que la divinidad se alegrase ante el espectáculo de mi debilidad, ni que tuviera por buenas para mí las lágrimas, los sollozos, los temores, que son señales de un alma impotente? Sí, añadia con calor; es propio del discreto usar de las cosas de esta vida y disfrutar de ellas todo lo posible, reparar sus fuerzas por medio de una alimentacion moderada y agradable, deleitar á sus sentidos con el perfume y brillante verdor de las plantas, y hasta adornar su traje, gozar de la música, juegos, espectáculos y todas aquellas diversiones que puede proporcionarse cada cual sin daño de su persona.» Háblase sin cesar del arrepentimiento, de la humildad y la muerte; mas no es el arrepentimiento una virtud, sino la consecuencia de una debilidad; no lo es tampoco la humildad, puesto que nace para el hombre de la idea de su inferioridad; y á su vez el pensa-



miento de la muerte es hijo del temor y se alberga en las almas débiles. «De todas las cosas del mundo, decía, la muerte es aquella en que un hombre exento de preocupaciones piensa ménos. La sabiduría no es una meditacion de la muerte, sino de la vida.»

## V.

Desde los tiempos de Epicteto y de Marco Aurelio, no se habia visto una vida tan profundamente penetrada de lo divino. La filosofía racionalista habia contado hombres muy grandes en los siglos XII, XIII y XVI; mas no habia tenido santos. Muchas veces se habia mezclado algo de repugnante y duro con los más bellos caracteres del pensamiento libre de Italia. La religion habia faltado por completo en aquellas existencias rebeldas contra las leyes humanas no ménos que contra las divinas, y cuyo último ejemplo fué el del pobre Vanini. En el sistema que nos ocupa, la religion produce al libre pensamiento como una parte de la piedad; siendo para él la religion, nó una parte de la vida, sino la vida misma. Lo que le importa no es hacerse dueño de una frase metafísica, más ó ménos correcta, sino dar á la vida un polo inmóvil, una suprema direccion, el ideal.

De este modo levantó, señores, vuestro compatriota una bandera, que aún hoy puede dar abrigo á todo el que piensa y siente con nobleza. La religion es eterna. Responde á la primera necesidad del hombre primitivo, y del ilustrado; y sólo perecerá con el género humano, ó, por mejor decir, si desapareciera probaria que la humanidad degenerada se preparaba á volver al estado animal de que salió. Ningun dogma, culto ó fórmula podria agotar en nuestros dias el sentimiento religioso. Es necesario sostener estas dos aseveraciones, aparentemente contradictorias. ¡Desgraciado aquel que pretenda que la época de las religiones ha terminado! ¡Desgraciado tambien el que imagine que es posible devolver á los viejos símbolos la fuerza que tenian cuando se apoyaban en el imperturbable dogmatismo de antaño! Es preciso que prescindamos de este dogmatismo; es preciso que prescindamos de las creencias



fijas, origen de tantas luchas y conflictos, aunque tambien principio de ardentísimas convicciones; es preciso renunciar á la opinion de que podemos conservar á los demas bajo el imperio de creencias que ya no compartimos. Con razon se horrorizaba Espinosa de la hipocresía; pues esta es cobarde y vil, mas sobre todo inútil. ¿A quién se engaña aquí realmente? La persistencia con que los séres más elevados patrocinan sin reserva, á vista de las clases faltas de cultura, las formas religiosas de antaño, sólo servirá para destruir su autoridad en los dias de crisis, en que será necesario que el pueblo crea todavía en la razon y virtud de algunos.

Honremos, pues, á Espinosa, por haberse atrevido á decir: «La razon ántes que todo.» Ella no puede ser contraria á los intereses del hombre, bien entendidos. Y recordemos á los que se dejan arrastrar por irreflexivas impacencias, que nunca concibió Espinosa la revolucion religiosa sino como una transformacion de las fórmulas adoptadas. Subsistente debia quedar el fondo, á su juicio, bajo términos distintos. Si bien es verdad que rechazó enérgicamente el poder teocrático de un clero que era concebido cual distinto de la sociedad civil, y la tendencia del Estado á ocuparse en la metafísica, nunca negó el Estado ni la religion. Quería que el Estado fuese tolerante, y libre la religion. No queremos más. No es lícito imponer á nadie creencias que no se profesan. Tiranos se mostraban los creyentes de otros tiempos al hacerse perseguidores, pero al ménos eran consecuentes; si nosotros procediéramos como ellos, obrariamos de un modo absurdo. La religion es entre nosotros un sentimiento capaz de revestirse con numerosas formas; que de ningun modo equivalen unas á otras, pero que carecen, sin excepcion, de fuerza y autoridad para expulsar á los disidentes. La libertad fué la última palabra de la política religiosa de Espinosa. ¡Sea tambien la última palabra de la nuestra! Ella es la solucion más honrada de todas, y quizás al mismo tiempo la más eficaz y más segura para el progreso de la civilizacion.

La humanidad avanza, en efecto, por el camino del progreso, con paso sumamente desigual. El rudo y violento Esaú se impacienta con la lentitud que ocasiona en su marcha el re-



baño de Jacob. Demos tiempo á todos; no consintamos, por supuesto, que la candidez y la ignorancia pongan estorbos al libre movimiento del espíritu; mas no turbemos tampoco la lenta evolucion de las conciencias perezosas. La libertad de lo absurdo en unos, es condicion de la libertad de la razon en los otros. Los servicios prestados al espíritu humano por la violencia, no merecen nombre de tales. Sin duda es muy natural que los que no reconocen la importancia de la verdad, se valgan de la coaccion para obtener la sumision exterior; mas los que creemos que la verdad es cosa real y soberanamente respetable, no podemos pensar en obtener por medios violentos una adhesion que carece de valor cuando no es fruto de una conviccion sincera. Ya no se admiten fórmulas sacramentales que obran por su propia virtud, independientemente de la inteligencia de aquelá quien se aplican. Carecen de valor para nosotros aquellas creencias que no se deben á la reflexion del individuo, ni él las entiende ni se las asimila. Una conviccion producida por órden superior, es tan grande desatino como un amor que por fuerza se obtenga, ó una simpatía que por mandato ajeno se experimente. Prometámonos, señores, que defenderemos siempre nuestra libertad contra los que quieran atentar á ella; pero que tambien defenderemos cuando sea necesario la libertad de aquellos que no han respetado siempre la nuestra, y que probablemente, si lograran prevalecer, no la respetarian.

A Holanda cupo, señores, hace más de doscientos años, la gloria de demostrar la posibilidad de estas teorías, realizándolas: «¿Se necesitará por ventura, decia Espinosa, probar que esta libertad de pensar no trae inconvenientes graves, y que basta á retener dentro de los límites de un recíproco respeto á hombres de gran diversidad de creencias? Abundan los ejemplos, que pudieran citarse, y no necesitaremos ir á buscarlos muy léjos: véase, si nó, la ciudad de Amsterdam, cuyo considerable aumento objeto de la admiracion de otras naciones, no es sino el fruto de esa libertad. En esta floreciente república, en esta insigne ciudad, viven juntos, en perfectísima concordia, hombres nacidos en todas las naciones y pertenecientes á todas las sectas, sin que haya una tan odiosa, que sus adeptos, siempre que no hieran el ajeno derecho dejen de encontrar públicamente ayuda y



proteccion en los magistrados.» Así tambien pensaba Descartes cuando vino á vuestro país en busca de la calma que necesitaba su pensamiento; y gracias á este noble privilegio que vuestros padres supieron sostener gloriosamente contra todos, llegó á ser Holanda el asilo en que el espíritu humano, resguardado de la tiranía que predominaba en Europa, encontró aire que respirar, público que lo comprendiera, y órganos para multiplicar su voz, amordazada fuera de aquí.

Profundas son sin duda las heridas de nuestro siglo, crueles sus ansiedades. Nunca se suscitan impunemente tantos problemas á la vez ántes de contar con elementos para resolverlos. No somos nosotros los que rompieron el paraíso de cristal, el de reflejos de plata y azur, que encantó y consoló tantas miradas; pero está roto en pedazos, y lo que se rompe, roto seguirá sin que emprenda jamás un espíritu sério la tarea pueril de hacer que venga la ignorancia á restaurar las perdidas ilusiones. El pueblo de las grandes ciudades ha perdido casi en todas partes la fe en lo sobrenatural. Inútil seria que hiciéramos para devolvérsela el sacrificio de nuestras convicciones y sinceridad, pues no conseguiríamos nada. Mas lo sobrenatural, particularizado y entendido al modo que ántes se entendia, no es el ideal. La causa de lo sobrenatural está en peligro; pero la del idealismo no se resiente ni se resentirá nunca. El ideal es hoy como ayer el alma del mundo, el Dios permanente, la causa primordial, efectiva y final del Universo. Tal es la base de la religion eterna. Lo mismo que Espinosa no necesitamos milagros ni oraciones interesadas para adorar á Dios. Mientras haya en el corazon humano una fibra que vibre al son de todo lo que es verdadero, justo y honrado; mientras que el alma instintivamente pura prefiera el pudor á la vida y haya amigos de la verdad que sacrifiquen su reposo á la ciencia, amigos del bien que se consagren á útiles y santas obras de misericordia, mujeres cuyos corazones amen lo bueno, lo bello y lo puro, y artistas que lo expresen por medio de sonidos, colores é inspirados acentos, Dios, señores, vivirá en nosotros. Sólo el dia en que el egoismo, la bajeza del corazon, la mezquindad del espíritu, la indiferencia respecto del saber, el desprecio de los derechos del hombre, y el olvido de lo que es



grande y noble invadan al mundo, abandonará Dios al hombre. Alejemos de nosotros este pensamiento. Nuestras aspiraciones y padecimientos, nuestras mismas faltas y temeridades dan testimonio de que el ideal vive en nosotros. La vida humana tiene todavía el sello de lo divino. Nuestras aparentes negaciones no son á menudo otra cosa que escrúpulos de espíritus timoratos que temen traspasar los límites de lo que saben. Con ellos se rinde á la divinidad un homenaje preferible á la hipócrita adoracion de los espíritus rutinarios. ¡Dios está aún en nosotros, señores, Dios está en nosotros! *Est Deus in nobis.*

Inclinémonos juntos, ante el grande é ilustre pensador que doscientos años ha probó mejor que nadie con el ejemplo de su vida y con el vigor, juvenil aún hoy de sus obras, la alegría espiritual y santa unción que hay en tales pensamientos. Rindamos, como Schleiermacher, á los manes del santo y mal apreciado Espinosa, el homenaje de lo más exquisito que producir podamos: «Penetróse del sublime espíritu del mundo, el infinito fué su principio y su fin, el universo su único y eterno amor; viviendo en santa inocencia y en humildad profunda, miróse en el eterno mundo y vió que él también era para el mundo un amable espejo; estuvo lleno de religión y del Espíritu Santo: así aparece ante nosotros solitario y sin igual, maestro en su arte, pero alzándose sobre lo profano, sin discípulos y sin derecho de ciudadanía en ninguna parte.»

Este derecho es, señores, el que vais á concederle. Vuestro monumento será el punto de contacto de su genio con la tierra. Su alma se cernerá como un genio tutelar sobre los lugares en que hizo su rápido viaje entre los hombres. ¡Desgraciado aquel que al pasar arroje una injuria á su rostro dulce y pensativo! Castigado sería como todos los corazones vulgares por su misma vulgaridad y por su impotencia para comprender lo divino. Desde su granítico pedestal enseñará el pensador á todos los hombres el camino de la felicidad que alcanzó, y en los futuros siglos, cuando un hombre culto pase por el Pavilioengragt dirá para sus adentros: «aquí fué quizá donde más cerca se ha visto á Dios!»

¡Valga para todos nosotros el recuerdo de esta fiesta como un consuelo y una plática querida!

ERNEST RENAN.





## LA DEMOCRACIA EN INGLATERRA



*E. May: Constitutional History, 2 vol.—Hallam: Constitutional History of England, etc., 2 vol.—Brougham: The British Constitution.—De Lolme: La Constitución inglesa comparada, etc., etc., 1 vol.—Macaulay: Biographical and Historical Essays.—Ponton: De la libertad política en Inglaterra, 3 vol.—Gneist: La Constitution communal de l'Angleterre, 5 vol.—Crabb: History of the English Law.—Kerr: The Student's Blackstone, 1 vol.—Bagehot: La Constitution anglaise, 1 vol.—Fischel: La Constitution de l'Angleterre, 2 vol.—Annual Register: 1868-1875.—Parliamentary Debates: 1867-69-70.—Annuaire des Deux mondes, 1850-70.—Annuaire de Legislation étrangere, 1872-75.—Statesmans, Year Book, 1868-75.*

**A** sistimos á un espectáculo tan extraño como satisfactorio y fortificante. Tomando todos los tonos, aprovechando todos los pretextos, subiendo á todas las alturas y halagando todos los oídos, resuena en estos días la voz pregonera de la grandeza y poderío de Inglaterra. El hecho es nuevo. Por muchos años hemos estado acostumbrados á las más duras críticas respecto de la *soberbia* y *pérfida* Albion; y á todas horas zumbaba en nuestros oídos la fatídica profecía del hundimiento y ruina próximos de la heredera de la gran Roma en los tiempos modernos. De cuanto Voltaire y Montesquieu habían dicho en su honor, en la época en que los hombres políticos del continente europeo comenzaron á poner los ojos en la interioridad y la constitucion del pueblo británico, apenas si alguno se acordaba, bajo la pre-



ocupacion de aquella sentencia del ilustre presidente del Parlamento de Burdeos, que asigna á los pueblos comerciales, que han vivido y medrado de la injusticia y de la expoliacion de los demas, el término inexcusable de una espantosa catástrofe. Montesquieu habia dicho: «Inglaterra es el pueblo que mejor ha sabido sacar más provecho á un tiempo de estas tres grandes cosas: la religion, el comercio y la libertad;» pero estas frases palidecian ante aquellas otras que se suponian, con poco fundamento en verdad, escritas expresamente para los activos é industriosos insulares del canal de San Jorge: «en los países en que sólo domina el espíritu de comereio, se hace tráfico de todas las acciones humanas y de todas las virtudes morales; de manera que hasta las cosas más pequeñas y hasta las que pide la humanidad se hacen y se dan por dinero.» Y era de notar que en esta reaccion contra Inglaterra—que imperó desde la agonía del primer cuarto del siglo presente hasta bien entrado el tercero, y bajo las distintas influencias de la política de la Santa Alianza, del doctrinarismo francés y de la revolucion de 1848,—en esta reaccion, digo, tomaban parte los elementos más diversos y contrarios. Una de las inteligencias más claras del catolicismo contemporáneo y un alma de las más bondadosas de nuestros tiempos, el inolvidable conde de Montalembert, escribia en 1854 aquel bello libro titulado *Del porvenir de Inglaterra*, en el cual despues de advertir á sus conciudadanos, abatidos y confusos bajo el segundo Imperio, que «los eclipses sólo aterran á los salvajes y á los niños;» usaba de toda su grande autoridad, ora para recordar á los pueblos continentales sus enormes abusos y violencias en el derecho internacional como medio de atenuar el juicio que la diplomacia inglesa ante las cuestiones de Polonia y de Suiza les merecia; ora para gritar: «No, Inglaterra no está en vísperas de perecer. No ha caido al punto de preferir la democracia á la libertad, y la igualdad en la servidumbre á la vida, á la fuerza, á la independencia que saca de sus tradiciones aristocráticas. No, no seguirá el ejemplo del continente, y los enemigos de la palabra libre, los absolutistas y los socialistas, esperarán mucho tiempo aún el dia de su abdicacion y su ruina.» Y á poco un repúblico eminente de la



jóven Italia, verdadero Moisés de la gran obra realizada allende los Alpes, Mazini tenía necesidad de contradecir abiertamente el espíritu que dictó á Ledru-Rollin su libro sobre la *Decadencia de Inglaterra*, en el cual afirmaba que «el problema no consistia en descubrir si Inglaterra era grande, sino si su grandeza podia durar;» problema resuelto desfavorablemente por el revolucionario francés, y en un sentido de todo en todo opuesto por el italiano que, veia en la aristocracia inglesa «una aristocracia fuerte por sus riquezas, por su adhesion orgullosa á la grandeza y la independencia del país, y en el pasado por la iniciativa constante de todas las instituciones útiles, presentándose como moderadora, con unidad de vista y de disciplina, entre la monarquía y el elemento democrático;» pero que cediendo el terreno al elemento financiero é industrial, desaparecia al cabo, y con ella aquella monarquía «que habia llenado su mision de interponerse entre las tendencias separatistas de la feudalidad y las tendencias unificadoras, dando su nombre al crecimiento progresivo de las fuerzas nacionales.» Y en nuestra misma patria, no hace mucho tiempo he escuchado yo al orador quizás más completo de la España moderna, al elocuentísimo Alcalá Galiano, que por tanto tiempo tomó como empresa capital la de historiar el desenvolvimiento del pueblo británico, recomendándole como ejemplo digno de pronta imitacion, no há mucho, repito, le he oido yo denunciar con frase lúgubre y ademán airado la próxima ruina de Inglaterra, análoga á la del antiguo imperio romano, producida por la irrupcion de los bárbaros, si bien con la gravísima y transcendental diferencia de que ántes lo hicieron los de *fuera* y ahora lo han de realizar los de *adentro*.

Todos los intereses eminentes y en pujanza y todas las escuelas tenian en esta época su observacion ó su protesta que oponer á Inglaterra. Los ultramontanos, hechos á explicar satisfactoria y piadosamente el advenimiento y la obra de la Reforma por el deseo de Lutero de unirse á una monja, creian oportuno recordar á toda hora el gérmen de disolucion é inmoralidad, de incredulidad y materialismo, que el protestantismo entraña, y cuyos efectos desastrosos podian ya estudiarse



en el fondo de aquella sociedad británica iniciada en, el camino de las subversiones del orden moral por la consagración del adulterio de Enrique VIII, y en la senda de la rebelión á las autoridades legítimas por la violenta ruptura del Gobierno británico con el Pontificado; comprometida gravemente en la India, cuya evangelización y cultura habia abandonado para dedicarse más holgadamente al estrujamiento de los indígenas y á la decantada especulación del opio; llevada á arrostrar las prevenciones y hasta la enemiga de todos los demás pueblos, que no podrian aceptar una política inspirada, punto ménos que exclusivamente, en el deseo de hallar mercados para la industria británica, y dominar los estrechos, y los pasos y las costas de todo el mundo, tornando hipócritamente, pero sin reparar en los medios, á la negación del principio civilizador de la libertad de los mares, que en su contra y con las armas en la mano habian defendido y logrado en otro tiempo Holanda, y Francia, y los Estados-Unidos de América; propicia á abrir su seno á los revolucionarios, á los perturbadores, á los demagogos, á los impíos de todos los países, que seguros de su inviolabilidad, allí conciertan sus planes regicidas, y desde allí pueblan los aires y envian á los cuatro puntos del horizonte el satánico *delenda Cartago* de los judíos de la City y los mercaderes de Westminster: la abolición del poder temporal de los papas; sometida, en fin, á la dirección de una aristocracia materialista, que todo lo va sacrificando al deseo de dominación, y cuyo desastroso término es fácil de prever, sorprendida en noche angustiosa bajo artesonados techos, y despues de banquete babilónico por las turbas desarapadas y famélicas que allá en el negro fondo de las minas, ó entre el ruido y los efluvios de los talleres, se aperciben á la brutal satisfaccion de sus apetitos, faltas de toda educación religiosa, atentas á la palpitation de sus rencores y la siniestra elocuencia de su miseria, rebeldes á todas las leyes y todos los dioses. Los esclavistas, los esclavistas de guante blanco, y que conocen la historia de Ginés de Sepúlveda y el brasileño Pinto, los discípulos del club Massiac y los sucesores de los clubs de Liverpool y Bristol, desplegaban toda su ciencia del derecho internacional, sus conocimientos de todos los mercados y su



caudal histórico denunciando al patriotismo ofendido y á los intereses creados en peligro, los manejos de la gran pecadora de Utrecht, de la arrepentida Inglaterra, que no ha titubeado en dar 40 millones de reales á España y otros 30 á Portugal para que aboliesen la *trata* en 1815, y que ha gastado un tesoro en mantener sus cruceros sobre la costa africana desde 1817 casi hasta nuestros mismos días; que habia celebrado hasta 1853 con las potencias civilizadas 26 tratados y con los reyes y príncipes africanos 65, con el fin de terminar el horrendo tráfico; que ha entregado á sus colonos de América y del Cabo sobre 100 millones de duros como indemnizacion de los negros emancipados, amen de los gastos hechos para la educacion moral de los libertos; que ha constituido la Sociedad Abolicionista Británica y Extranjera, de imperecedera fama, y la Sociedad Protectora de los Aborígenes de todo el mundo; y en fin, que ha dado de sí esos grandes *pionneers* de la civilizacion, á los Livingstone, á Barthe, y Burton, y Richardson y Speke, á los exploradores del continente africano; relativa pero imponente compensacion á los males causados por el pabellon inglés, que en todo el siglo XVIII cubrió el robo y la exportacion de cuatro millones de negros desde las costas de Africa; sacrificios todos hipócritas, todos empeños inspirados, ora en el propósito de ejercer la policia del Océano á la manera que la habian ejercido los portugueses en los mares índicos allá hácia el siglo XVI, ora con la mira de arruinar á las Indias occidentales, levantando sobre sus ingenios abandonados, y sus campos yermos y sus ciudades hundidas la produccion azucarera de las posesiones británicas de Oriente. Los conservadores, aquellos conservadores formados en la escuela de los Villette y los Polignac, que repetian la fórmula sacramental de «gobernar es resistir,» y á las veces «gobernar es castigar», no partícipes de la seguridad con que el elocuente Donoso Cortés afirmaba que la «revolucion habia muerto para no resucitar ni al tercer dia, ni al tercer año, ni al tercer siglo,» miraban con profunda alarma el crecimiento de la ola reformista, que habia llevado á las puertas del augusto Parlamento la reforma electoral, la abolicion de la ley de cereales, la admision de los judíos con los católicos al ejercicio de los cargos públicos, el en-



sanche de la libertad de imprenta y el respeto absoluto de los derechos de reunion y manifestacion pacíficas; y con voz, ora lúgubre, ora irritada, denunciaban como sériamente amenazados de una espantosa catástrofe á los elementos conservadores y á las clases directoras de la Gran Bretaña, entrados en el camino de las concesiones, de las debilidades, de los sacrificios para contentar y detener á la bestia revolucionaria, de suyo insaciable, de natural ingrata, impaciente, desmedida, feroz; dispuesta desde su aparicion en el mundo, bajo los ardores de la fiebre, la luz de la Convencion y los besos de la ignorancia y el error, á devorar á esos flacos de espíritu y de cuerpo que una vez siquiera soñaron con excusar la crisis y contener la solucion, entreteniendole y alimentandole al mónstruo con los despojos del órden social. Los rutinarios, y los monopolizadores y los meticulosos no daban paz á la lengua para rechazar la propaganda libre-cambista, y la experiencia inglesa, como un pérfido recurso, como un lazo tendido por la patria del egoismo para esclavizar el espíritu industrial de todo el mundo en beneficio de los mercaderes y productores británicos, fuertes y poderosos, y hechos grandes y ricos, merced precisamente á una política económica y mercantil, de todo en todo contraria; la política de las Actas de navegacion y de los tratados de Utrecht y de Methuen. Y los revolucionarios, los entusiastas defensores de la renovacion social, los enamorados del enaltecimiento de las últimas clases y del triunfo del derecho sobre las injusticias, las desigualdades y los exclusivismos de la historia; los enemigos resueltos de la tradicion y los partidarios de los procedimientos de fuerza para restablecer el equilibrio de la naturaleza, recordaban con ira la decidida oposicion que la Inglaterra de los Pitt hizo á la Revolucion francesa (á pesar de reconocer la independencia de los Estados Unidos y de dejar abiertas las puertas de la sociedad británica á las grandes oleadas de la democracia americana), y condenaban sin reserva el contubernio nefando del espíritu de libertad con la tradicion aristocrática inglesa, en cuyo honor y poderío habian sido sacrificados los intereses de los obreros desde 1830 á 1840, y la noble causa de los cartistas y de los irlandeses al promedio del siglo XIX. Y los espíritus verdaderamente lati-



nos, los hombres educados por el catolicismo y la monarquía pura en la tradición romana, bajo la acción del principio igualitario, en el espectáculo de las grandes y esplendorosas construcciones históricas de los países meridionales, al amor de este cielo de centelleo y esplendores, hechos á la imprevisión y al desbordamiento, predispuestos á todo lo aparatoso y lo fantástico, los espíritus verdaderamente latinos también tenían su palabra contra ese tono severo, ese aire extravagante, esa apariencia un tanto grosera del carácter y la obra de la Gran Bretaña, contra la irregularidad aparente de su vida, contra su espíritu calculista y reservado; contra el sentido general de su política, allá en Oriente, acá en Irlanda, rigurosa, intransigente, brutal hasta pasar los límites de la crueldad, indiferente; desdeñosa, glacial en Polonia, en Holanda, en la misma Francia, según que esté ó no comprometido su exclusivo interés, su grosero provecho.

Y á estas censuras, á estas invectivas, iban unidos los recelos y los resentimientos de las naciones. España traía á la memoria la intervención de Inglaterra en la obra del quebrantamiento y destrucción de su antiguo colosal imperio. Porque la Reina Virgen, apartada del movimiento europeo, había apoyado, sin embargo, y bien directamente por cierto, la insurrección de los Países Bajos, alentándolos para hacerlos llegar hasta aquella gran victoria que en Westfalia lograron la paz de Europa y la civilización del mundo; y la rebelión de Portugal, después del período de los sesenta años, que los portugueses llaman de *esclavitud*, y nosotros de la casa de Austria, halló en la Inglaterra de la restauración hombres y dinero para sostenerse, y mediación y apoyo para asegurar su independencia por el tratado de Lisboa de 1688; y la división de los grandes dominios del hechizado Carlos II y la primera brecha abierta al Imperio colonial hispano-americano, y el descenso de la nación española á potencia de segundo orden, fueron obra muy principalmente de Inglaterra, la promovedora del tratado de Utrecht y el espíritu inspirador de los tratados de 1763; y cuando la insurrección de nuestros vastos vireinatos de la América meridional parecía próxima á ser sofocada por la acción de la Santa Alianza, solicitada por el conde de Orléans, para que restaurase



en el Nuevo Mundo el principio de autoridad atropellado, con grave exposicion á que el mal trascendiese á Europa, segun se suponía en Verona, la voz que atajó esta intervencion se hizo oír al propio tiempo en los Estados-Unidos y en Inglaterra; allá de los labios de Monroe, el representante del novísimo movimiento republicano y de las ambiciones de América; acá de los labios de Canning, el ministro de una monarquía templada y de una nacion europea. Francia tenía presente que en los momentos más críticos para la consolidacion de la hegemonia francesa en Europa, el gran enemigo, y el enemigo afortunado, había sido Inglaterra. En los siglos xvii y xviii, cuando debilitada la casa de Austria por los tratados de Westfalia y los Pirineos, hacian su camino las impacientes y desbordadas pretensiones del Rey Sol, vencedor de España, de Holanda, de Alemania, representacion perfecta del absolutismo centralizador, revocando el edicto de Nantes, promulgando el Código negro, anulando los Parlamentos, prescindiendo de los Estados generales, instaurando el Colbertismo, estableciendo las intendencias, extendiendo su proteccion á todas las autocracias y todas las tiranías de la tierra, el alma de aquella coalicion que produjo la paz de Nimega, que impidió la reunion de las coronas de España y Francia, y que á la postre dió de sí los tratados de Utrecht de 1713 y de Paris y Hutbersburgo de 1763, fué Inglaterra, que no sólo hizo consagrar la revolucion de 1688, esto es, la negacion más rotunda de la legitimidad histórica, de la tradicion monárquica, sino que expulsó á Francia de la América septentrional y de los grandes mares, y trajo al mundo é inició en las contiendas europeas á aquella Prusia, en cuyas banderas había de escribirse el triste nombre de Sedan. Y cuando en la alborada del siglo xix el coloso del siglo invadió todos los pueblos, fustigó á todos los reyes y amenazó al mundo con la repeticion exajerada de la obra de Carlo-Magno, el soldado incansable, el banquero pródigo, el alma, en fin, de aquella tremenda conjuracion del continente europeo, que produjo la profanacion de Paris y la rota de Waterlloo, fué Inglaterra, que hasta se reservó el triste honor y la refinada crueldad del cautiverio de Santa Elena.—Austria no olvidaba que ella ha-



bia sido el aliado fidelísimo y el apoyo continental de la Gran Bretaña en todas las luchas contra Francia, hasta la guerra de los *siete años*, hasta la aparición de aquel ducado de Brandeburgo, cuya causa sostuvo y con cuyo interés se unió la pérfida é insensible Albion. Holanda traía á la memoria las contiendas del siglo en que perdió el rango de gran potencia á manos de Inglaterra, y la alianza de ésta con Prusia para hollar su independencia en las cuestiones de los patriotas y el *statu derato*, á fines del siglo XVIII. Y hasta el ensoberbecido ducado de Brandeburgo y el delirante Imperio de los Czares todavía recordaban el veto impuesto á su acción por la Gran Bretaña, cuando sobre los tratados de Viena, y pasando por Laybach y por Verona, habían acariciado la idea de someter la Europa continental á la dirección de las potencias absolutistas del Norte.

Sin duda alguna, respecto de todos estos cargos había mucho que decir, y la mera enunciación de ciertas fechas y ciertos actos del capítulo de culpas, ya habla elocuentemente en favor del acusado, cuya directa y activa participación en casi todos los sucesos, á cuyo alrededor se desenvuelven la historia moderna y los grandes intereses de la libertad, de la democracia, y en una palabra, de la civilización contemporánea, aparece absolutamente probada por sus mismos detractores. Aparte de esto, los cargos venían solos, es decir, sin referencia á otros hechos en que Inglaterra también había tomado parte, que casi podría afirmarse que eran su obra exclusiva. En la hora de la pasión, en el instante de la ciega censura, nadie se acordaba de que la política, y el bolsillo y la espada de Inglaterra habían servido para salvar la libertad portuguesa contra la Santa Alianza, y la libertad española contra el absolutismo apostólico, y el espíritu helénico contra la brutalidad turca, y la vida de Italia contra la decadencia monárquica de Nápoles y la sofocadora influencia de Roma, y el equilibrio, y, sobre todo, la libertad de Europa contra los desbordamientos de Rusia. Nadie tenía para qué acordarse de que del seno de Inglaterra había salido ese gran pueblo, orgullo del siglo, admiración de propios y extraños por su vitalidad, sus progresos, sus empeños, sus audacias, sus victorias y sus esplendores, los Estados-Uni-



dos de América; y que por su acción discretísima y noblemente inspirada se habían horadado las murallas de la China, y el Egipto había entrado en el concierto del mundo, y las aduanas de los pueblos cultos habían relajado sus rigores y el porvenir se había esbozado con la súbita y prestigiosa aparición de las florecientes sociedades del Cabo y de la Australia, allí donde la naturaleza indómita ó iracunda negaba, á principios de esta misma centuria, aire, calor, espacio, luz, comodidad, vida al peregrino europeo.

No había llegado la hora de la justicia. Vivíase bajo el imperio de una gran reacción. El espíritu latino volvía sobre sí. No era por tanto extraño que el anglomano pasara por un excéntrico, y que los partidarios de la política ó del sentido de la Gran Bretaña, los defensores de ciertas instituciones y de ciertas tendencias que viven poderosamente en Inglaterra, fueran mirados con prevención, obligados á enmudecer, cuando no acusados severamente de *vendidos* á aquel *oro inglés* que por mucho tiempo se vió ó se supuso, mejor dicho, en el fondo de todos los negocios y todas las crisis del continente europeo.

Pero los tiempos han cambiado profundamente; y hoy son contados, contadísimos los que no envían una palabra de afecto ó de admiración al Reino Unido, y bien que con reservas, propias unas de las cosas en sí mismas, otras de las opiniones religiosas y políticas de los críticos, es general la recomendación de lo que en aquella feliz nación se ofrece, dándole el doble carácter de estable y progresiva de que hoy quizá ningún otro pueblo aquende el Atlántico pueda ufanarse.

Bien es verdad que hay datos de esos ante los cuales es imposible cerrar los ojos. Hemos estado escuchando por espacio de más de cincuenta años la voz que anunciaba una inminente catástrofe. Hemos asistido, sobre todo, poseídos de tanta curiosidad como terror, á cuatro grandes crisis que se daban por decisivas: á la crisis de principios de este siglo: cuando Napoleón decretó el bloqueo continental, casi al día siguiente de la emancipación de los Estados-Unidos; á la crisis imponente de la insurrección de la India; á la crisis de la reforma social entrañada por la ley electoral del 32, la ley de pobres del 34, y la ley de cereales y el libre cambio llevado hasta á las relacio-



nes coloniales, desde 1846 á 1852; y, por último, la crisis de los fenianos, temibles así por su organización y su fuerza aquende el Atlántico, como por su influencia en la República americana, de cuya Cámara de representantes, despechada por la protección que obtuvieron los cruceros confederados en Inglaterra durante la guerra civil, llegó á aprobar la derogación de la célebre *ley de neutralidad* de 1794.

Pues bien, de todas esas crisis ha salido la Gran Bretaña, y ha salido robusta, entera, más vigorosa que nunca. Hoy Inglaterra (que rigurosamente hablando sólo ocupa un área de 313.566 kilómetros cuadrados (1), en los que viven 31.857.338 almas: que son las cifras del Reino Unido é islas adyacentes) sostiene su bandera en todas las partes del mundo y sobre todas las razas conocidas, dominando una extensión de 4.677.432 millas inglesas cuadradas y una población de 199.817.108 individuos. Por tanto, su imperio ocupa como población en el mundo el segundo lugar, detrás de China que tiene 425 millones de habitantes; y como extensión también el segundo, detrás de Rusia que abarca á 8.404.767 millas cuadradas. Su comercio en 1874, tenía un valor de 607.871.641 libras esterlinas (ó sea muy cerca de 57.750 millones de reales) de los cuales, 239.436.207 libras esterlinas, tocaban á la exportación, y 368.435.434 á la importación. El presupuesto general del Estado (aparte los gastos locales) subía á 76.466.510 libras el de gastos y 77.335.657 el de ingresos, (esto es, sobre 7.264 millones de reales y 7.350 respectivamente); de modo que el ejercicio se cubría con positivos sobrantes, de ordinario bastante más de los calculados, lo cual en Inglaterra determina por parte del Gobierno insistente rebaja en los impuestos hasta el punto de que en el ejercicio de 1874-75 se redujeran en 5.030.000 libras (475 millones de reales) los derechos sobre el azúcar, sobre los caballos, el *income tax* y la contribución imperial (2). La navegación inglesa estaba representada por 21.581 barcos y 5.748.097 toneladas, cifra la mayor conocida; pues

---

(1) Esto es, 121.115 millas inglesas cuadradas.

(2) Los dos primeros (importantes dos millones de libras el uno y el otro 480.000) fueron totalmente suprimidos.



que si los Estados-Unidos, que ocupan el segundo lugar, contaban más barcos (31.684), su arcaje era bastante inferior (4.468.046 toneladas). Sus ferro-carriles ocupaban un espacio de 16.082 millas cuadradas, esto es, sólo en la Gran Bretaña é Irlanda); número inferior al de los Estados-Unidos (74.171) y superior al resto del mundo culto—al de Alemania que es 12.701, al de Rusia que es 10.560, al de Francia que es 10.872, al de Austria que es 8.990 y al de Italia que es 4.237; respecto de todo lo cual hay que advertir que Inglaterra (el Reino Unido europeo) es la trigésima parte de la extensión territorial de los Estados-Unidos, y casi la mitad que Alemania y Francia (1). Del propio modo Inglaterra aparece detrás de los Estados Unidos en punto á líneas telegráficas. Allí su extensión es de 40.398; aquí de 75.137 millas. En cambio (2) Rusia sólo tiene 31.459 y Francia 25.589 y Alemania 19.152.

La deuda inglesa, el 31 de Marzo de 1874, era de 779.283.245 libras esterlinas (74.032 millones de reales), que producía una renta de 26.706.726 (sobre 2.477 millones de reales), tan segura, que el tipo ordinario en cotización de los fondos públicos (el 3 por 100 consolidado) venía siendo superior al nominal, determinando ésto, junto con el desarrollo general de la industria y el comercio británicos, la afluencia de capital á la esfera de los negocios particulares. En Inglaterra sólo hay dos cifras modestas, mínimas: la que representa el interés corriente del dinero, reducido al 3; y la que indica el total del ejército permanente, que votado todos los años, no pasa de 100,000 hombres para el Reino-Unido y todos sus puestos militares y colonias, fuera de la India (3).

Pero sobre todos estos datos, (y prescindo de otros muchos facilísimos de reproducir y que pueden verse en todos los

---

(1) Unidas las líneas del Canadá (3.478 millas), de la India (5.707), del Cabo (134) y de la Australia (1.364) á las de la parte europea, dan una suma de 26.765 millas, cerca de la tercera parte de las de los Estados-Unidos. En España son 3.801.

(2) Sumadas todas las líneas telegráficas del Imperio británico dan una extensión de 85.540 millas: más que en la República norte-americana.

(3) El ejército de la India sube á 63.840 hombres. Válgome del *state's man Lear Book* of 1865, for 1874.



anuarios y *Reports* ingleses y franceses y particularmente en los de Mrs. Henri Martin, Rivingtons y Maurice Block) sobre todos estos datos cuyo conocimiento exige un estudio detenido y cierta cultura; sobre esas cifras y la comparacion que en seguida ocurre con los demas pueblos del mundo moderno, estaba el espectáculo que en conjunto ofrecia la Gran Bretaña celebrando sus Exposiciones industriales, de carácter internacional, y sus grandes Congresos científicos; ofreciendo seguro asilo á todos los perseguidos de la tierra, sin preguntarles su procedencia ni sus intenciones; organizando sus costosas admirables expediciones al interior de Africa y á los mares árticos; haciendo de los grandes mercados de Liverpool, y sobre todo de Lóndres, el mercado universal, y convirtiendo á *Lombard Street* en la dispensadora del crédito de todos los pueblos civilizados; llevando sus mercancías y sus gustos á todas las tierras, y haciendo triunfar el *comfort* sobre la *fantaisie* francesa y el aparato neo-romano, y, en fin, viviendo tranquila, próspera, feliz, en el pleno ejercicio de sus funciones todos los poderes del Estado y gozando de una completa libertad, sin que turbasen su vida los amagos de la dictadura, ni los temores de una violenta revolucion social, ni las impertinencias de la política de los motines y la gritería á que tan acostumbrados parecian hallarse los pueblos continentales. El convencimiento, pues, ha entrado por los ojos.

Sólo que, cuando se trata de sacar alguna utilidad de él, cuando se trata de aprovechar la experiencia británica, trasplantando al continente algunas de sus instituciones, ó trayendo aquende el mar de la Mancha el espíritu de aquel gran pueblo, frecuentemente surgen, entre ciertos políticos, tales reparos, se apuntan tales inconvenientes, se sostienen tales reservas, que reducen, punto ménos que á un empeño de pura curiosidad, el estudio de cuanto en la Gran Bretaña sucede. Otras veces, la conclusion que se saca del exámen atento y reflexivo, así del estado actual de la sociedad británica, como de sus causas y elementos conservadores, parece más satisfactoria, más útil, más política; sólo que, dominados muchos de los que esto hacen por sus instintos, sus hábitos ó sus preocupaciones en favor de determinados elementos políticos y sociales, ponen toda su atencion



en lo puramente exterior, en lo aparente, en lo que se ve y se palpa con los sentidos del cuerpo en la constitucion inglesa; y atribuyendo á esto todo lo grande que en Inglaterra acontece, vienen á sostener la conveniencia de trasplantar esa armazon á los pueblos continentales, seguros de que aquí el resultado ha de ser el mismo ó análogo al que han reconocido y aplaudido en la Gran Bretaña.

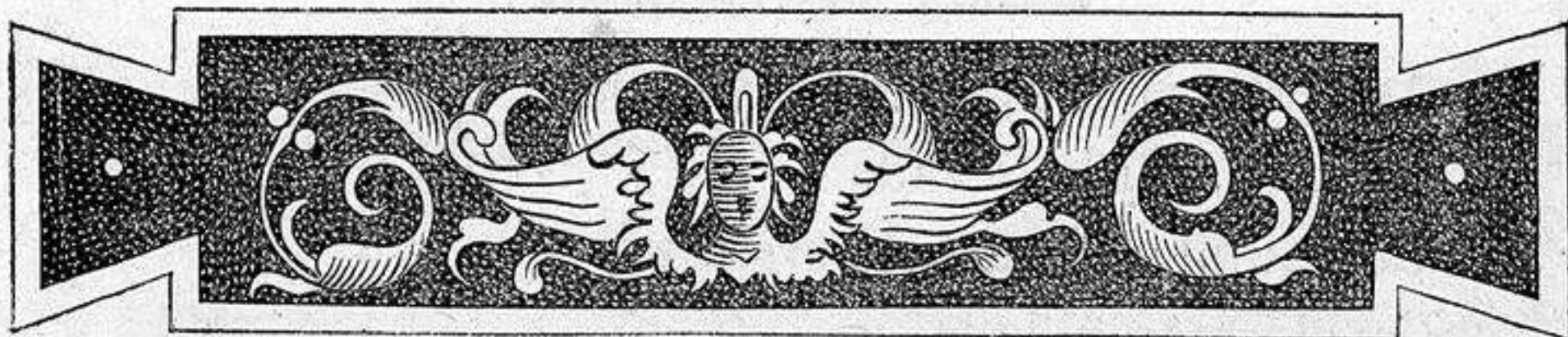
Naturalmente para este empeño hay que contar con varias condiciones. En primer término, la vida social la constituyen muchos elementos; y estudiando la existencia de un pueblo, hay que distinguir en ella, ante todo, lo que es propio y característico, lo genial de ese pueblo. Despues viene lo que responde al carácter humano, y por ende vive ó puede vivir en el seno de todos los pueblos. Por otra parte, hay que precisar discretamente las diversas esferas de accion y la influencia que cada una de ellas ejerce en la vida total del país. Pero, tanto como ésto, ha debido pesar en el ánimo de los estudiosos la importancia capital que por su propia naturaleza tiene la esfera jurídica, y la importancia particularísima que desde el siglo xvi acá tiene en el mundo culto la política.

Tarea larga, y fuera de esta oportunidad, sería la demostracion y explicacion de los dos últimos conceptos. Bastaráme recordar que el derecho es la *libre condicionalidad de la vida*, y que la política es hoy mismo el interes más saliente y la passion más enérgica de los pueblos; al punto, que las transformaciones del Estado, y, más en detalle, los cambios de los gobiernos influyan decisivamente en la marcha general de las cosas y en la vasta complejidad de la vida moderna. Y de aquí, y por ésto, la referencia al orden político británico, á la constitucion política del Reino-Unido de la Gran Bretaña, de todas las observaciones que tienen por objeto la aplicacion ó la repudiacion de los elementos é instituciones de la sociedad inglesa en los pueblos del continente europeo.

RAFAEL M. DE LABRA.







ELLA

—



A M A R Y.

—

Dir Reigung, Lieb, Ambetung, Wahnsinn zolle.  
GOETHE.—*Fausto*.

I.

Ella!... Yo la soñaba  
Antes de conocerla; noche y día  
Mi espíritu perdido la buscaba,  
Y cuando el pensamiento la invocaba  
Era que el corazón la presentía.

Ella!... Cuando la mente  
Forjaba el tipo que ideal se nombra,  
Era que en su cristal resplandeciente  
Se reflejaba la divina sombra.

Cuando la inteligencia,  
Con el secreto afán que la consume,  
Deliraba, con mística demencia,  
Era que, cual perfume,



Aspiraba el efluvio de su esencia.

Ella!... Si la mirada  
Contemplando terrena criatura,  
Quedó maravillada,  
Fué porque fascinada  
Entrevió el esplendor de su hermosura.

Ella do quier! Con incesante anhelo  
La seguí; la llamé con voz secreta,  
La busqué por la tierra, por el cielo,  
La forjé en mis delirios de poeta.

Yo la invoqué, como celeste amiga  
Que aguarda el corazón enamorado,  
Y en bajando á la tierra, nos desliga  
Del polvo terrenal que hemos amado.

Yo la miré, fantasma, por el viento  
Dejando en él su luminosa huella;  
La ví cruzar de noche el firmamento  
Y fulgurar en la remota estrella.

En el jardín, las aromosas flores  
Su purísimo aliento me enviaban,  
Y en sus vivos, espléndidos colores,  
El matiz de su rostro me pintaban.

En el dorado trigo, en la azucena  
Que en su cáliz esconde su tesoro,  
Ví la blancura de su faz serena  
Y las espigas de sus trenzas de oro.

Como la luz el que camina ciego,  
El navegante la ribera ignota,  
El peregrino el bienhechor sosiego,  
Y el triste nadador la tabla rota;

Como la abeja audaz, en sus voladas,  
La dulce flor donde libar sus mieles;  
Cual las palomas, del amor llevadas,  
El nido en paz que les aguarda fieles,

Así yo la buscaba por la tierra,  
Cual á mi luz, mi playa, mi descanso,  
Como la flor que la ambrosía encierra,  
Y la paloma del arrullo manso.



Mas, ay! en vano, triste, la llamaba;  
 A mi gemido, sorda, no acudia;  
 Impalpable, á mis manos escapaba;  
 Invisible á mis ojos, se escondia.

Otras mujeres ví, su amor me dieron;  
 Tras de su amor me devoró el hastío,  
 Pues nunca sus caricias consiguieron  
 Apagar esta sed del pecho mio.

Fueron pasando, como sombras leves,  
 Ante mi corazon; de sus abrazos,  
 Frívolas ó sin fe, torpes ó alevés,  
 Pronto rompian los endeblés lazos.

Y yo á través del terrenal camino,  
 Buscaba las señales de una huella,  
 Preguntando á los hombres y al destino:  
 ¿Dónde la encontraré? ¿Quién sabe de ella?



II.

La hallé, por fin!... Sus ojos lucieron como el dia.  
 La noche disiparon del yerto corazon,  
 Y al verla, deslumbrada quedó la fantasía,  
 Y en éxtasis callado sumida la razon.

Miré la viva esencia de su figura humana,  
 Su frente coronada de limpia castidad,  
 Sus ojos apacibles, de lumbre soberana,  
 Su cuerpo modelado con noble majestad.

Sus labios, que envidiara la rústica amapola,  
 Se abrian como el cáliz de purpurina flor,  
 Y sobre sus cabellos brillaba esa aureola,  
 Que ciñe á la pureza de vago resplandor.

Alzóse, dibujando su porte de sultana;  
 Del talle delicado las curvas admiré;  
 Su paso, recordaba la Vénus virgiliana,  
 Que diosa se mostraba con agitar el pié.

No escucha tan absorto bullir la clara fuente  
 Sediento peregrino que corre allí veloz,  
 Cual yo, de su palabra la plática elocuente,



Y el eco penetrante de su armoniosa voz.

Su voz: en ella vibra la llama de la idea,  
La gracia del ingenio, la antorcha del saber,  
La ciencia que sublima, y el arte que recrea,  
Y el juicio, soberano que rige nuestro sér.

Su labio de las lenguas domina los arcanos,  
Su frente de las letras atesoró el caudal,  
Y arrancan de las cuerdas sus delicadas manos  
De músicas divinas el clásico raudal.

Hay algo en su nobleza de la gentil Carlota  
Que inspira de los Werther la férvida pasión;  
Candor de Margarita, romántica y devota,  
Que á Fausto santifica con celestial vision;

Vigor de ninfa griega, que esbelta se levanta,  
Y en mármol eterniza su gracia y juventud;  
Pudor en sus pupilas, de la severa santa  
Que sin mirar la tierra las fija en la altitud.

Como el armiño guarda del lodo su blancura  
Y muere resignado por no manchar su piel,  
Tambien ella se aparta de la bajeza impura,  
Y para no mancharse perecerá cual él;

Y en medio del orgullo, del opulento rango,  
La pérfida asechanza y el lujo tentador,  
Armiño valeroso, por no tocar el fango,  
Dará cien vidas ántes que supreciado honor.

Profundos pensamientos fulguran en sus ojos,  
Sus prendas á su rostro le dan noble altivez,  
Y encienden su megilla los púdicos sonrojos  
De un alma á quien perturba su misma candidez.

Sensible apasionada, creyente fervorosa,  
Será, segun escuche su amor ó su deber,  
Julieta para amante, Penélope de esposa,  
Para su Dios, Teresa, para su patria, Esther.

Ah, ¿cómo no rendirla de amor culto secreto  
Quien vió sus perfecciones, quien su palabra oyó?  
Y ¿cómo no ofrecerla veneracion, respeto,  
Quien en la pura fuente de su virtud bebió?

Merecen sus amores que un inmortal los cante,



Pidiendo que le ofrezca la inspiracion feliz,  
 Sonetos del Petrarca, los éxtasis del Dante,  
 Mirando reflejarse su Dios en su Beatriz.

Por eso yo, rendido, porque á mi voz atienda,  
 La ofrezco mi ternura, mi ciega adoracion,  
 Y busco de sus ojos el rayo que me encienda  
 Con fuego inextinguible de sacra inspiracion.

Mi ciencia está en su labio, do brota su consejo,  
 Mi error se desvanece tocando su verdad,  
 Lo bello lo descubro lucir en su reflejo,  
 Lo bueno lo vislumbro mirando su bondad.

Mi gloria no es el triunfo, ni la mentida palma,  
 Frenéticos aplausos ó viva aclamacion;  
 Su amor es la victoria que enorgullece el alma,  
 Los únicos laureles que sueña mi ambicion.

Su voz es el mandato que rige mi conciencia,  
 Su dedo rumbo cierto que me encamina al bien,  
 Su fe piedra de toque de mi atrevida ciencia,  
 Su férvida alabanza corona de mi sien.

Aurora de la mente y estrella matutina,  
 La luz de su recuerdo me alumbra al despertar;  
 De noche, de mis sueños estrella vespertina,  
 Su rayo es el que luce mis ojos al cerrar.

Si canto, ella es mi musa; si sufro, mi consuelo;  
 Si espero, mi esperanza; si gozo, mi placer;  
 Si lloro, seca el llanto, disipa el triste duelo;  
 Si caigo, con su fuerza me siento renacer.

Su calma fortalece, su ejemplo purifica,  
 Su voz infunde al pecho valor para luchar;  
 Discreta, prevalece; señora, dignifica;  
 Piadosa, del que gime la voz sabe escuchar.

Ah, ¿cómo no rendirse? Dejadme que la adore  
 Aunque mi frente cubra sombría palidez,  
 Y celos me consuman y sus ausencias llore,  
 Y doble mi cabeza con triste languidez.

Dejad que la contemple callado y pensativo,  
 Dejad que me separe del trato mundanal,  
 Que arrastre mi forzosa cadena de cautivo,



Que del placer olvide la torpe bacanal.

Dejadme que atraviese, somnábulo, dormido,  
Los yermos arenales de la mortal region,  
Que dé las vanidades y pompas al olvido,  
Y al ídolo consagre mi sola religion.

Dejadme que le entone los himnos de mi lira,  
Las tiernas cantilenas y trovas del laud,  
Las tristes elegías del pecho que suspira,  
Las odas entusiastas que inspira su virtud.

Mañana si por ella conquisto mi renombre,  
Será que con su verbo mi mente enalteció;  
Y si en helada tumba mañana veis mi nombre,  
Será que de mis ojos su luz desapareció.  
Será que como el humo su sombra se ha deshecho;  
Será que fué delirio la aparicion fugaz,  
Y la piadosa muerte me preparó su lecho  
Para olvidarme de ella, para dormir en paz.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.







## LA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

Y LA HISTORIA LITERARIA DE ESPAÑA.



I.

**H**ace ya mas de treinta años, en el de 1845, que el inteligente editor D. Manuel Rivadeneyra concibió el propósito de publicar una biblioteca económica, donde vinieran á reunirse las más altas manifestaciones literarias del ingenio español; idea verdaderamente grandiosa, y que fué en aquel tiempo, y será siempre, aplaudida por todos los amantes de nuestras glorias nacionales. Pero sin escatimar el aplauso que de justicia merece el editor, cuyo pensamiento dió vida á la *Biblioteca de Autores Españoles*, tambien es justo decir que esta ya numerosa coleccion de obras literarias, se ha formado de un modo poco conforme á las exigencias del órden y del método que deben regir en toda obra humana.

Seguramente que el plan más lógico que pudiera haberse seguido en la publicacion de una biblioteca, que habia de comprender todas las manifestaciones literarias de la nacionalidad española, era la division en géneros; pues sabido es que, no por vanas cavilaciones de teóricos y preceptistas, si que por evidente reconocimiento de la realidad, existen tres géneros poéticos: lírico, épico y dramático; y ademas, como géneros



literarios, más ó ménos bien definidos, la novela, la historia, los escritos morales, místicos y políticos, la oratoria, y la crítica y preceptiva literaria.

Quizá el fundador de la *Biblioteca de Autores Españoles*, sólo se propuso publicar las obras de nuestros más notables escritores; y así parece indicarlo los primeros tomos, en que se hallan reunidos en un volúmen las novelas y las poesías líricas de Cervantes, y en otro las obras de D. Nicolás y D. Leandro Fernandez de Moratin; pero muy pronto, sin duda alguna, abandonó tal propósito, publicando los tres tomos de novelistas anteriores y posteriores á Cervantes, entre los cuales hay tantos nombres oscuros, ó al ménos muy poco nombrados en nuestra historia literaria.

Los tomos titulados *Curiosidades bibliográficas*, *Historiadores primitivos de Indias*, *Escritores del siglo XVI*, *Epistolario español* y otros varios, prueban hasta la evidencia que no ha presidido el criterio de elegir únicamente lo más selecto de nuestros escritores para formar la *Biblioteca de Autores Españoles*. Y así es que, hoy por hoy, puede decirse que si esta *Biblioteca* no ha de quedar reducida á una coleccion de libros españoles, en que aparezcan confundidos los escritores de primer orden con otros que figuran en los últimos linderos de la medianía, debe aspirar á completarse, formando de este modo el cuadro completo de la historia literaria de España. A explanar esta idea se halla consagrado el presente escrito.

## II.

Siendo muy frecuente que los escritores españoles, y lo mismo sucede en los de otros países, hayan cultivado más de un género literario, desde el momento que se coleccionaron reunidas en volúmen las novelas y poesías líricas de Cervantes; las obras de los polígrafos Quevedo, Jovellanos y Quintana, y de algunos otros escritores, no cabia sujetar ya por completo á un plan lógico, conforme con la division en géneros literarios, la publicacion de las secciones en que pudiera haberse dividido la *Biblioteca de Autores Españoles*. Sin embargo, aún es posible remediar algun tanto este inconveniente,



y hacer que en su conjunto la *Biblioteca* fundada por el inteligente editor D. Manuel Rivadeneyra, sea el monumento más permanente que pueda consagrarse á la cultura literaria de la nacion española.

Llegando ya á puntualizar nuestros pensamientos, observaremos que en la *Biblioteca* se ha publicado un tomo que se intitula: *Poetas castellanos anteriores al siglo XV*, en el cual se hallan coleccionadas las producciones épicas y líricas, que constituyen los orígenes de nuestra poesía nacional. Tambien forman parte de la *Biblioteca*, dos tomos de *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*; tres tomos de *Poetas líricos del siglo XVIII*, y dos tomos de *Poemas épicos*, en los cuales se hallan coleccionados los principales poemas que se han publicado en España durante los siglos xvi, xvii y xviii. Claro aparece en lo dicho, que para completar la *Biblioteca de Autores Españoles*, en lo tocante al género épico y al lírico, es de absoluta necesidad que forme parte de ella un tomo de *Poetas épicos y líricos del siglo XV*; siglo en el cual escribieron poesías personajes tan célebres como el rey D. Juan II, su privado D. Alvaro de Luna y el obispo D. Alonso de Cartagena, y varones tan doctos como Fernan Perez de Guzman, Juan de Mena y el marqués de Santillana; siglo en el cual la contemplacion de las pasajeras glorias humanas, inspiró á Jorge Manrique sus famosísimas *Coplas*, tesoro de profundos y melancólicos pensamientos. Una coleccion de poetas épicos y líricos españoles en que no se hallare *El Laberinto* de Juan de Mena, ni la *Comedieta de Ponza* del marqués de Santillana, ni los sentidos *cantares y decires* de los poetas que florecieron en la corte de D. Juan II de Castilla, ciertamente que apareceria privada de algunas obras que pueden y deben considerarse como brillantes timbres del ingenio nacional.

### III.

Pasemos al género dramático. En la *Biblioteca de Autores Españoles*, se hallan coleccionadas las comedias escogidas de nuestros seis dramáticos de primer orden, Calderon, Lope de Vega, Alarcon, Tirso de Molina, Moreto y Rojas. Ademas,



hay dos tomos consagrados á los *Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega*, y otros dos á los *Dramáticos posteriores á Lope de Vega*. Esta última coleccion, termina cronológicamente con las obras dramáticas de D. Antonio Zamora y don José de Cañizares. Es, por lo tanto, evidente, que en esta seccion faltan los orígenes del teatro español. Las obras de Juan de la Encina, Gil Vicente, Lucas Fernandez, Torres Naharro, Juan de Miranda, Lope de Rueda, Micael Carvajal, Gerónimo Bermudez, Lupercio Leonardo de Argensola y otros autores anteriores literariamente á Lope de Vega, bien podrian coleccionarse formando dos tomos de la *Biblioteca*. Además, por causa que no acertamos á explicarnos, en el tomo donde se coleccionaron las obras de Cervantes, dejaron de incluirse sus producciones dramáticas, y parece que el momento de subsanar esta lamentable omision, es en los tomos que se consagran á los orígenes de nuestro teatro, que quizá debieran intitularse *Dramáticos anteriores á Lope de Vega*, para que guardase relacion con los títulos que ántes mencionamos.

Para que se hallase completo nuestro teatro de los siglos pasados en la *Biblioteca de Autores Españoles*, aún habria que publicar otro tomo titulado: *Teatro del siglo XVIII*, pues aún cuando se hallan publicadas entre los escritos de Moratin, Jovellanos y Quintana, algunas obras dramáticas que pertenecen ó puede considerarse que pertenecen al siglo xviii, aún resta la *Virginia* y el *Ataulfo*, de D. Agustin de Montiano; la *Raquel*, de Huerta; *Los menestrales*, de Trigueros; la *Numancia destruida*, de Ayala; *El señorito mimado*, *La señorita mal criada* y *Hacer que hacemos*, de D. Tomás de Iriarte; *El filósofo casado*, de Forner; *Las bodas de Camacho*, de Melendez Valdés; el *Idomeneo*, la *Zoraida*, *La condesa de Castilla* y el *Pitaco*, de Alvarez de Cienfuegos; la *Egilona*, de Vargas Ponce; las *Troyanas*, del duque de Híjar; el *Don Sancho García*, del coronel Cadalso; algunas obras dramáticas de doña Rosa Galvez, Meseguer y Castrillon, los famosos sainetes de D. Ramon de la Cruz, y quizá fuese conveniente presentar tambien algunas muestras escogidas de lo ménos malo, entre lo mucho que escribieron Comella, Arellano, Zavala y Valla-



dares, autores que son criticados por tradicion y casi por nadie leídos.

Bien sabemos que algunas de las obras dramáticas que acabamos de citar, se representaron ó escribieron en los primeros años del siglo actual, pero literariamente puede considerarse que pertenecen aún al siglo próximo pasado, pues como observa con exactitud el Sr. Mesonero Romanos, en su *Rápida ojeada sobre la historia del teatro español*, «el siglo XIX, así en política como en literatura, empezó para nosotros en 1808.»

Esta coleccion de las obras dramáticas españolas del siglo XVIII que proponemos, tendria sumo interes en los momentos actuales, pues algo de semejanza existe entre la reaccion literaria del neo-clasicismo, que produjo en su florecimiento las comedias de Inarco Celenio, cuyo mérito es innegable, y la reaccion neo-romántica de 1830, que, á través de sus exageraciones, presenta joyas de tanta valía como el *Don Alvaro*, *El Trovador*, y *Los amantes de Teruel*. Acaso de la comparacion entre la historia de la dramática española del siglo XVIII y la del XIX, pudiera deducirse provechosa enseñanza, de fácil aplicacion en los momentos presentes; en estos momentos de parálisis, en que de todas partes se alzan voces demandando á la escena española la manifestacion de su vitalidad, en obras cómicas tan intencionadas como las de Moratin, ó en dramas tan altamente inspirados, como los que forman los gloriosos timbres literarios de doña Gertrudis Gomez de Avellaneda y del duque de Rivas, de Hartzenbusch y de García Gutierrez.

#### IV.

Así como el primer volúmen que publicó la *Biblioteca de Autores Españoles*, se intituló *Obras de Cervantes*, y como en sus páginas no se hallan coleccionadas las producciones dramáticas del autor del *Quijote*, su título debia haber sido: *Novelas y Poesías líricas de Cervantes*; existen tambien otros dos tomos en dicha *Biblioteca*, cuyo título es enteramente inadecuado, por no decir de todo punto absurdo.

*Escritores del siglo XVI* se intitulan los indicados volúmenes, cuyo colector tuvo la justificada modestia de ocultar su



nombre bajo el velo del anónimo. El primero de estos tomos, publicado en 1853, contiene escritos de San Juan de la Cruz, del P. Malon de Chaide y de Fr. Fernando de Zárate. El segundo tomo, que vió la luz pública en 1855, contiene la colección de las obras en prosa y verso del maestro Fr. Luis de Leon.

Si se hiciera una nueva edición de la *Biblioteca*, debiera desaparecer ese inadecuado título de *Escritores del siglo XVI*. El segundo de los tomos comprendidos en esta denominación, debiera intitularse: *Obras del maestro Fr. Luis de Leon*; el primero debía servir de base, para que añadiendo á la *Biblioteca* uno ó dos tomos más, estuviese en ella representada, conforme á su importancia, la gran manifestación literaria de los místicos españoles. Lógico sería que el tomo que contiene los escritos de San Juan de la Cruz, Malon de Chaide y P. de Zárate, y otro ú otros dos en que se coleccionasen algunas de las obras de Juan de Ávila, Diego de Estella, Alonso Rodriguez, Alejo Venegas, Luis de la Puente, el venerable Palafox, Fonseca, Juan Eusebio Nieremberg, Juan Marquez, Francisco Garau, Antonio Codorniu y algunos otros autores, llevasen el título de *Escritores místicos*.

Estos volúmenes, unidos á los que contienen las obras de Santa Teresa de Jesús, Fr. Luis de Granada, el P. Rivadeneira y las del maestro Leon que acabamos de mencionar, harían que en la *Biblioteca de Autores Españoles* se pudiese estudiar el desenvolvimiento del misticismo en España; misticismo que es á la vez una protesta contra el *naturalismo* del Renacimiento, y un refugio del ingenio español que en las elevadísimas regiones del idealismo cristiano, buscaba la libertad de la fantasía creadora, ya que la del pensamiento reflexivo se hallaba torpemente negada por la intolerancia religiosa del fanatismo inquisitorial.

## V.

Ya dijimos incidentalmente en el comienzo de este artículo, que tres de los tomos de la *Biblioteca de Autores Españoles* están consagrados á los novelistas anteriores y posteriores á Cervantes. En un tomo que fué dirigido por D. Buenaven-



tura Cárlos Aribau, intitulado *Novelistas anteriores á Cervantes*, se hallan coleccionadas varias obras del genero novelesco, comenzando por la *Celestina*, de Rodrigo de Cota y Fernando de Rojas, y siguiendo otras producciones del indicado género del célebre D. Diego Hurtado de Mendoza, el intérprete Luna, Mateo Aleman, Juan Aragonés, Alonso Nuñez de Reinoso, Mateo Lujan de Sayavedra, Jerónimo de Contreras, Antonio de Villegas y Ginés Perez de Hita.

En dos tomos dirigidos é ilustrados, el primero por D. Cayetano Rosell, y el segundo por el malogrado D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, se coleccionaron las obras de los *Novelistas posteriores á Cervantes*; coleccion verdaderamente curiosa, que comprende desde el *Quijote* del famoso y desconocido Alonso Fernandez de Avellaneda, hasta algunas muestras de las *Novelas ejemplares y amorosas* de doña María de Zayas y Sotomayor, que ciertamente tienen mucho más de amorosas que de ejemplares.

Ademas existe en la *Biblioteca* un tomo, dirigido por don Pascual de Gayangos, en el cual se hallan varios de los más famosos libros de Caballerías, que, como es sabido, pueden y deben considerarse como obras pertenecientes al género novelesco.

Por la rápida enumeracion que antecede, se ve cuán incompleta se halla la *Biblioteca de Autores Españoles*, en lo tocante al género literario de que ahora tratamos. Falta, desde luego, un tomo que podria intitularse *Orígenes de la novela en España*; pues aún cuando en el tomo de la *Biblioteca* que lleva por título *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, ya se hallan algunas obras de carácter novelesco, tales como *Calila é Dymna*, el *Conde Lucanor*, del infante D. Juan Manuel, el *Libro de los Enxemplos* y algunas otras, sin duda alguna que aún faltan el *Libro de los doce trabajos de Hercules*, de D. Enrique de Aragon; *El triunfo de las donas*, de Juan Rodriguez del Padron; el *Libro de las virtuosas y claras mujeres*, del célebre D. Alvaro de Luna; producciones todas en las cuales se mezclan la historia verdadera y las ficciones de la fantasía, y que por ésto han sido atinadamente calificadas con el nombre de *histórico-recreativas* por el ilustre crítico D. José Ama-



dor de los Rios. Siendo estas obras en parte históricas y en parte novelescas, quizá podrian considerarse como en algo semejantes á las modernas novelas históricas; así como en una obra del famoso D. Diego de Torres Villarroel, intitulado *El Ermitaño y Torres, conversaciones físico-médicas y químicas*, quizá podría encontrarse algo semejante al pensamiento generador de las novelas científicas, que tanta celebridad han dado á nuestro contemporáneo Julio Verne.

Cortando ésta que puede llamarse digresion, y volviendo al asunto de que tratamos, recordaremos que no se han publicado en la *Biblioteca de Autores Españoles*, y debian ocupar un puesto en los orígenes de la novela española *El siervo libre de amor*, del ántes citado Juan Rodriguez del Padron, y *La cárcel de amor*, de Diego de San Pedro.

Por último, en los tres tomos de novelistas anteriores y posteriores á Cervantes, se nota la falta de las novelas pastoriles de Jorge de Montemayor, Gil Polo y los imitadores de estos ingenios, que constituyen una manifestacion literaria de la época del Renacimiento, digna de estudio por más de un motivo. Pudiera subsanarse esta omision titulando al tomo de que tratamos *Orígen de la novela española y novelas pastoriles*.

Los dos tomos de *Novelistas posteriores á Cervantes*, no comprenden á ningun escritor ni obra novelesca perteneciente al siglo XVIII; y por lo tanto, para completar el cuadro de la novela en España, deberia publicarse un tomo consagrado á nuestros novelistas del siglo pasado, si bien es cierto que la obra novelesca de mayor transcendencia que durante esta centuria vió la luz pública en nuestra patria, la *Historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campaças*, ya forma parte del tomo intitulado *Obras escogidas del P. Isla*. Sin embargo de esto, aún cabria formar un tomo de *Novelistas del siglo XVIII* en que se coleccionasen algunas de las numerosas obras novelescas en que procuró seguir las huellas del gran Quevedo, el extravagante y famoso D. Diego de Torres Villarroel, de que ha poco nos ocupamos; las novelas y *poemas en prosa* de Montengon, á quien el Sr. Laverde considera como el primer novelista del pasado siglo; la *Serafina* de Mor de Fuentes, y aún algunos escritos de ese género semejante á la novela, la



sátira en prosa por medio de una ficción más ó ménos sostenida, tales como *Los eruditos á la violeta*, del coronel D. José Cadalso, y un curioso cuadro de costumbres que se publicó en el periódico, ó más bien revista, *Minerva ó el revisor general*, que lleva por título *La esclavina robada, ó los petardistas*.

Bien sabemos que algunos de los escritos que acabamos de citar vieron la luz pública en los comienzos del siglo presente; pero recordaremos aquí la misma observación que hicimos al ocuparnos del teatro español del siglo XVIII, para salvar este evidente anacronismo; y sin duda alguna esta observación no ha de parecer desacertada á los que entienden en la dirección de la *Biblioteca de Autores Españoles*, pues sólo así se puede explicar que en el tercer tomo de *Poetas del siglo XVIII* se hallan autores y obras, que conocidamente pertenecen á los primeros años del siglo XIX.

## VI.

Si hemos visto ya lo incompleta que se halla la *Biblioteca de Autores Españoles* en lo tocante á nuestra poesía lírica, épica y dramática, á la gran manifestación intelectual de nuestros escritores místicos, y á nuestros autores de obras novelescas, aún mucho mayores son los vacíos que se notan en lo que se refiere á la historia, á la filosofía, á la moral, á la política y á los demás ramos del saber, si se compara lo publicado en la *Biblioteca*, con lo producido en estas materias por el ingenio español desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, que tal y tan grande es el cuadro que abarca la obra que examinamos, según el ofrecimiento que en su portada se halla escrito.

Comenzando por la historia, observaremos que los historiadores de ciudades no han tenido hasta ahora un lugar en la *Biblioteca de Autores Españoles*, y parece que bien eran merecedores de ello los famosos cronistas Colmenares, Cascales, Ortiz de Zúñiga y algunos otros. Igualmente, entre los historiadores de las comunidades religiosas hay algunos notables entre los cuales recordamos al P. Sigüenza, que debían figu-



rar en la *Biblioteca* por su mérito como hablistas, ya que no por su erudición como historiadores, acaso más numerosa que discretamente escogida.

La biografía es un ramo importantísimo de la historia, y bajo este concepto sin duda alguna que debían formar parte de la *Biblioteca* las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán, los *Claros varones de Castilla* de Fernando de Pulgar, y algunos escritos de Gutierrez Díaz de Gamez, el P. Martín de Roa, Vargas Ponce, D. Gregorio Mayans, D. Vicente de los Ríos, D. Tomás Antonio Sánchez, D. Cándido María Trigueros y otros varios que fuera prolijo enumerar.

La historia literaria, como observaba el malogrado D. Cayetano Alberto de la Barrera, ha sido ménos estudiada que la historia política de España; pero sin embargo, ya podrían formarse dos tomos de la *Biblioteca de Autores Españoles*, donde se reuniesen los trabajos de los historiadores, preceptistas y críticos literarios, que podría comenzar por el famoso *Proemio al Condestable de Portugal*, donde el ilustre D. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana y conde del Real, trazó un resúmen de la historia de la poesía desde la época greco-romana hasta los mismos días en que el autor escribía; seguirían los humanistas españoles que florecieron en la época del Renacimiento, cuyos trabajos de preceptiva y crítica literaria aún no han sido debidamente aquilatados; y terminaría con las polémicas que produjo en nuestra patria las enseñanzas del clasicismo á la francesa, tal como aparecen consignadas en la *Poética* de Luzán, y en los demás escritos que por aquel entonces se publicaron, encaminados á cambiar la genuina dirección del ingenio español, representado en las inmortales creaciones de Lope y de Calderón, por la corrección más reflexiva que inspirada de los grandes dramaturgos que florecieron en la corte del rey Luis XIV de Francia.

Entre las obras que debieran figurar en los dos tomos de *Preceptistas, historiadores y críticos literarios*, habrían de incluirse algunos trabajos que tienen bastante interés para la historia de la literatura española; tales como los *Orígenes de la poesía castellana*, de Velázquez; las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, del P. Sarmiento; el



*Ensayo histórico apologético de la literatura española*, de Lampillas; la *Oracion apologética por España y su mérito literario*, de D. Juan Pablo Forner; el resúmen de la historia de la literatura española, con el cual encabezó D. José Marchena sus *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*, el *Discurso preliminar de la Biblioteca selecta de la literatura española*, que publicaron en Burdeos en 1819 los Sres. Mendivil y Silvela, y algunos otros escritos que vendrian á suplir, aunque imperfectamente, la falta de una historia general de la literatura española, que sin hallarse reducida á los estrechos límites que tienen los compendios de Gil de Zárate y Alcántara García, tampoco alcance las grandes dimensiones que ya se indican en la comenzada y no concluida obra histórico-crítica del doctísimo literato D. José Amador de los Rios.

## VII.

Estrecho, muy estrecho es el enlace que tienen entre sí las obras en que se trata de religion, de teología, de filosofía, de moral, de legislacion y hasta de arte literario en sus fundamentos examinados, y la razon de esto es muy obvia. Si procuramos conservar nuestro pensamiento libre de los dogmatismos de toda escuela científica y de los prejuicios de todo sentido histórico, veremos que la filosofía, considerada en su más amplio concepto, no es otra cosa que el estudio y conocimiento de lo general, de lo permanente, de lo eterno; ya se afirme con las escuelas ontológicas, que podemos alcanzar el conocimiento de lo absoluto y de lo esencial, ya se niegue la posibilidad de este conocimiento en nombre del experimentalismo, que sin embargo, por una necesidad de la lógica transcendental, tiene que dar á las leyes naturales, y de las causas segundas el mismo valor y la misma realidad que las otras escuelas conceden á la esencia y á la primera causa, como fundamento de toda ciencia.

Y si la filosofía en su más lata acepcion es el conocimiento de lo general, permanente y eterno, reducida á su último límite sólo abraza el conocimiento del sér, es decir, que sólo la metafísica es filosofía; pero como quiera que el sér, considerado



en toda su generalidad, comprende todo lo que ha sido, es y será, de aquí que la metafísica, considerada con esta amplitud, vendría á convertirse en la ciencia única, en la ciencia universal.

No es dado al humano entendimiento la comprensión de la verdad mediante una ciencia única, y siendo, sin embargo, real y evidente la existencia de esta ciencia, súplese su unidad con las varias manifestaciones que presenta la filosofía en todos los órdenes del conocimiento científico.

Por las razones que sumariamente hemos apuntado, cuando al escribir de religion, de moral, de arte ó de legislación se ahonda en el conocimiento de la materia, y se buscan los fundamentos generales, permanentes y eternos, ya de nuestras propias ideas, ya de las manifestaciones que han presentado en la historia la religion, la moral, el arte ó la legislación, resulta una filosofía de la religion (teología racional), una filosofía de la moral (ética), una filosofía del arte (estética), ó una filosofía de las leyes (filosofía del derecho, derecho natural).

Filósofos son los místicos españoles de los siglos xvi, xvii y aún algunos del xviii, que intentaron resolver los más árdulos problemas de las fuentes del conocimiento, y de las relaciones entre la verdad absoluta, Dios, y la verdad por el hombre conocida, ya por medio de la revelación, ya por las fuerzas de su inteligencia, movida por el impulso del amor á lo eterno y á lo divino. Filósofos fueron los tratadistas de derecho natural de la época del Renacimiento, Suarez, Soto, Ayala y Vazquez; y como filósofos, discurrían los teólogos y legistas que tomaron parte en las controversias acerca del derecho de conquista, que tuvieron lugar en los siglos xv y xvi con ocasión del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Intimamente se relaciona con la filosofía el movimiento de los protestantes españoles, que procuraron seguir las doctrinas de Lutero y de Calvino, los cuales, como atinadamente observa el Sr. Menendez Pelayo, fueron, por lo general, más lógicos que sus maestros, y por el camino del libre exámen llegaron á su natural consecuencia, la negación de toda religion histórica, el racionalismo como supremo regulador de la vida y de la inteligencia humana.



## VIII.

Todo lo que últimamente acabamos de exponer tiene por objeto indicar lo incompletísima que aún se halla la *Biblioteca de Autores Españoles*, por lo que toca á las manifestaciones del ingenio patrio, en las varias partes que constituyen las ciencias filosóficas. El tomo que lleva por título *Obras escogidas de filósofos*, comprende algunos escritos de Séneca, Raimundo Lulio, D. Alonso de Madrigal, Guevara, Las Casas, Bartolomé de Albornoz, Luis Vives, Pedro Simon Abril, Melchor Cano, doña Oliva Sabuco de Nantes Barrera, Perez de Oliva, Huarte, D. Joaquin Setanti y Baltasar Gracian.

Al que se halle un poco versado en la historia intelectual de España, le bastará la enunciacion de los nombres que preceden para comprender que, aún dando á la palabra filosofía el sentido amplísimo que ántes apuntamos, y quizá por esta misma causa, la ciencia patria aparece mezquinamente representada en el tomo de la *Biblioteca*, consagrado á los filósofos, moralistas, teólogos y aún legistas, cuyos escritos aparecen reunidos bajo el ya citado título de *Obras escogidas de filósofos*.

Puede explicarse, según ya hemos indicado, la reunion en un mismo libro de las obras de los filósofos, teólogos, moralistas y legistas; pero en vez de titularse esta coleccion *Obras escogidas de filósofos*, debiera nombrarse, *Obras filosóficas*, y dada la amplitud que este título permite, aún pudieran y debieran consagrarse, cuando ménos, dos tomos de la *Biblioteca* á las obras de filosofía de Foxo Morcillo, Gomez Pereira, Perez y Lopez, Forner y otros muchos; á los tratados de derecho, ya natural, ó ya internacional, de Suarez, Soto, Ayala, etc.; á los estudios de gramática general de Francisco Sanchez de las Brozas; á los verdaderos ensayos de estética, tales como las *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal*, de D. Estéban de Arteaga; á los tratadistas de moral con sentido didáctico, como el médico D. Andrés Piquer, y á historiadores de la filosofía, como el canónigo D. Tomás Lapeña.

Acaso se dirá que algunas de las obras que acabamos de in-



dicar se hallan escritas en latin, y por lo tanto no caben en el cuadro de la *Biblioteca de Autores Españoles*, que al ampliar su título añadiendo, *desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias*, parece que sólo debe comprender á las producciones del ingenio español, que se hallan escritas en lengua castellana; pero esta observacion carece de fuerza, pues seguramente que las obras de Séneca, de Raimundo Lulio y de Luis Vives, que se hallan en la coleccion de *Obras escogidas de filósofos*, no fueron escritas por sus autores en castellano, y en las del maestro de Neron aún existe la circunstancia agravante de ser anteriores á la formacion de nuestro idioma nacional.

Si creyó el colector de las *Obras escogidas de filósofos*, don Adolfo de Castro, que tratándose de escritos filosóficos lo esencial era el *pensamiento*, el *contenido*, el *fondo*, y que bajo este punto de vista, al presentar algunas muestras de los más selectos frutos que la filosofía ha producido en tierra española, no era posible prescindir de las obras de Séneca, Lulio y Vives, por más que no hayan sido escritas por sus autores en el idioma que actualmente se usa en España; si tal fué la creencia del Sr. Castro, segun nuestro juicio, acertó por completo en este particular; pero dada la premisa, clara es la consecuencia; por la misma razon que ocupan un puesto en el tomo de la *Biblioteca* de que ahora tratamos Séneca, Lulio y Vives, pueden y deben ocupar tambien un sitio en los tomos que nosotros indicamos Gomez Pereira, Foxo Morcillo, Francisco Sanchez, Caramuel, Suarez, Ayala y otros varios escritores filosóficos, á pesar de haber escrito en latin todas ó la mayor parte de sus obras. Si se han publicado traducciones de los tres autores incluidos en las *Obras escogidas de filósofos*, publíquense tambien traducidas la *Margarita Antoniana*, de Gomez Pereira, el libro de Foxo Morcillo acerca de Platon y Aristóteles, y otras varias obras de los autores ántes citados, que son sin duda alguna las producciones filosóficas más importantes que se han publicado en España desde el Renacimiento hasta los comienzos del siglo xviii.

Aún más. Si el Sr. Castro consideró como necesario antecedente de la filosofía española las obras de Séneca, muy ante-



riores á la formacion de la nacionalidad que constituye actualmente nuestra patria, las obras filosóficas de San Isidoro de Sevilla y de algunos de sus contemporáneos, que se hallan en muy diferente caso, debieran desde luego venir á ocupar un sitio en la *Biblioteca de Autores Españoles*.

## IX.

Difícil es separar las disquisiciones de la filosofía, que casi siempre llegan á conmover los fundamentos de las religiones históricas, de las afirmaciones dogmáticas de la religion, que casi nunca se hallan de acuerdo con las enseñanzas de la ciencia.

Esa lucha constante entre la filosofía y la religion, que constituye la ley permanente de la historia intelectual de la humanidad, demuestra la comunidad del objeto que sirve de fundamento á las investigaciones de la filosofía, que siempre se verifican mediante el libre ejercicio de la razon, y á los dogmas de las religiones, que siempre se apoyan en la fe obediente á los preceptos de sacerdocios más ó ménos infalibles.

Los teólogos escolásticos y los grandes escritores místicos de los siglos xvi, xvii y xviii, representan la direccion católica del pensamiento nacional; pero en frente de esta direccion existe tambien la protesta anti-católica; y si la intolerancia inquisitorial habia conseguido borrar hasta el recuerdo de los pensadores heterodoxos que han florecido en nuestra patria, desde el Renacimiento hasta principios del presente siglo, hoy, gracias á los esfuerzos de un erudito, tan sabio como modesto, D. Luis Usoz y Rio, los trabajos de los *protestantes* españoles, son conocidos y apreciados en toda la culta Europa. Tambien en España comienza ya á saberse que las doctrinas luteranas alcanzaron durante el siglo xvi en Valladolid y en Sevilla doctos propagandistas, y que para atajar su progresivo desenvolvimiento fué preciso recurrir á las hogueras inquisitoriales; medio en verdad poco caritativo, pero que por el momento parece que contribuyó poderosamente á que no desapareciese en nuestra patria la *unidad católica*; que, segun dicen los ultramontanos, es el más glorioso timbre de nuestra



historia nacional. Nosotros nos permitimos afirmar que la unidad *voluntaria* en religion es el mayor de los bienes á que puede aspirar la sociedad humana; y que la unidad de religion, apoyada en la fuerza, la unidad *forzosa* de religion, es el mayor de los absurdos que se han intentado realizar en algunas desventuradas naciones, que al negar la libertad de la conciencia religiosa, han destruido en su origen toda religion y hasta todo sentimiento verdaderamente religioso.

La historia intelectual de nuestra patria, es un claro ejemplo de la verdad que acabamos de afirmar. En España existió de *hecho* la libertad religiosa desde el siglo v, es decir, desde el comienzo de nuestra nacionalidad histórica, hasta el establecimiento de la Inquisicion, y aún quizá hasta la expulsion de los moriscos; de aquella medida tan anti-económica como inhumana, llevada á cabo por el menguado valido del menguado Felipe III; por aquel favorito que al dejar el poder cubrió su cabeza con el capelo de cardenal de la Iglesia romana para librarla del hacha del verdugo; de aquel duque de Lerma cuya buena fama ha proclamado la musa popular, aludiendo al color del traje cardenalicio, en los tan conocidos versos:

El ladron más afamado,  
Por no morir degollado,  
Se vistió de colorado.

Mientras en España existió la libertad religiosa, «claramente se mostraba, como dice el insigne pensador D. Federico de Castro, que no faltó genio para trascendentales especulaciones en un país que, apenas halla lugar en la civilizacion romana, engendra en Séneca el mayor de los filósofos provinciales, que con San Isidoro prepara y domina toda la ciencia de los siglos medios, que maravilla con Lulio, que con Vives, Huarte y Gomez Pereira precede á Bacon y á Descartes, que con Foxo Morcillo realiza, al decir de Boivin, la tentativa más feliz de conciliacion entre Platon y Aristóteles, esos luminares mayores de la filosofía griega, y con Servet, Santa Teresa y San Juan de la Cruz intenta la más difícil empresa de conciliar el resultado de toda la antigua cultura del neo-platonismo con el cristianismo. Doctos escritores, entre los que se cuenta



nada ménos que el padre del derecho natural, atribuyen á españoles las bases sobre que siempre se sustentará este linaje de trabajos; y el representante más fiel de nuestra nacionalidad literaria, el ingenio lego, el inmortal Cervantes, colócase entre los reformadores, y recogiendo aquellos extravíos místico-escolásticos, que sólo la opresion perpetuaba, y hoy se quieren resucitar como eficaz remedio, pónelos en la fantasía de su ingenioso hidalgo, exponiéndolos así á la befa y á la irrision del mundo.»

## X.

Hasta ahora nos hemos limitado á recordar las glorias de lo que podria llamarse filosofía hispano-cristiana, y en los mismos límites encierra sus apreciaciones el Sr. Castro en la cita que acabamos de hacer; pero ciertamente que Maimonides, Avicbron y Averroes eran españoles, y como fruto de la cultura patria debe considerarse su pensamiento filosófico; y por lo tanto, las que podrian llamarse escuelas de filosofía hispano-rabínica é hispano-árabe, debieran tener su representacion en la *Biblioteca de Autores Españoles*, para completar el cuadro de la cultura patria en lo tocante á las más altas manifestaciones de la razon y de la conciencia humana.

Condensando, pues, todo lo que llevamos dicho acerca de las manifestaciones que han tenido en España la filosofía anticatólica y la anti-cristiana, entendemos que quedaria completa bajo estos dos aspectos la *Biblioteca de Autores Españoles*, publicando dos tomos, que podrian intitularse: *Escritores anti-católicos*, en los cuales debieran aparecer noticias de los heresiarcas Prisciliano, Elipando, Félix, Hostegesis, Claudio de Turin, Arnaldo de Vilanova, Gonzalo de Cuenca, Raimundo de Tarraga y Pedro de Osma, reimprimiendo algunas de las refutaciones de sus doctrinas, cuando no fuese posible la reimpresion de sus obras, que en su mayor parte han desaparecido; siguiendo las obras de los protestantes españoles Alfonso y Juan de Valdés, Francisco de Encinas, el Dr. Juan Diaz, Perez de Pineda, el Dr. Constantino Ponce de la Fuente, Cipriano de Valera, Reinaldo G. Montano, y algunos otros;



y terminando con las obras, verdaderamente importantes, de Servet y de Miguel de Molinos, con el opúsculo del teofilántropo Andrés María Santa Cruz, y con algunos escritos filosófico-religiosos de Marchena, D. Bartolomé José Gallardo, don José María Blanco (Withe), y D. Juan Calderon. También debieran formar parte de esta colección algunas de las obras de D. Antonio Puigblanch y de D. Juan Antonio Llorente, entre ellas la *Historia crítica de la Inquisición en España*, de este último autor; libro que, más que en la ciencia histórica, halla su lugar en la controversia filosófica acerca de lo que era y significaba el Santo Tribunal, que, según nuestro juicio, no era ni santo, ni tribunal.

Y respecto á la filosofía hispano-arábica é hispano-rabínica, cuando en Francia y en Alemania se traducen, se comentan y se ensalzan las obras y doctrinas de Averroes, de Maimonides, de Avicbron, y aún de otros de nuestros escritores árabes y judíos de menor celebridad, parece que en la *Biblioteca de Autores Españoles* se deberian consagrar, cuando ménos, dos tomos á dar á conocer en nuestra patria las obras, ya muchas de ellas traducidas al francés y al alemán, de los tres célebres filósofos ántes citados, y algunas de los árabes Avempace y Tofail, y de los judíos Jehudá Haleví, Bahía-ben-Leví, Abraham-ben-Meiz, José-ben-Caspi, Abraham-ben-Izchag y algunos otros aún más olvidados, cuyas disquisiciones filosóficas y teológicas ejercieron no poca influencia en la cultura española de la Edad Media (1).

Publicadas en la *Biblioteca de Autores Españoles* todas las obras que dejamos indicadas, aparecería por completo el desenvolvimiento histórico de la filosofía y de la teología en Es-

(1) El Sr. Valera en su discurso de contestación al de ingreso en la Academia Española del Sr. Nuñez de Arce, decía lo siguiente acerca de la filosofía hispano-arábica é hispano-rabínica: «En la Edad Media convienen todos en que hemos tenido notabilísimos sabios, filósofos y pensadores aunque mas que ortodoxos, mahometanos y judíos. Eruditos y críticos extranjeros lo ponen fuera de duda: Renan, estudiando á Averroes y su poderosa influencia en la filosofía escolástica y del Renacimiento: Munck, Franck, Sachs, Geiger y David Cassel, traduciendo las obras ó encomiando las doctrinas de Ibu-Gebirol, de los Ben-Ezrá, Maimonides, Jehuda de Toledo y de otros compatriotas nuestros y gloria de España, por mas que no fuesen católicos.»



paña; y nadie podría negar la gran influencia que ha ejercido nuestra nación en la cultura de Europa, á contar desde el siglo v hasta el fin del siglo xvi. San Isidoro y la escuela filosófica de Sevilla, ántes de la caída de la monarquía visigoda, y el gran Raimundo Lulio en el siglo xiii, representan las glorias científicas de la España cristiana de la Edad Media; y al lado, ó, mejor dicho, frente á este movimiento de la ciencia ortodoxa se hallan la filosofía árabe y rabínica, altamente representada en las doctrinas de Averroes, Maimonides y Avicbron, origen, en opinion de algunos renombrados críticos extranjeros, de las más profundas teorías del célebre Benito Spinoza, y aún de varias ideas que aún hoy dominan en la moderna filosofía alemana. En la época del Renacimiento, Luis Vives, Gomez Pereira, Foxo Morcillo, Doña Oliva Sabuco, Huarte y Francisco Sanchez, se presentan como atrevidos novadores; pero sin traspasar los límites de la ortodoxia católica. Nuestros grandes místicos de la misma época, representan los arrebatados vuelos del amor al ideal divino, difícilmente contenido por las enseñanzas de las revelaciones dogmáticas: nuestros teólogos ponen los fundamentos del derecho natural, y nuestros humanistas entreven los fundamentos esenciales de la gramática general, necesario preliminar de la filología comparada, cuyo origen constituye también otra gloria científica de la nación española.

Y si á lo dicho se añade la valía que alcanzaron como escriturarios y pensadores los protestantes españoles del siglo xvi, y los altos merecimientos científicos del ilustre Miguel Servet, no es posible poner en duda la importancia, la grandísima importancia de la ciencia española durante el período de más de diez siglos, que ántes señalamos.

Verdad es que al terminar el siglo xvi, termina también la influencia científica que España ejercía en la civilización de Europa, que vale tanto como decir en la civilización del mundo. Y la causa de esto se halla en la intolerancia, en el fanatismo religioso; pues la decadencia intelectual de nuestra patria coincide exactamente con la unidad católica, fundada y sostenida por el Santo Tribunal de la Fe, digan lo que quieran fanáticos ultramontanos y eruditos aficionados á cubrir sus paradojas con las galas del ingenio y las gracias de sus ele-



gantes chistes. Y decimos esto, permítasenos la digresion, porque há poco tiempo se suscitó una polémica (1) sobre la mayor ó menor valía de la cultura española y causas de su decadencia; en la cual aparecian de una parte D. Nicolás Salmeron, D. Gumersindo de Azcárate, D. Gaspar Nuñez de Arce y D. Manuel de la Revilla, condenando el fanatismo y la intolerancia religiosa como causa fundamental del atraso en que se hallaba la civilizacion de la Península en los siglos xvii, xviii y en los principios del presente, y de otra parte el ilustrado jóven don Marcelino Menendez Pelayo, el docto catedrático D. Gumersindo Laverde y el reputado crítico D. Juan Valera, afirmaban que el humo de las hogueras inquisitoriales jamás oscureció el brillante esplendor de nuestra gloria literaria. Sin embargo, pese á la sólida erudicion del Sr. Menendez Pelayo, al sesudo juicio del Sr. Laverde y al agudísimo ingenio del Sr. Valera, lo cierto es que uno de sus contradictores expuso un argumento

---

(1) Esta polémica tuvo por origen el haber dicho incidentalmente el Sr. Azcárate en uno de sus artículos sobre *El Self-government y la Monarquía doctrinaria*, publicados en la *Revista de España*, que la decadencia de las ciencias en España desde fines del siglo xvi hasta el primer tercio de la presente centuria, fué causada por la intolerancia religiosa de nuestros mayores, cuyo aserto movió al Sr. Menendez Pelayo á escribir una carta dirigida al Sr. Laverde, que se publicó en la *Revista Europea*, ensalzando las glorias de la ciencia española, durante el dicho período histórico. Poco tiempo despues el Sr. Nuñez de Arce, al tomar asiento en la Academia Española, volvió á insistir en la desastrosa influencia que habia ejercido la intolerancia religiosa en la cultura de nuestra patria; y el Sr. Valera al contestarle, procuró atenuar las censuras que el nuevo académico habia lanzado contra los excesos del fanatismo religioso de España en los siglos xvi y xvii. El Sr. Salmeron se expresó en el mismo sentido que los Sres. Azcárate y Nuñez de Arce al escribir el prólogo de una traduccion de los *Conflictos entre la religion y la ciencia* de Draper. El Sr. Revilla defendió opiniones semejantes á las expuestas por el Sr. Nuñez de Arce, y con este motivo volvió á sostener sus ideas el Sr. Menendez Pelayo; ayudándole despues en la defensa ó exculpacion de la intolerancia, el Sr. Laverde; y se terminó esta polémica con un bien pensado escrito del Sr. Azcárate, del cual hemos tomado la cita que se halla en el texto, y que, en nuestro entender, resuelve la cuestion debatida, sin dejar lugar á ningun género de duda.

No recordamos aquí ni mucho ménos juzgamos, el artículo del Sr. Perojo publicado en las páginas de la *Revista Contemporánea*, titulado, *La ciencia española bajo la Inquisicion*, aunque está relacionado con la polémica de que nos hemos ocupado; por razones fáciles de comprender y de apreciar debidamente.



que, como vulgarmente se dice, no tiene vuelta de hoja. Verdad es, decia el Sr. Azcárate, que hasta el siglo xvi inclusive ha existido en España un gran movimiento filosófico; pero este movimiento, sin duda alguna, debió interrumpirse durante largo tiempo; porque si así no fuese, ahora no ignoraríamos nuestro pasado científico. Y, «sin embargo, tanto lo ignoramos que los esfuerzos generosos y patrióticos... de los que trabajan para *descubrir* lo perdido y *reanudar* lo interrumpido, pasan para algunos por arranques de monomaniacos.» Y al llegar aquí, pregunta el Sr. Azcárate: «¿Cabe una prueba más elocuente de que, no sólo se agotó ó atrofió nuestra originalidad en este orden, sino que hasta olvidamos lo sabido?»

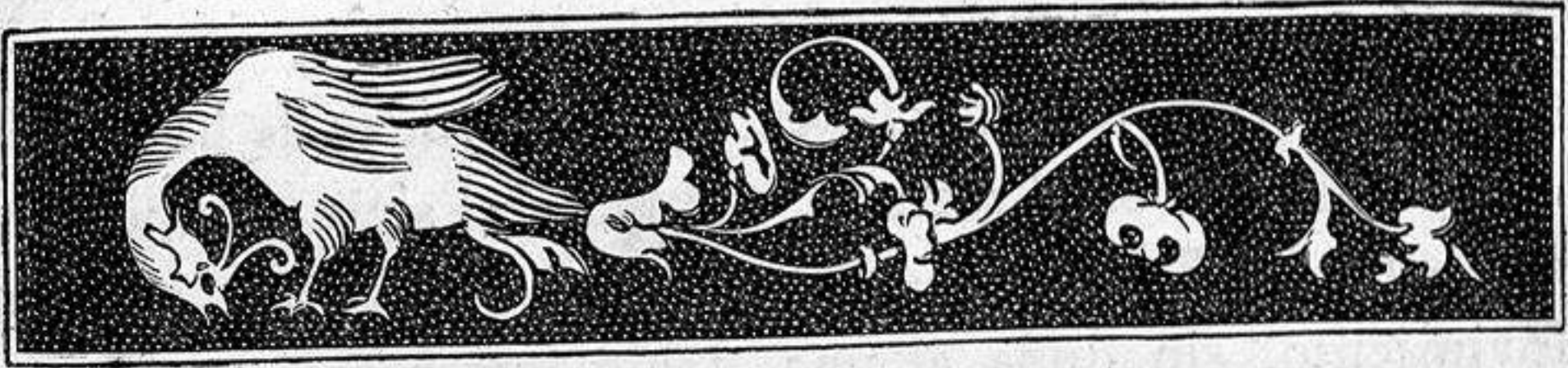
La *Biblioteca de Autores Españoles*, presentando el cuadro completo de la cultura filosófica de nuestra patria, pondría en punto de evidencia que España, mientras tuvo *de hecho* libertad religiosa, engendró filósofos, pensadores y legistas, que pueden figurar al lado, cuando ménos, y en ocasiones, aún delante de sus más afamados coetáneos; y que la intolerancia religiosa ahogó las manifestaciones del ingenio patrio en las elevadas esferas de la filosofía y de la religion, y hasta consiguió borrar el recuerdo de nuestra pasada gloria científica; pues en la ciencia toda gloria representa una verdad, y toda verdad es un progreso; y la suspicacia inquisitorial comprendía bien que la ciencia, y hasta el recuerdo de la ciencia, ponía en peligro el absoluto dominio de la monarquía teocrática, que, con profundo sentido, ha dicho el más dócto de los evangelistas: «La verdad os hará libres.»

Si para defender los horrores de la Inquisicion, se quiere sostener que el pueblo español era aún más intolerante que los inquisidores, segun ha indicado el Sr. Valera en un célebre discurso académico, ésto ni quita ni pone á la verdad de la tesis que nosotros hemos expuesto, diciendo en *general*, que el fanatismo religioso fué la causa fundamental de la decadencia rapidísima que destruyó grandes gérmenes de progreso, que se hallaban latentes en las obras de nuestros filósofos y teólogos de la época del Renacimiento.

LUIS VIDART.

(*Se concluirá.*)





## EL TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO Y SU DECADENCIA

---

Antigua polémica renovada.—Decadencia de los autores.—Influencia del gusto de los actores.—Reacciones literarias.—El moderno renacimiento romántico.—Formas de la dramática moderna.

### I.

**E**lámando está la atención de propios y extraños, de gentes ajenas al arte, como de literatos críticos y actores, notables opúsculos que sobre las causas, origen y remedios de la actual decadencia del teatro español han publicado un distinguido autor, bajo el pseudónimo de D. Alberto Sanabria y Puig, un inteligente empresario, el Sr. D. Miguel Vicente Roca, el conocido actor D. Manuel Catalina y el reputado crítico D. Manuel de la Revilla.

En la manifestación del hecho todos convienen, en el origen que le motiva casi concuerdan, sólo difieren en la proposición de oportunos remedios, por más que, desgraciadamente, en este punto práctico y positivo, el Sr. Sanabria nada fijo determina, el Sr. Roca propone verdaderos imposibles, siendo más oportunas las observaciones de los Sres. Catalina y Revilla.

Aplausos merece, sin embargo, la iniciativa de estos señores en un asunto cuya importancia todos reconocen, por más que el indiferentismo propio de la época presente se limite en ésta, como en otras muchas cuestiones, á señalar el mal sin preocuparse por buscarle inmediato remedio.

Como oportunamente apunta el Sr. Sanabria, no es la primera vez que esta cuestión es llevada al terreno de la polémica. El año pasado



fué puesto á discusion por la seccion de literatura del Ateneo de Madrid el siguiente tema: «¿Se halla en decadencia el teatro español? Si se halla, ¿por qué medios pudiera procurarse su regeneracion?» El tema era interesante, el círculo donde se exponia el más ilustrado de nuestro país; pero, por desgracia, la mayor parte de los oradores que en la discusion intervinieron eran personas que á una profunda erudicion y una elegante palabra no unian ese conocimiento especial de las *cosas de teatro* que sólo se adquiere pisando con frecuencia el tablado de la escena, codeándose con los autores, y sorprendiendo todos los misterios que encierra la vida de telon adentro.

Merece, á nuestro juicio, singularísima excepcion la Memoria que sobre este tema leyó el Sr. Alcalá Galiano, trabajo muy notable que vió la luz en la REVISTA CONTEMPORÁNEA (1) en el que, con elegante correccion y chispeante gracejo, hácese la pintura del deplorable estado en que al teatro español han traído actores, críticos y poetas, que en este punto, más generalizador y más justo el señor Alcalá Galiano que los Sres. Sanabria y Roca, hace á todos cómplices en la catástrofe que hoy nos aflige.

Tambien en el año pasado trataron la debatida cuestion del teatro y su decadencia los Sres. Revilla y Prida, el primero en unos artículos que se publicaron en *El Globo*, y el segundo en las columnas de *El Popular*. Las soluciones que plantean son muy diferentes, como inspiradas en muy distintos criterios; pero las observaciones que hacen son muy acertadas y curiosas, principalmente las del Sr. Revilla sobre el sistema de proteccion; y las oportunísimas del Sr. Prida sobre el estado de la Crítica y su influencia en el arte.

El Sr. Roca, en un folleto recientemente publicado, atribuye la actual decadencia única y exclusivamente á los actores, suponiendo que sus exageradas pretensiones, su afan en conservar *categorías* fundadas en iluso mérito y sus exigencias en lo que toca á honorarios y direccion literaria han postrado el numen poderoso de nuestro antiguo arte escénico. El Sr. Sanabria, insistiendo tambien sobre este punto, añade un tanto de culpa que hace recaer sobre los empresarios que en mira del interes particular desatienden el brillo del arte, dejándose arrastrar de mercantil instinto.

Nosotros, opinando como el Sr. Galiano, y repitiendo las frases que sin tomar en consideracion deja verter el Sr. Sanabria parodiando á Alberto Lista, cuando dice: *Todos sobre él pusisteis vuestras manos*, creemos sinceramente que de los males que á nuestro teatro contemporáneo afligen son igualmente responsables: los autores, por su general mala fe, su ignorancia y su incuria; los críticos, por sus frecuentes abusos en la alta mision que les está encomendada; los actores, por sus exigencias y pretensiones, y los empresarios por su ambicion impaciente y mal entendida.

---

(1) Tomo II, volúmen IV.



## II.

Creen los Sres. Roca y Sanabria que los actores son los principalmente responsables de la actual decadencia; pero en nuestra humilde opinion, tambien tienen los autores dramáticos no pequeña culpa. No tenemos actores, las pocas notabilidades que nos quedan están entre sí divididas; imposible es hoy que una obra de importancia tenga regular reparto, todo es muy cierto; pero supongamos, que como por encanto los actores surgieran, y entre ellos la paz y la concordia, y con tan brillantes elementos se hallase un mitológico empresario que sacrificara sus ahorros en pró del arte, ¿la decadencia del teatro habria desaparecido? Tendríamos el dúctil barro de modelar, la paleta llena de riquísimos colores y las regleteadas líneas del pentágrama, ¿qué nos faltaria? El genio que convirtiera en relieve vivo la argamasa, en espacio iluminado el lienzo, en armonía sublime las sencillas notas musicales.

Todo esto podria venir despues, se nos dirá: los instrumentos son siempre ántes que el trabajo; pero se ha de observar, aparte de que el trabajo es el que perfecciona el instrumento, aunque sea luego para aquél medio de perfeccion, que podria suceder, y no pocas veces sucede, que con buenos elementos no se llegase á formar un todo bueno. En Portugal no hay teatro; tuvo un fundador, Gil Vicente, y despues de una laguna de tres siglos un autor único, Almeida Garret; pues bien, Lisboa cuenta con actores distinguidísimos, y con un teatro, el de Doña María, que en interior régimen y organizacion aventaja al mejor que tengamos en España; y sin embargo, en Portugal no hay autores, y su escena vive lánguidamente de traducciones del inglés y del francés.

La organizacion material del teatro tiene, á no dudar, inmensa trascendencia sobre el arte, pero nosotros, odiando todo exclusivismo, no queremos en manera alguna hacer sobre ella recaer todo el peso de las graves acusaciones que la dirigen los Sres. Sanabria y Roca. Los actores tendrán parte, á su modo, en la ruina del teatro, pero no por eso son los autores ménos responsables. No olvidaremos las frases que en cierta ocasion oimos respecto á este punto á un eminentísimo autor dramático, gloria de nuestra escena, que nos decia: *Quéjense los autores de las impertinencias y pretensiones de los cómicos, y no reparan que ellos las han alentado con sus adulaciones y sus debilidades.*

Pero estas debilidades de los autores se extienden para con el público, á quien todo lo sacrifican por mendigar un aplauso, y para con las empresas, á cuyas onerosas condiciones se someten á cambio de ver representada pronto una comedia. Y por otra parte, además de todo esto, ¿qué grandes problemas, qué ideas transcendentales, qué progreso determinado intentan llevar al teatro los mismos que amar-



gamente se quejan de la estrechez de miras y rutinaria organizacion de las compañías y empresas? ¿Acaso nuestros autores dramáticos, en medio de las evoluciones que dentro de su arte vienen verificándose desde el primer tercio de siglo, han intentado seguir dentro de su esfera el movimiento de progresion creciente, que es característico á todas las manifestaciones del espíritu humano en la época presente? Y de este quietismo, ó más bien de esta tendencia al retroceso que en nuestro teatro contemporáneo se observa no se ha de culpar, como algunos pretenden al público, sino más bien á la falta de ideal en los escritores.

### III.

No recordamos la fecha ciertamente, pero hará poco más de diez años, que en el saloncillo del Teatro Español se hablaba una noche del arte dramático en general, y del particular movimiento en este sentido de nuestra literatura moderna. Escritores y actores, principalmente los últimos, opinaban que las antiguas obras románticas habian desaparecido para no volver más; que su influencia en la escena habia sido necesariamente pasajera á causa de la exageracion y falsedad de sus formas, y que las más sobresalientes producciones de este género, habian de parecer á la posteridad modelos irrepresentables y antiguallas tan desacreditadas como los corbatines de tres vueltas, los pantalones con trabillas, el frac de color, las cabelleras merovingias y los demas atildamientos tan en boga en tiempos en que hacian furor *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, *El trovador* y *Carlos II el Hechizado*. Lo más notable de aquella conversacion, fué lo que tuvo de profética; el público, con efecto, demasiado hostigado hasta entónces por acciones inverosímiles encerradas en formas campanudas y exuberantes, parecia volver los ojos por segunda vez á la comedia monótona, pero tranquila, verdadera, y sosegada del autor de *El sí de las niñas*, y sólo alguna vez que otra, á manera de variante extraordinario se permitia saborear una comedia del teatro antiguo, con tal que no fuese plato demasiado fuerte, para lo que era escogida ó entre las más flojas de los primeros ingenios, ó entre las innumerables de autores de segundo orden.

Sin embargo, la sociedad de hace diez años no era la misma que pintó Moratin, ni aún siquiera la de Breton, y por eso las obras de ambos ingenios aunque representadas con frecuencia, eran recibidas con alguna frialdad. A pesar de todo, el teatro se sostenia con lo que entónces se llamaba comedia *urbana*, género híbrido é indefinible que, sin ser comedia de intriga, porque en lo general era limitada y pobre, comedia de costumbres, por carecer de la pintura necesaria, ni mucho ménos drama, por escasear de recursos y efectos, tenia, sin embargo, afinidad con todos estos tres géneros. La comedia moral, el drama senti-



mental y aún la comedia de costumbres privaban entónces con el público, y los actores, y en especial los empresarios de teatros; fulminaban terribles anatemas contra los incautos jóvenes que se atrevían á presentarles algun drama de época, como dieron en decir á todo lo que no era lo que llamaban de *levita*.

Entónces nuestra literatura dramática tomó una fisonomía francesa y unas proporciones liliputienses. Se traducían arreglos y se hacían funciones de piececitas. Aun recordamos un año, memorable por lo fatal para las letras españolas, en que el Teatro del Príncipe inauguró, sin saberlo, las glorias póstumas de Martin y Romea, de Variedades y Eslava, convirtiéndose el clásico coliseo en teatrillo de funciones de hora. Entónces, como siempre, pensóse echar la culpa de todo al ménos culpable, y se achacó la decadencia del teatro al mal gusto del público. No gusta el drama, se decia: cansa el lirismo; no agradan las pasiones violentas; horripilan los finales terroríficos; y á continuacion, empresarios y actores recomendaban á sus amigos poetas, que no escribiesen mas que comedias de levita.

Sin embargo, de aquella larga y laboriosa gestacion, salió un verdadero autor dramático. Sobre todos los escritores pesaba una terrible dictadura. Gaspar, no sólo se sometió á ella, sino que contribuyó á aumentar la majestad de su imperio. Entónces se puso en moda el drama de tendencias sociales, *La levita*, *Las circunstancias*, *D. Ramon y el Sr. Ramon*, y, por incidencia, se cayó nuevamente en los arreglos de las comedias francesas. Los poetas románticos vivían desterrados de la escena, y críticos, actores y literatos dieron en decir que el porvenir del Teatro estaba en lo que entónces empezaron á designar con el nombre de *Realismo* y se recomendaba la prosa como esencial condicion, y se anatematizaba por falso todo lo elevado, y se proscribía todo exterior aparato.

#### IV.

Pocos años bastaron para hacer cambiar la decoracion por completo.

Aquellos mismos que en cierta velada de invierno condenaban á la execracion y al olvido aquel género apasionado y violento que, inspirándose en nuestro Teatro del siglo xvii, desterró el prosaismo de Moratin, elevándose desde el amargo sentimentalismo del duque de Rivas, á la forma sublime de los dramas de García Gutierrez: aquellos mismos que consideraban entronizados para siempre en nuestra escena los agradables, pero frívolos, juguetes de Alfredo Musset y Octavio Feuillet, y los interesantes, pero falsos, dramas de Alejandro Dumas y Victoriano Sardou, reunidos tambien en el saloncillo del Príncipe, proclamaron una noche modelo de inspiracion dramática y de sublimidad artística una obra que, por sus do-



bles condiciones de fondo y forma, parecía un drama hallado entre los manuscritos póstumos de un poeta del año 30 (1).

El público, esa terrible hidra de mil cabezas, no es tan feroz como algunos se empeñan en pintarle; no hay fiera que con habilidad y paciencia no se domestique, y el público no es tampoco indomable; hé aquí la clave del misterio. Al público se le ha tratado siempre con la dureza empleada con todas las entidades colectivas; se le ha llamado ignorante y caprichoso, y se le ha calumniado; ni el público rechaza lo que es verdaderamente bueno, ni es tan mudable en sus gustos que hoy aplauda lo que ayer reprobaba, sin más razón que su veleidad y antojo. Al público se le educa, al público se le dirige; el artista es el déspota, el público es el esclavo. Esta es una verdad que unos no han llegado á conocer, y otros no se han atrevido á confesar.

En esta cuestión, lógicamente ha sucedido lo que la historia nos enseña con repetidos ejemplos; las debilidades del individuo se han disimulado no pocas veces bajo las apariencias de ineptitud en las muchedumbres; no pocos tiranos han querido disculpar sus errores con la ignorancia de sus pueblos. En el arte escénico los tiranos son dos: el actor y el poeta; los particulares gustos de cada uno los atribuyen al público que, connaturalizándose con ellos, al cabo los acepta; este despotismo, sin embargo, está siempre cubierto bajo humildad hipócrita, llevada hasta el extremo de aclamar el verdadero opresor la soberanía de su esclavo. Lo mejor de todo es, que el público, á fuerza de decírselo á sí, se lo cree, y escritores y actores, concluyen por creerlo también á fuerza de pregonarlo; y, sin embargo, esta servil dependencia existe, aunque tácita é ignorada, á la manera de aquella sumisión con exterioridades de soberbia, en que ciertos maridos viven bien ajenos de pensar que cuanto en su casa se hace no es su voluntad, sino el disfrazado antojo de su cónyuge que, bajo la apariencia de adhesión limitada, se erige en incontrastable señor y único dueño.

Cuando en años pasados se decía:—«Hay que desengañarse; el público no gusta de las invenciones románticas; pasaron para no volver aquellas interminables relaciones de pomposos versos, aquellos ideales y caballerescos amores, aquellas inverosímiles y enredadas intrigas, aquellos terroríficos finales exornados con muertes, desmayos y desafíos; hubiera sido más propio que dijeran los que esto proclamaban:—«Hay que desengañarse; á mí, empresario y primer actor del teatro del Príncipe, nunca me han agradado, ni me agradarán jamás, aquellos dramas románticos cuyos hermosos versos nunca supe decir y cuyas terroríficas y patéticas escenas, jamás supe interpretar, porque la naturaleza, que me dió algunas dotes para representar come-

---

(1) *La esposa del vengador*, drama en tres actos y en verso, original de D. José Echegaray.



dias de costumbres, puso á mi talento insuperables limitaciones respecto al drama y la tragedia.»

Cuando en la presente época se repite:—«Ello es indudable, el arte dramático está atravesando un período de renacimiento, durante el cual, puestos los ojos en el pasado, se inspira, ya en las grandes concepciones de nuestros antiguos clásicos, ya en las obras modernas de los que en el año 30 efectuaron la gran revolucion literaria, demoliendo la retórica de Luzan, elevándose á las más altas regiones de arte, aspirando á confundirse con los dos sublimes ideales dramáticos expresados por Calderon y Shakespeare, debiera decirse de manera más llana:—«Muertas las glorias escénicas de Romea, el último de la pléyade de grandes actores que interpretaron durante medio siglo las elevadas concepciones del arte romántico, por algunos años ha estado el teatro español en desamparo y luto, hasta que en muy reciente época háse iniciado en el arte histriónico un feliz período de renacimiento por dos jóvenes actores que, formados en la escuela pasada donde únicamente pudieron hallar grandes modelos sintiendo ese apasionamiento propio en la juventud, y contando, á no dudar, con poderosas facultades, han acariciado con amor las tradiciones gloriosas de nuestro teatro clásico, han vuelto con entusiasmo los ojos hácia los eternos lauros de Rita Luna y Carlos Latorre, y han soñado con reconquistar para nuestro decadente teatro las pasadas glorias procurando encauzarle y dirigirle hácia ideales antiguos.

No se intente negar que el público se ha mostrado á su vez benévolo y dócil con estas dos tendencias que en nuestro teatro moderno se han sucedido rápidamente. El público ha aplaudido á Catalina en los arreglos de Scribe, en las comedias de Gaspar, en los proverbios de Musett, y en ello era justo, porque es verdad de todos reconocida, que interpreta admirablemente los papeles de *levita*. Poco despues el público se ha entusiasmado con el Segismundo de Calderon y el Hamlet, de Shakespeare, dos concepciones maestras que se creian para siempre arrinconadas y propias sólo para la lectura de personas de gusto y gentes eruditas; y el público, como siempre, ha estado acertado y justo, porque dignos del mayor aplauso eran la arrebatadora declamacion de Calvo, y el vigor de entonacion y dramática majestad de Vico.

En ambos casos está á nuestro juicio suficientemente manifiesto que ni la influencia del público es tan grande como se pretende asegurar, ni los géneros literarios tienen en sí esa voluble condicion de sumergirse espontáneamente para volver á reaparecer. Catalina no queria ó no podia hacer dramas, y dijo: «Al público no le gustan,» y el público concluyó por creérselo. Calvo, empapado en sus favoritos estudios, mira con repugnancia el drama social y la comedia moderna, y exclama, persuadiéndose á sí mismo: «El público no aplaude en el teatro más que el romanticismo,» y el público llega tambien á creérselo, de tal modo, que aplaude todo lo que trasciende á inspira-



cion en ideales antiguos, llevando á veces su exageracion apasionada hasta el extremo de aprobar creaciones lánguidas, absurdas é inverosímiles, pero disfrazadas con románticos atavíos. Hemos de hacer en este punto honrosa excepcion del Sr. Vico, actor de talento más universal y de criterio ménos exclusivista que sin mostrarse apasionado por ningun género interpreta con el mismo entusiasmo y esmero el personaje de una comedia de costumbres que el protagonista de un drama romántico.

## VI.

Las réacciones son en la literatura un hecho tan manifiesto como en la vida política de los pueblos. Nuestro antiguo teatro del siglo xvii, llevado á su mayor apogeo por Calderon de la Barca, empezó á agonizar á principios del siglo pasado, en los sucesores de Bances Cándamo, Zamora y Cañizares, al propio tiempo que el decaimiento político de la época de Carlos II desaparecia para ser reemplazado por los esfuerzos y aspiraciones de una nueva dinastía. Al comenzar el siglo xviii, el carácter español modificábase con la influencia de las costumbres francesas, desterrando aquel espíritu de austeridad sombría y caballeresca que tanto favorecia al movimiento de la literatura romántica, y adoptando en su lugar la sensualidad y el epicureísmo de la córte de Luis XIV, que necesariamente habia de encaminar á la literatura por sendas ménos ideales y que más se conformaran con las exigencias de la realidad de la vida.

Las notables diferencias que habia entre las Córtes del Escorial y de San Ildefonso, habian de reflejarse, así como en la arquitectura, en la literatura y en todas las demas artes de la época. La sociedad del siglo xviii, frívola é indiferente, aguijoneada por un implacable deseo de goces materiales, llevando en su seno los gérmenes de la filosofía escéptica, aceptaba las obras de nuestro teatro clásico, más como legado paterno y recuerdo histórico, que como monumento tradicional y reflejo de nuestras costumbres. Bien es verdad que aquellas damas de ensortijados peinados, ajustadas basquiñas y lúbricos ademanes, y aquellos caballeros de apopléticas y clericales fisonomías, asomadas entre un piélago de encajes y un mar de bucles empolvados, no eran público que pudiese entender la romántica galantería de Lope y el filosófico conceptismo de Calderon.

Quedaron, sin embargo, en el arte literario las tradiciones de la forma, como los vestigios del traje en las variaciones de la moda, pero en todo se acentuaba la decadencia y el empequeñecimiento; la versificacion profunda y elevada habíase trocado en gongorismo insoportable, como la severa gola en ridícula chorrera, y en exagerado tricornio el caballeresco chambergo. Entónces aparecieron aquellas monstruosas y absurdas farsas, sacrílegas caricaturas de los dramas



de Lope y Calderon; entónces escribieron los Navarros, los Bayos, los Camachos, los Ibañez y los Cernedas; entónces se representaron aquellas rimbombantes y estrepitosas mascaradas, que se llamaron: *Cárlos V sobre Dura; El valor de las murcianas, sobre lunas africanas; Exceder en heroismo, la mujer al héroe mismo; A España dieron blason, las Astúrias y Leon, y triunfos de Don Pelayo; Por ser leal y ser noble, dar puñal contra su sangre, y la toma de Milán; Saber del mayor peligro triunfar sólo una mujer; La conquista de Stralsundo; El sitio de Pultova; La toma de Oczakous; Jerusalem conquistada; La destruccion de Sagunto; Sitio y toma de Breslau; El sitio de Calahorra; Troya abrasada; Hernan-Cortés en Tabasco.*

De un lado estas ridículas exageraciones de aquellos poetas, que se decian continuadores de las tradiciones gloriosas de nuestro antiguo teatro, y del otro la tendencia general que hemos indicado como característica en una época en la que era impropio todo idealismo, por hallarse hasta en los más minuciosos detalles de la vida privada una indiferencia, una vulgaridad y un quietismo de espíritu que contrastaba con la actividad, elevacion y turbulencia que predominaban en tiempos no léjanos, fueron parte á que en el fondo de la conciencia de las personas sensatas, y en los escritos de varios críticos estudiosos se promoviera contra aquellos sucesos extravagantes y aquellos melodramáticos delirios, una reaccion á su vez no ménos exagerada, pues llevó á muchos hasta el extremo de anatematizar no ya á los que en la crasitud de su ignorancia profanaban la escena con sus torpes creaciones, sino tambien á los pasados y esclarecidos ingenios del siglo xvii, por considerar erradamente que ellos fueron los que precipitaron la caida del teatro con señalarle en sus principios un derrotero que, á su juicio, debia conducirle á tan espantosa ruina.

Entónces sucedió lo que siempre ha acontecido en aquellas épocas, en que careciéndose de un ideal artístico se ha sentido la necesidad de combatir errores contemporáneos. Combatieron el ideal romántico y volvieron los ojos á la remota escena de los griegos, confiando en ella la salvacion de nuestro teatro, extraviado y perdido por la ignorancia de los autores y el mal gusto del público. Luzan recomienda la estricta observancia de las olvidadas *unidades*. Moratin (padre) escribe sus discursos, *Desengaños del Teatro español*, y por esta senda se precipitan Cadalso, Iriarte y más tarde el mismo Huerta, pensando todos que la restauracion de nuestro teatro habia de buscarse apartándose de los patrios modelos, é inspirándose en los trágicos griegos y en los dramáticos franceses. Bajo estos auspicios comenzó á iniciarse un renacimiento que podriamos llamar realista y que no era otra cosa que una reaccion violenta contra las exageraciones de nuestro teatro romántico degenerado y prostituido en las delirantes farsas de Comella.

Triunfante levantóse D. Leandro Fernandez Moratin avasallando con su influencia la escena de su tiempo y teniendo la indisputab'e



gloria de ser el fundador de la comedia moderna; más aunque grande su victoria no fué tan duradera que impidiese otra reaccion en sentido inverso. Acaso pudo ser causa del nuevo movimiento que Moratin, más crítico que poeta, más observador profundo que autor inspirado, efectuó, á no dudar, una revolucion benéfica para nuestro teatro, pero insuficiente; pues careciendo de aquellas elevadas dotes que son necesarias para la concepcion de sublimes creaciones dramáticas, contentóse con representar en el teatro la vida real y aún vulgar, envolviendo en su accion un pensamiento moral y docente, mas procurando con determinado empeño huir de toda grandeza y elevacion por exagerado amor á la verdad y culpable temor á los errores de ampulosidad y rimbombancia tan comunes en los otros escritores de su tiempo. Con efecto, Moratin desconoció que su sistema era incompatible con aquella más elevada y superior manifestacion del arte dramático, pues reducido el teatro á moral escuela de costumbres y crítica pintura de caracteres, en adelante habian de ser imposibles el drama y la tragedia.

## VII.

Estos dos géneros del arte dramático, que aunque habian enmudecido no estaban muertos para siempre, como acaso Moratin creia, no tardaron en volver á aparecer con nuevo vigor y lozanía. Entónces se verificó la reaccion romántica del año 30; entónces, así como los clásicos preceptistas volvieron los ojos atrás en busca de antiguos ideales, los románticos de aquella época acudieron con avidez á inspirarse en aquel Calderon, á quien juzgó Luzan con severidad pre-dispuesta, y aquel Shakespeare, á quien Moratin comentó con tan lastimoso como risible criterio. Así que de un lado las intransigencias clásicas de los preceptistas y del otro la legitimidad y derecho de dos nobles géneros desterrados injustamente de la escena, hicieron que la reaccion romántica se verificara y que los partidarios de la nueva escuela volvieran tambien los ojos en busca de pasados ideales, inspirándose precipitadamente en la forma de los escritores del siglo xvii.

Hay que notar, sin embargo, que en esta reaccion del romanticismo del duque de Rivas contro el clasicismo de Moratin habia un verdadero ideal, y que si se tomaban por modelo á nuestros antiguos dramáticos, la originalidad y el sentido de la época quedaban incólumes de tal manera, que las obras escritas en aquel período de Renacimiento, aunque llevan todas el sello de nuestro teatro nacional son, sin embargo, en el fondo, bien distintas de aquellas que produjeron nuestros antiguos ingenios. Por esta razon, el movimiento literario de aquella época era un verdadero Renacimiento, pues á la manera del gran desenvolvimiento de las artes en el siglo xv efectuábase el desposorio de la antigua forma y del pensamiento moderno, no tomando del pasado más que la parte de procedimiento experimental y



práctico y la plasticidad de la forma, y dejando correr libre el ingenio en pos de nuevos ideales por los extensos horizontes del porvenir. Compárense, en efecto, las grandes obras producidas en el período romántico de este siglo, y se verá que si la versificación, abandonando aquel lánguido prosaísmo á que la habían reducido los apasionados del *pareado* francés y el *verso blanco* adquiere aquella robustez y vigor, aquella entonación y colorido en el *romance*, en la *décima* y en la *redondilla*, que son el galano atavío de las comedias de capa y espada y tiende á imitar los animados diálogos y grandilocuentes parlamentos de Calderon y Lope, de Rojas y Moreto, el fondo de la obra dramática, la manera de presentarla y desenvolverla, y en una palabra, el ideal que en ella preside, revela en todo al escritor del siglo XIX.

Por el contrario, el actual movimiento romántico producido, como hemos apuntado, principalmente por el gusto y predilección de determinados actores y por un natural movimiento de reacción por parte del público contra el género de comedias frívolas ó de dramas franceses que durante algunos años han invadido la escena, carece de verdadero ideal y sólo estriba en la imitación servil y en el fiel reflejo de los dos movimientos literarios que se propone por únicos modelos. Así, sucede que la mayor parte de las que ahora con aceptación se representan, suelen hacerse mediante uno de estos dos procedimientos ó se escribe una comedia por patron y regla de las del teatro antiguo, y úrdese una trama en la que por fuerza ha de haber un tutor ó un padre, una doncella, y dos galanes que á cuchilladas acudan en torno de la reja, hasta que mediante la intervención truhanesca de algún criado parlanchín y leguleyo que por fuerza también ha de llamarse Moscón ó Clarinete, los amores se descubren, el padre ó el tutor consienten, un galán se retira y la doncella se casa, todo esto exornado de retruécanos y gongorismos; ó bien se escribe un drama de acción patética y complicada, acudiendo á los más melodramáticos y exagerados recursos; haciendo, por ejemplo, que un padre se enamore de la que, sin saberlo, resulta al final hija suya, que á su vez está enamorada de un galán que por cierto medallón que lleva al cuello descubre ser su hermano por parte de madre de la doncella de quien está enamorado, por lo que desafía al padre de su amada, ignorando que lo sea; pero al oír esta revelación de boca de la dama, que en la lucha se interpone, arrójase desesperado sobre su propia espada, y muere en brazos de la que fué su amante y es su hermana, y en los de su rival que, es padre de su amada y casi padre suyo, pues resulta que él era hijo adulterino, y en unas y otras transcurre agonía de hora y media, en la que filosofa y sermonea, hasta que al fin se retuerce, gime, palidece, grita, y cae muerto.



## VIII.

Esto es lo que llaman Renacimiento romántico en la época presente: Versos sonoros, no pocas veces verdaderamente inspirados y bellos, porque nuestros poetas, aún los más descuidados, suelen tener una forma flúida, armoniosa y amena, pero debajo de esta florida corteza, sucesos ridículamente inverosímiles, caracteres pintados con mano trémula y vacilante, carencia de plan determinado, absoluta falta de pensamiento. El Teatro contemporáneo arrastra una existencia ficticia, engalanada con la versificación brillante de los grandes escritores del siglo xvii, acude á parodiar en sus pasiones y afectos el sentimentalismo idealista de los dramas que se representaban en los primeros años del reinado de doña Isabel II; pero careciendo de ideal propio, es sólo imitación pálida unas veces, otras exagerada de anteriores movimientos literarios.

Así, sucede que á pesar del aplauso con que el público los recibe, á pesar de la aceptación con que parte de la crítica los acoge, esos dramas pasan como sombras que se deslizan y evaporan, entre la sociedad presente, que los recibe con el interés de la curiosidad para relegerlos bien pronto al menosprecio del olvido. Bien es verdad que en esos dramas no alienta la vida de nuestro tiempo ni se agitan las pasiones que nos conmueven, ni se exponen los problemas que nos preocupan, ni se retrata el pasado que nos eleva con la grandeza del ejemplo, ó nos impresiona con la melancolía del recuerdo, ni se vislumbra el porvenir que nos sonríe con la halagüena promesa de la esperanza, ó nos aterra y espanta con el sombrío aspecto de lo desconocido y el dolor amargo de la duda.

Nuestra literatura dramática contemporánea es convencional en todo; por eso aunque el público aplaude no se interesa. Es á manera de traje de brocado riquísimo, legado de nuestros mayores, hecho á ajena medida y que intentáramos vestirnos; aprobaríamos seguramente la excelencia del bordado, el fino tejido de la tela, pero inútil sería querer vestirnos con ropa que no podía ajustarse á nuestro cuerpo; el brocado nos estaría corto ó pecaría de ancho. Eso pasa al actual Teatro con la sociedad presente; es un traje primorosamente cortado por antiguos patrones, pero á pesar de la delicadeza del bordado y de la magnificencia de la tela, ni está hecho á su medida ni le sirve. El público acepta y aplaude la hermosa versificación, la galanura de poéticos conceptos, la idealidad de pasiones elevadas, la entonación vigorosa del actor, la difícil interpretación de una escena: y aplaudiendo estos detalles se levanta al final indiferente, sin que el drama que ha visto representar, haya hecho sentir á su corazón ó reflexionar á su cabeza. Aquel drama es un traje que no le sirve; le ad-



mira, pero no le acepta; de aquí esa constante avidez del público por conocer obras nuevas, que rápida y sucesivamente va relegando al olvido.

## IX.

No ha de negarse que en el renacimiento romántico que en el Teatro español viene manifestándose en la época presente, se indica á no dudar una tendencia al progreso, una aspiracion á romper con las trabas en que el arte se hallaba sujeto; pero al propio tiempo hay en esta evolucion una falta de ideal, una carencia de espontaneidad, una inclinacion á abandonar las exigencias depresivas del presente para encadenarse á las tradiciones y los errores del pasado, que en nuestro juicio, nada de fundamental ni de permanente ha de producir. El autor dramático de nuestros dias siente la necesidad de agitarse y de desenvolverse en otra esfera que la que hasta ahora le habia sido permitida; movido de tan elevado intento levanta el vuelo de su imaginacion, y en esta tendencia de su voluntad, vemos un verdadero progreso; pero cuando con la vista seguimos la marcha de su espíritu, cuando le contemplamos vacilante, titubear un momento para encaminar en seguida su marcha hácia ideales muertos y literaturas que pasaron, nos sentimos transportados de la más desconsoladora duda, preguntándonos si acaso será cierto que el clasicismo y el romanticismo, como dijo Hegel, son las dos únicas manifestaciones del arte que en lo sucesivo no podrá vivir sino reflejando siempre uno ú otro de estos antiguos ideales.

Sin embargo, nosotros hemos apuntado un hecho que hemos creido observar en la conciencia de todos: el actual movimiento romántico de nuestro Teatro no halla eco entre nosotros; pasa como un destello de luna, como un reflejo de sol que huyó de nuestro horizonte, como un rayo de luz que aunque ilumina no calienta. El público acude al teatro y aplaude; allí escucha sonoros versos y deleita el oido; allí admira ricas exposiciones de idumentaria y recrea la vista; allí presencia complicadas aventuras y terribles y asombrosos sucesos y entretiene la curiosidad; pero á la salida del coliseo, los personajes del drama, su accion y sus pensamientos, han dejado en él la misma impresion que las figuras de una linterna mágica en el lienzo ó en la pared que por un momento las refleja. No desconocemos que algunos atribuyen esta falta de impresionabilidad á indiferentismo de la época, y no negaremos tampoco que las condiciones históricas actuales no son las más propicias al desenvolvimiento de la literatura; pero aparte de estas dificultades, la indiferencia general fúndase principalmente en que el arte que se quiere imponer á esta sociedad no está en su manera de sentir, ni está en su tiempo, y por tanto, aún hace aquella demasiado, pues la tolera.

Ahora bien, siendo el arte legítima manifestacion de la actividad



humana, tendiendo como tal á desarrollarse, perfeccionándose en todas las épocas, y observando que el actual movimiento romántico, si viene en parte á llenar una constante aspiracion del espíritu, deja en el vacío de toda tendencia, que iniciando una evolucion está aún muy léjos de haber cumplido con su fin; no vacilaremos en asegurar: primero, que el arte siendo inagotable por ser infinito en su esencia no llegará nunca á su última expresion, negando absurdamente el progreso del espíritu; segundo, que no siendo el clasicismo y el romanticismo las columnas de Hércules del arte, es aventurado escribir un *Non plus ultra* en la senda que conduce á la belleza absoluta, y es culpable estancarse en la perezosa contemplacion del pasado, convirtiendo el arte en cúmulo de vagas reminiscencias y en foco de pálidos reflejos.

Cuál deba ser el ideal del Teatro en la época presente, problema es harto difícil de resolver; pero entiéndase bien que no ha de buscarse ni en la época del *Edipo y Electra*, ni en la de *El Médico de su honra* y *El mejor alcalde el rey*. Verdad que la literatura dramática es la ménos subjetiva de todas las manifestaciones literarias; verdad que en ella no pocas veces ha de admitirse como principal elemento la pintura de personajes, hechos y costumbres que pertenecen al pasado, en cuanto la tragedia y el drama histórico son dos de sus más legítimos géneros; pero adviértase que aún en la manera de desarrollar este elemento, ha de tener el Teatro tal espontaneidad y tal personalidad de expresion, que sin faltar á la verdad histórica retratada se presienta en la ejecucion la época en que está hecho el retrato, así como en la pintura de un cuadro aparece á través de sus figuras la genialidad del pintor y el espíritu de su época. Hacer otra cosa sería renunciar á esa gran prerogativa del artista que comunica su propia esencia á sus obras, expresada en esa especial manera de hacer que constituye su personalidad y que se llama el estilo.

## X.

Por otra parte, si la literatura dramática no es manifestacion tan subjetiva como la lírica, no es tampoco tan exclusivamente objetiva como la épica. Por eso, si se estudian las literaturas dramáticas de todos los tiempos, se observa que en ellas hay siempre una expresion, si no muy determinada de la personalidad del poeta, muy esencial y característica de su nacionalidad y de su época. Por esta razon se ha dicho, no sin fundamento, que el teatro es la expresion más nacional de la vida y manera de ser de un pueblo; y con efecto, leyendo á Eurípides, se imagina uno vivir en Atenas; en Moliere se presenciaba la vida epicúrea de la córte de Luis XIV; en Calderon se respira aquella atmósfera del siglo xvii, llena de entusiasmo religioso y de amor caballeresco: los tres autores, aparte del pensamiento y de la accion de



sus dramas y comedias, son esencialmente nacionales; en las tragedias del primero, aparece siempre el vencedor de Maraton y de Platea, paseando su grandeza entre las columnas de los Propíleos: en las comedias del segundo, el *bourgeois* parisien, tan sensual, tan ignorante, tan pretencioso, tan avaro, tan hipócrita y tan embustero como la corrompida córte de su tiempo; en los dramas del último, se ve siempre al castellano hidalgo de honor immaculado, que en Flandes pelea por su rey y en las calles acuchilla por su dama.

El mismo Shakespeare, el que entre todos los autores dramáticos ha sido más humano,—es decir, ha presentado en su teatro más fielmente que ninguno ese elemento permanente del arte dramático que se encarna en los hombres de todos los pueblos y de todos los tiempos, y que es, en fin, reflejo y copia, no ya de una pasión, no de una civilización ni tampoco de un pueblo, sino de todas las pasiones, de todas las civilizaciones, de todos los pueblos, ó lo que es igual, de la humanidad entera,—en su modo de hacer, en el gusto general que preside á sus obras, en todo el carácter sombríamente sangriento de su teatro, ha recibido también el sello de aquella época turbulenta que mediara entre los reinados de María é Isabel, tan llena de horribles crímenes, gigantescas luchas, escenas siniestras y espantables acontecimientos.

Por lo que toca al teatro, en la época presente sucede todo lo contrario; nuestros dramáticos modernos, si representan cuadros históricos no los pintan, y si desarrollan una acción imaginativa, los personajes del drama se mueven en medio del más espantoso vacío, porque, aparte del enredo que le da causa y origen, ni en los pensamientos, ni en los caracteres hay nada que pueda interesarnos, porque nada de lo que allí vemos se conforma con nuestra manera actual de pensar y de sentir.

Ahora bien: si el drama ha de ser expresión espontánea y genuina de la vida y desarrollo de la humanidad en la época contemporánea al autor que la representa, ¿qué condiciones dramáticas tendrán la mayor parte de las farsas que diariamente vemos en la escena, en las que no se pinta ninguna de nuestras actuales costumbres, ni se expone ninguna de nuestras presentes aspiraciones, ni se enuncia ninguno de los problemas que nos preocupan, y en las que se descubre un intencionado olvido ó un palmario desconocimiento de la sociedad en que vivimos? Y siendo esto así, ¿será aventurado afirmar que el ideal dramático de la época presente ha de irse á buscar allí donde palpiten y alienten todos los demás ideales, allí donde concurren y se identifiquen nuestras actuales aspiraciones, nuestros modernos estudios, nuestros dolores, nuestras esperanzas, nuestros recuerdos; en una palabra, todos nuestros pensamientos y todos nuestros sentimientos?



## XI.

Podráse oponer en contra de esta doctrina, que la época presente carece de ese ideal prefijado y característico para que pueda ser desenvuelto por la literatura dramática; pero los que esto digan, será porque desconozcan que esta misma complejidad de la época presente puede redundar en mayor enaltecimiento del teatro, que puede á su vez abarcar más anchos y más variados horizontes. Con efecto; obsérvese respecto á este punto el notable progreso que ha venido efectuándose en el desarrollo de las formas exteriores de manifestacion propias de la literatura dramática. En su origen, los griegos no conocieron más que sus dos extremos opuestos; la levantada tragedia ó la comedia satírica; á cuyos géneros añadieron nuestros escritores del siglo xvii el drama, armónica y bella union de los dos primitivos elementos.

En la época presente, la multitud de nuestras pasiones, de nuestras costumbres y nuestros deseos, abre ámplio campo á la dramática, que unas veces puede producir el interes en el espectador con la mera contemplacion de un acontecimiento verídico pasado, ó con la pintura de un carácter que la tradicion hizo llegar hasta nosotros; otras con la exposicion de hechos imaginados, que dan origen á desarrollo de pasiones generosas y levantadas, sin que la eleccion de época modifique ni altere el interes dramático de la obra, por ser en esta ocasion de un órden enteramente secundario; otras, con el desenvolvimiento de un pensamiento profundo ó de una enseñanza provechosa íntimamente enlazada á una accion interesante y movida; otras, con la reproduccion de animados cuadros tomados de la vida real, usando en ellos, ya los sombríos tonos de la tragedia y del drama, ya el alegre colorido de la comedia y del sainete.

De todo lo cual, deducimos que en la época presente en que tan pobre se manifiesta nuestro teatro, es mayor la riqueza de los medios exteriores con que cuenta para desenvolverse, todos á nuestro juicio igualmente legítimos, igualmente importantes; pues si nos detenemos á hacer un breve análisis, nos encontramos con los géneros siguientes:

*Drama histórico*, en el cual el interes de la accion estriba en el acontecimiento que representa y en la veracidad de su pintura.

*Drama histórico* de tendencia más elevada y que ademas de la accion exterior encierra un pensamiento profundo.

*Drama histórico imaginativo ó drama de época*, en el cual el desarrollo de pasiones elevadas y grandes caracteres es el elemento principal, tomando el elemento histórico como incidencia.

*Drama filosófico* en que una accion imaginada origina el desarrollo de una tesis ó doctrina transcendental.

*Tragedia* en cuanto conserve su carácter épico, pero despojada de la aridez prosáica á que estaba reducida por los preceptos clásicos.



*Drama de costumbres* que representa el elemento dramático en la vida de esta época.

*Drama social* que lleva al teatro los grandes problemas que á nuestra sociedad preocupan, exponiendo mas no resolviendo por ser su resolución propia de otra esfera.

*Comedia de costumbres ó alta comedia* que usando de un elemento cómico muy culto, tiene una tendencia moralizadora y docente.

*Comedia de costumbres ridículas ó truanescas* pero sin llegar á bufonada la licencia.

## XII.

Con tantos y tan variados medios de manifestacion como en la actual época cuenta nuestra literatura dramática, muéstrase más pobre que nunca en sus concepciones, porque lo que ha ganado en manera de expresarse al exterior, lo ha perdido en lo interno de su ideal. Por triste que sea confesarlo, es lo cierto que del extenso cuadro de géneros dramáticos que hemos presentado, muchos de ellos ó no se cultivan ó no han sido bien entendidos por la mayoría de nuestros escritores contemporáneos. Hoy no hay quien cultive el género cómico, pues nunca llamaremos comedias á las groseras bufonadas que suelen bautizar con este título; y respecto al drama, ni hay drama histórico, ni hay drama social, ni hay drama filosófico, reinando en nuestro teatro, única y exclusivamente, el drama imaginativo de pasiones é intrigas inventadas y puestas en una determina época, á capricho del poeta.

No negaremos que dentro de este género han producido nuestros escritores obras de reconocido mérito literario; mas no solamente no vemos la necesidad de encerrarse en un género exclusivo caminando por la senda de la rutina, sino que, por el contrario, creemos que en los otros géneros que desconocen ó abandonan los autores, ha de encarnar mejor el ideal del teatro en la época presente.

El drama histórico de tendencia elevada, el drama filosófico y el drama social, son, en nuestro juicio, más propias expresiones del arte dramático en los tiempos que hoy atravesamos, porque en sus condiciones cabe la exposicion de los pensamientos que nos preocupan, de los sentimientos que nos mueven, de las acciones que nos interesan, de todo lo que, en una palabra, es nuestra propia esencia, porque vive en nosotros.

Sin embargo, el drama histórico, propiamente tal, en que la verdad de la pintura y la fiel copia de los hechos y caracteres constituyen el primer mérito; ni el drama histórico-filosófico, en que á más de todo esto encierra un pensamiento profundo; ni el drama puramente filosófico que pudiera sustituir en esta época el auto sacramental del siglo xvii; ni el drama social, ni aún la comedia de costumbres tienen cultivadores en nuestro país en la época presente. Desde la muerte de



Breton de los Herreros nuestra escena cómica ha quedado desheredada y huérfana: desde los últimos dramas de García Gutierrez nada se ha producido dentro del género épico-trágico, y á excepcion de algunas obras de Tamayo, de otras de Gaspar y de una de Echegaray, nada se ha escrito dentro de las condiciones que el drama social moderno exige. La multitud de autores dramáticos restantes se han dirigido por dos distintas sendas. Los unos por la del drama imaginativo, abjurando de toda propia inspiracion y buscándola en antiguos ideales; los otros penetrando por la senda de lo bajo cómico y traspasando sus límites hasta llegar á los últimos extremos de lo ridículo.

De aquí que en la época presente viva nuestro teatro de ajenos y pálidos reflejos; sin espontaneidad, sin inspiracion, sin vida propia; obedeciendo siempre á dos corrientes que se lo disputan y le hacen vacilar con las oscilaciones de la aguja magnética; dirigiéndose unas veces hácia el teatro del siglo xvii, inspirándose otras en el renacimiento romántico del año 30. Como consecuencia de esta falta de espontaneidad, obsérvase aún en él las obras de muchos aplaudidos escritores, no sólo carencia absoluta de ideal y pensamiento, sino lo que es ménos tolerable, falta completa de verdad en la accion y en la pintura de caracteres: en esto último principalmente es donde se nota el defecto, pues casi en tésis general puede asentarse que nuestro teatro contemporáneo no produce caracteres. La tradicional preocupacion de nuestros escritores es la forma; todo lo dan á la parte exterior del drama; nada ó casi nada á su intrínseca contestura y al esencial contenido del pensamiento que le inspira y le origina.

### XIII.

El lirismo es de tal manera inseparable de nuestro teatro, que cuantos esfuerzos se hagan por destruirle ó aminorarle han de ser necesariamente infructuosos. El mal no solamente está en los escritores; se halla tambien en los actores y en el público. El actor español necesita de la galanura de la versificacion como el cojo del auxilio de la muleta; muchas veces la rotundez de un endecasílabo arrastra tras sí al actor y le lleva á modular un grito que, aunque convencional y falso, se acerca, sin embargo, á la expresion del afecto que allí se representa. Pocos son los que entre nuestros actores saben representar, aunque todos declaman; pero la declamacion dista tanto de la representacion como lo artificioso de lo natural, como lo verdadero de lo falso; por esta razon pocos de nuestros actores pueden brillar sin auxilio de una florida versificacion; por eso se ven siempre perdidos al representar una obra en prosa.

Por otra parte, el público tiene tambien sus gustos tradicionales. El público que acude hoy á nuestros cómodos y elegantes coliseos respecto á sus exigencias é inclinaciones, es el mismo que el que si-



glos atrás se apiñaba en estrechos y míseros corrales, y con frenético entusiasmo aplaudía aquellas largas tiradas de conceptuosas décimas y gongorinos romances con que Calderon y Lope salpicaban profusamente sus obras. Nuestro público de anfiteatros y galería plaude aún con frenesí todo lo que resuena agradablemente en sus oídos, y aún se entusiasma con versos revesados y culteranismos oscuros; las damas de butacas y palcos gustan de líricas y largas descripciones, y sólo la parte más pequeña y más culta del público que asiste á los teatros da escasa importancia á exterior vestidura, que no pocas veces sirve para ocultar con la riqueza de la tela y el primor del tejido la monstruosidad horrible del defectuoso engendro á quien sirve de envoltura.

No se ha de creer que intentamos por esto resucitar la languidez de la forma moratiniana, desterrando del teatro la versificación noble, sublime y elevada; culpamos, sí, que se quiera, atribuyéndola una exclusiva importancia, prescindir de todo lo demás por dárselo todo á ella; queremos, en una palabra, que cumpliendo con los más vulgares y conocidos preceptos de la estética, elíjase una forma galana, bella y adecuada, pero en armonía siempre y siempre en inmediata dependencia del pensamiento ó asunto que se trate de desarrollar y de exponer; de otra manera resultaría desproporción tal entre fondo y forma, que de este desequilibrio se originaría no pocas veces el ridículo, hasta el punto de rayar en cómico el más trágico de los asuntos tratado de este modo.

DEMETRIO ARAUJO.

(Concluirá.)

## CORRESPONDENCIA DE PARIS

La elocuencia: Gambetta.—El P. Jacinto.—Novelas: *La fille Elisa*, por M. de Goncourt.—*Trois contes*, por M. Gustave Flaubert.—Operas: *Le Bravo*, música de M. Salvoy.—*Le Roi de Lahore*, música de M. Massenet.—*Cinq-Mars*, música de M. Gounod.—*Jean Dacier*, drama en cinco actos por M. Charles Lomon.—Exposicion de Bellas Artes.—Los artistas españoles en la seccion de pintura.

PARIS 8 DE MAYO DE 1877.



Acaba de transcurrir acalorada semana. El Parlamento ha reanudado sus sesiones despues de unas vacaciones de seis semanas, y al punto se ha encontrado frente á frente de una cuestion palpitante. Una alocucion del Papa y una circular del cardenal Simeoni han agitado entre nosotros al partido clerical. Algunos obispos dirigieron á los fieles de sus diócesis violentísimas pastorales contra Italia. Los diarios ultramontanos, de los cuales el más ardiente es el *Univers*, que dirige M. Louis Veuillot, dieron á la estampa una peticion en que se solicitaba del gobierno



que interviniera para asegurar la amenazada independencia del Sumo Pontífice, lo que equivalía á pedirle más ó ménos explícitamente que interrumpiera sus amistosas relaciones con Italia y Víctor Manuel. La opinion pública se conmovió profundamente con estos incidentes. No soy aficionado á mezclar con esta correspondencia literaria consideraciones políticas ó religiosas; mas harto comprendereis que nuestro país, restablecido apenas de los desastres de 1870, está necesitado de paz, y que la gravedad de los sucesos que se verifican hoy en Oriente, le imponen á la hora presente el deber de guardar una extremada prudencia. Aunque no estuviéramos unidos con Italia por la simpatía que une á las razas latinas y por tantos recuerdos, nada sería tan contrario á una buena política como irritar neciamente contra nosotros á un poderoso vecino, á quien no tenemos nada que reprochar, y que, por el contrario, en la época de nuestras desgracias, se negó á unirse con nuestros enemigos y nos dió pruebas incontestables de su buena amistad. Por manera, que al volver nuestros diputados á Versalles, llegaban, por decirlo así, con mandato de sus electores, para poner pronto término á las peligrosas agitaciones de nuestros ultramontanos. Ya en la primera sesion se anunció una interpelacion á nombre de los tres grupos de la mayoría republicana. Dos dias ha durado el debate, y la falsa actitud de M. Jules Simon en el primero de ellos, ha estado á punto de provocar una crisis ministerial. El segundo dia se salvó la situacion, merced á la energía y al maravilloso talento de M. Gambetta. La importancia de este hombre político, así como su elocuencia en la tribuna, crecen todos los dias. Durante una hora que duró su discurso, no dejaron de interrumpirle un instante los aplausos del auditorio. Vuestro Emilio Castelar es el único que ha obtenido tamaños triunfos.

Consiste la fuerza admirable de M. Gambetta en el vigor de su talento, en la seguridad con que de un salto entra en el fondo de las cuestiones, y hace que se presente á la vista de todos el verdadero aspecto de un debate. La libertad religiosa no está aquí de modo alguno en peligro. Nadie piensa en impedir que crea cada cual lo que mejor le parezca. Mas la sociedad civil tiene tambien el derecho de defender sus instituciones, y los ciudadanos el de impedir que so capa de religion se sirva una causa política y se precipite á la patria en terribles aventuras. Inútilmente quisiera daros una idea de la fuerza de lógica con que M. Leon Gambetta ha demostrado que los clericales franceses, con desprecio de todas nuestras leyes, se han propuesto llevar á cabo, no una accion religiosa, sino una empresa política. En cuanto á hacer comprender á los que no le han oido lo que ha sido la accion oratoria del célebre diputado, el calor con que se ha expresado, su pasion y comunicativa energía en el desarrollo de la tésis que se habia propuesto demostrar, el dominio que ejerció durante una hora sobre la Asamblea, es cosa imposible aún para aquellos que lean su discurso. ¡Cuán admirable y misteriosa es la fuerza de la palabra humana en manos de un grande orador! M. Gambetta, que no es ministro ni secretario de Estado, que no ocupa ningun puesto oficial, que no es otra cosa más que uno de los trescientos representantes del país, es, sin embargo, en el dia de hoy, merced al prestigio de su talento, el más influyente personaje de Francia. Buscando en la historia del pasado, no encuentro más que un hombre cuyo papel puede compararse con el suyo: Pericles, que siendo tambien un ciudadano, fué veinte años un como rey de la democracia ateniense, que supo conducir y gobernar al pueblo más veleidoso que se ha conocido, sin necesitar otra fuerza que la de la persuasion. ¡Ojalá, para honra de M. Gambetta y prosperidad de la Francia, esas prodigiosas faculta-



des oratorias no se consagren jamás sino al bien público! Así ha sido esta vez. Gracias á él, el ministerio salió del apuro en que se habia puesto; se conjuró la crisis ministerial, y hénos por algun tiempo al ménos tan tranquilos dentro como fuera.

Paris ha escuchado la última semana á otro grande artista de la palabra. El famoso P. Jacinto, que fué diez ó doce años há el predicador más admirado en Nuestra Señora, y que en 1865 se separó con pública resonancia de la Iglesia Católica en los momentos en que el Concilio se disponia á proclamar la infalibilidad pontificia, se ha hecho oír tres domingos seguidos en el vasto anfiteatro *des filles du Calvaire*, donde en invierno se celebran los conciertos de música clásica. Ese anfiteatro donde más de cuatro mil personas pueden reunirse cómodamente, pareció estrecho á las personas que de todos los lados de la ciudad acudian á oír al orador. Tan considerable público se reunió sin un solo cartel. El organizador de estas reuniones ha sido M. Eugene Young, inteligente y hábil director de la *Revue politique et litteraire*. El P. Jacinto habia pedido autorizacion para exponer sus ideas sobre la reforma católica y reproducir las conferencias que habia celebrado anteriormente en Lóndres, Holanda y Suiza; pero M. Julio Simon, temeroso de irritar al partido del clero, que se horroriza ante el solo nombre de M. Hyacinte Loyson, negó la autorizacion que se le pedia. El P. Jacinto tuvo entónces que limitarse á tratar de asuntos morales que cada cual puede tratar con arreglo á nuestras leyes sin permiso del ministerio. Habló el primer dia del *respeto á la verdad*, el segundo de *la familia* y el tercero de *la crisis moral de nuestros tiempos*. Podeis ver estas conferencias en la *Revue politique*, que las ha reproducido exactamente por medio de la estenografía.

El P. Jacinto, á quien hacia nueve años que no se escuchaba en Paris, no puede quejarse de los parisienses. No creo que nunca haya visto un orador agruparse ante él, no ya un auditorio más numeroso, sino más brillante. Elegantes damas y todos los hombres ilustres que en los diversos géneros cuenta nuestra gran ciudad, se habian citado para oírle. Nunca hubo primera representacion del *Teatro Francés* ó de la *Opera* más concurrida ni público que acudiera con más benévolas disposiciones. Se iba, en primer lugar y sobre todo, á rendir un homenaje en la persona de M. Loyson, al principio de la libertad de conciencia, y las injurias que le dirigian los pretensos periódicos religiosos como el *Univers* ó el *Figaro* y los contados silbidos con que en cada conferencia se ha tratado de turbar al orador, sólo han servido para resolver á la gran mayoría imparcial del público á aplaudirle con más entusiasmo. El éxito ha sido grandísimo, lo mismo el del negocio que el de oratoria. Cada conferencia ha producido más de diez mil francos líquidos al orador, no obstante haber regalado un buen número de asientos.

M. Hyacinte Loyson es, sin duda, un orador extraordinario. Ha envejecido desde el tiempo en que hablaba con sacerdotales vestiduras: las arrugas de su rostro se han acentuado; sus ojos han perdido algo de su brillo, pero su voz es tan admirable como ántes, y tiene el mismo timbre agradable al par que sonoro. Necesítase una fuerza no comun de pulmones para llenar durante hora y media sin desmayar y sin cansacio aquel inmenso recinto. Compréndese al punto que ha estudiado profundamente el arte de hablar. Su gesto es sóbrio y adecuado; sabe acentuar la intencion de una palabra sin insistir demasiado en ella; sabe trazar con brillantez el rasgo final; tiene un modo de variar súbitamente de tono, de dividir los períodos, de volver sobre ellos, de repetirlos y de terminarlos, que es en ver-



dad desconocido de los oradores que celebran conferencias entre nosotros, y aún de nuestros grandes oradores parlamentarios. Adviértese que ha salido de una escuela en que se conservan tradiciones referentes á la accion de la palabra humana que en nuestro tiempo se han olvidado. Hay quien le ha seguido en todas sus conferencias por el solo placer de estudiar su entonacion y sus gestos, como se acude á ver de nuevo á un notable cantor ó un gran comediante para proporcionarse los placeres del *dilettanti*. Añádase á esto pasion y un natural calor, aquí y allá rasgos de alta elocuencia, que arrebatan á un auditorio, y contra los cuales en vano protestaria la razon, junto lo que antecede con nobles pensamientos, verdadera elevacion de alma é indisputable sinceridad para los espíritus exentos de preocupaciones, y se tendrá más de lo necesario para explicarse el éxito de estas conferencias.

Y no obstante, el P. Jacinto, no es ciertamente un perfecto orador: al lado de merecidos elogios, la crítica ha sido franca y casi unánime: no es verdadero orador el hombre á quien se admira y se aplaude, lo es, sobre todo, el que convence y persuade. M. Loyson no sabe persuadir. Fáltale uncion y no sabe hallar los caminos del sentimiento; no se insinua en las almas. Es el suyo un temperamento altivo, hecho para combatir y carece en suma de tendencias conciliadoras. Y si no persuade es más incapaz todavía de convencer. Si despojais á sus discursos de la forma brillante y apasionada que ostentan y de sus trozos de efecto, lo que queda es pobre y se sostiene difícilmente. No sabe este orador seguir una idea, hacer que penetre poco á poco en los espíritus ó atacar con perseverancia una doctrina y herirla en su punto vulnerable, llevando por grados á su auditorio á una inevitable conclusion.

En el fondo, M. Loyson no pertenece á su siglo. Aún en las ocasiones en que quiere exponer las nuevas doctrinas, se ve que no las comprende bien. A pesar de haber salido de la Iglesia, no ha dejado de ser eclesiástico. Más que en ciertos gestos y entonacion, descúbrese en él al sacerdote en ciertos hábitos de su inteligencia. Cree que ha demostrado cuando no hace más que afirmar, y en su modo de discurrir predomina la autoridad sobre la argumentacion. No han escaseado los aplausos de su auditorio, pero dudo que la influencia de su palabra haya sido considerable. Al oírle, son más las objeciones que suscita que no las que resuelve.

Embarazábale en esta ocasion el no poder tratar francamente las cuestiones religiosas. Es de desear que pueda hacerlo pronto, y sin embargo, dudo que su tentativa de reforma religiosa obtenga jamás un verdadero éxito, en Paris al ménos. Pocos serán los católicos en el estado actual de los espíritus que abandonen su grande Iglesia romana por tan pequeña Iglesia, y los libre-pensadores no son ciertamente aquellos con quien debe contar un hombre que no se atreve á ir tan léjos en la reforma religiosa, como el más tímido de los protestantes.

Pocos han sido los libros nuevos que se han dado á la estampa en las últimas semanas; los libros, por supuesto, de importancia, pues si sólo nos fijáramos en el número sería en verdad asombroso el número de los tomos que en nuestro siglo se publican cada año. Un hombre que invirtiera en leer todo el dia trataria en vano de hojearlos: cuántos, sin embargo, de estos libros serán los que pasen á la posteridad!

Se ha tratado de hacer ruido en derredor de la novela de M. Edouard de Goncourt titulada: *La fille Elisa*. El año pasado os hablé de los dos hermanos De Goncourt que llamaron mucho la atencion hará cosa de diez años con libros bastante malsanos y escritos en



pretencioso y afectado lenguaje como *Sœur Philomène*, *Renée Mauperin* y otros en que se encontraban entre muchos defectos una observación de París asaz profunda. De entónces acá, ha muerto uno de los hermanos, Julio de Goncourt. El que le ha sobrevivido, no habiavuelto á publicar obras de imaginación, y el público se preguntaba si el hermano muerto se había llevado por ventura á la tumba el talento de la familia. Temo que la demostración es ya casi completa.

*La fille Elisa* es un libro del cual es bastante difícil hablar entre personas honradas. La primera mitad del mismo es un estudio sobre la prostitución en su forma más repugnante, que es la pública. El autor lleva primero á su heroína á un mal sitio y la conduce luego de lupanar en lupanar hasta el grado ínfimo de este género de vida, el de la mujer pública que vaga por los alrededores de un cuartel. Necesítase valor para seguir al novelista en esta serie de ignobles etapas. La segunda parte, que no se relaciona con la primera más que por un crimen sin explicación, es un estudio de nuestras cárceles centrales de mujeres. Allí vemos á aquella desgraciada criatura bajo la influencia de la reclusión, perder lo poco que en ella quedaba y morir en completo idiotismo. Tal vez hubiera en todo esto, y no obstante, la calidad del asunto, materia para hacer un libro, pero el autor no lo ha hecho. Fáltale bastante talento para dominar á lo repugnante de los cuadros que traza; el nombre del autor, los reclamos y el escándalo producido por el asunto de su obra, no han podido hacer que pasara de algunos días el ruido que produjo su libro, el cual duerme ya un sueño de que nunca despertará.

Os recomiendo, por el contrario, como una de las más importantes producciones que há largo tiempo se han dado á la estampa, un tomito que acaba de publicar M. Gustave Flaubert, y que se titula *Trois Contes*. Lo mismo que *La Fille Elisa*, se ha publicado esta obra en la librería Charpentier. Hace veintitres años que se dió á conocer M. Gustave Flaubert con una novela titulada *Madame Bovary*, que lo colocó de un golpe entre nuestros primeros escritores. Presumo que este libro es tan conocido en España como en Francia, aunque por la implacable realidad de sus cuadros parezca principalmente escrito para que se juzgue en el país donde á cada paso puede comprobarse la exactitud de las descripciones que contiene. Después de Jorge Sand y Balzac, *Madame Bovary* señala el advenimiento de una nueva transformación de la novela francesa. Este libro ejerció, por sus defectos, como por sus cualidades, una gran influencia sobre la literatura contemporánea.

Después de *Madame Bovary*, publicó este autor una novela cartaginesa, *Salambô*; luego otra de costumbres contemporáneas, *L'Education sentimentale*, y más tarde una obra extraña, sorprendente, incomprensible, notable é insensata á un tiempo, *La Tentation de Saint-Antoine*. Si añadís ahora una obra dramática que no tuvo éxito, *Le Candidat*, tendreis todos los antecedentes literarios de M. Gustave Flaubert. Por el reducido número de sus obras forma contraste en nuestro siglo con la general fecundidad. M. Flaubert es rico, por fortuna, y no necesita para vivir del producto de su pluma. Trabaja con lentitud, y aún creo que se esmera en trabajar penosamente. Examina prolijamente cada palabra, y sucédele que pasa días y semanas ocupado en una sola frase. Así se explica que se advierta siempre en lo que escribe alguna tirantez y dificultad, mas no se le puede negar un vigor notable y un talento no común de observación.

El tomo que acaba de publicar se compone de tres cortas novelas de mérito desigual. Titúlase la una *Herodías*, y es su asunto la muerte de San Juan Bautista, siendo esta obra una producción fan-



tástica de carácter arqueológico (*fantaisie archeologique*), muy docta, pero extraña, y que causa más asombro que emoción. En cambio, las otras dos novelas, *Un cœur simple* y *La légende de Saint-Julien l'Hospitalier*, son dos verdaderas obras maestras. *Un cœur simple* es la sencilla historia de una pobre sirvienta, consagrada á las más humildes tareas, y de escasa inteligencia, pero tan naturalmente buena y tan llena de abnegación, que no se puede ménos de experimentar una gran emoción al leer dicha historia. Esta novela es la que más se admira generalmente. En cuanto á mí, prefiero por ventura el relato, en que la fantasía y la observación están combinadas, que constituye *La Légende de Saint-Julien*. Hay en esta obra maravilloso arte y extremada sencillez. ¡Qué cualidades pictóricas las de M. Flaubert! ¡Y cómo sabe con dos ó tres rasgos hacer que se presente á nuestros ojos un cuadro que se graba en la memoria! Si la REVISTA tradujese una de estas novelas, y la publicara, estoy seguro de que el éxito no sería ménos grande en el público español que lo ha sido entre nosotros.

Una nueva generación empieza á abrirse paso. Tres obras debidas á jóvenes escritores se acaban de poner en escena: dos óperas y un drama. Las dos óperas son *Le Bravo*, de M. Salvoy, en el *Theâtre Lyrique*, y *Le Roi de Lahore*, de M. Massenet, en la *Grand Opera*. El éxito de ambas ha sido bueno. M. Salvoy ha vuelto recientemente de Roma, donde estuvo por haber obtenido el primer premio de música. También obtuvo esta recompensa años há M. Massenet y era ya conocido por varias obras importantes. Ya dice el título que en Oriente es donde sucede el argumento de *Le Roi de Lahore*. Esto ha dado lugar á que la *Opera* se decidiera á desplegar toda la magnificencia de la *mise en scène*. Un cuadro, sobre todo, el *Paraiso de Indra*, es deslumbrador. El éxito de la música es mayor en cada representación. Necesítase siempre cierto número de audiciones para que los profesores y aún inteligentes puedan comprender todas las bellezas de una *partitura*. Podeis considerar desde luego á M. Massenet como la más brillante esperanza de la música francesa, el émulo joven y valiente de M. Gounod, que envejece y cuyo *Cinq-Mars* es muy aplaudido en la *Opera Comique*, aunque no iguala á *Faust*, ni á *Romeo et Juliette* ni á *Mereille*.

El drama de que tengo ahora que hablaros se titula *Jean Dacier*. Está dividido en cinco actos, y es su autor un joven que todavía no cuenta veinticinco años, que llegó de Tolosa hace pocos meses, y que se llama M. Charles Lomon. No tenía veintidos años cuando remitió la obra al *Theâtre Français*. No recuerdo un éxito parecido al que se le ha dispensado desde la *Princesse Georges*, de Alejandro Dumas. La primera representación fué desde las ocho hasta las doce de la noche una prolongada aclamación. Hémos, pues, ante un joven, que verdaderamente lo es, y tiene todas las pasiones y generosos entusiasmos, y hace vibrar cuanto hay de más noble en el alma humana; hémos ante un verdadero poeta capaz de ejercer sobre la generación á que pertenece una fecunda y saludable influencia. En vano quisiera expresaros la patriótica alegría con que consigno este triunfo, que no será, así lo espero, más que el comienzo de una brillante carrera. M. Charles Lomon es un buen y valiente republicano. Las luchas de nuestra gran revolución son las que le han inspirado esta primera obra. Su *Jean Dacier* es un hijo del pueblo, en quien alientan los puros instintos de la libertad. Si esta carta no fuera ya muy larga no resistiría al placer de referiros este drama conmovedor y soberbio, de deciros sus principales escenas, de citaros algunos de sus sonoros versos. Adviértese aún en ocasiones la inexperiencia de la juventud,



y tambien su fogosidad que se prodiga, y que es sobrada á las veces. Sea en buen hora: no conviene que se tenga juicio demasiado pronto y compadeceria á los jóvenes de veinticinco años que no tuvieran ya nada que aprender. M. Lomon tiene instinto dramático y el fuego que nace de la elevacion del alma y del talento; esto es lo que más importa.

Es preciso reconocer en el éxito que consigno la legítima parte que corresponde á los actores y en particular á madame Favart que no estaba de vena hace ya algun tiempo y que en esta obra ha obtenido un triunfo igual á los mayores que ántes alcanzara. En cuanto á Coquelin que hace el papel de Jean Dacier, es superior á todo elogio. Admirábase en él, hace ya tiempo, al actor cómico que animaba todo el escenario con su gracia y que hacia reir á todo el público con las burlescas inflexiones de su voz; mas en esta ocasion se ha puesto á la altura de los mejores trágicos. Domina la autoridad, el poder, la dignidad, la ira, y con un esfuerzo que haga tendrá tambien la ternura. Hélo ya á la altura de nuestros primeros actores.

Quiero para terminar deciros algunas palabras sobre nuestra Exposicion de Bellas Artes, que segun costumbre, acaba de abrirse el 1.º de Mayo en el Palacio de la Justicia, Campos Elíseos. Superior á las anteriores por el número de los cuadros, no lo es desgraciadamente por el mérito de los mismos. Segun costumbre, cuenta allí la escultura con cierto número de obras notables. Preciso es colocar en primera línea un bajo relieve que representa *el genio de las artes*, destinado á decorar las Tullerías y cuyo autor es un joven, M. Antoine Mercié que anteriormente obtuvo medalla de honor por su bello grupo titulado: *¡Gloria Victis!* Figura tambien en la Exposicion una preciosa estatua de M. Delaplanche *la Música*, y una que es notable por su gracia de M. Chapu *la Pensée* hecha para el sepulcro de la célebre escritora *Mad. Daniel Stern*. Tambien merecen elogios algunos bustos excelentes. La pintura no está desgraciadamente á la altura que el año pasado. Algunos cuadros notables se ven ciertamente, particularmente en retratos y en los de género, así como algunos paisajes dignos de mencionarse y un grupo de oficiales franceses que durante la última guerra saludan respetuosamente á los prisioneros prusianos que pasan delante de ellos y en el cual M. Detaille ha dado muestras de que ha sabido elevarse á la alta pintura; pero aun así, no es ménos cierto que en conjunto el salon de 1877 es inferior á lo que lícitamente podia esperarse; algunos de nuestros más famosos artistas no han expuesto nada ó se han mostrado inferiores á sí mismos y el número de los nuevos que llaman la atención no es muy considerable.

Tenemos el gusto de contar tambien esta vez con un número bastante grande de artistas españoles. Madrazo, como ántes Fortuny, se obstina en no presentar lo que hace, mas me he fijado en las obras de brillante colorido de vuestros pintores, Sres. Rios, Agrosot, Pescador y Saldaña, Casado de Alisal, Codina, Leon y Escosura, Gimenez; si dejo de citar á alguno ruégole que me perdone. Miralles presenta un magnífico retrato de hombre; Casanova un cuadro agradable y una acuarela que prefiero al cuadro. Mi favorito, ya os lo dije el año pasado, es Gonzalez. Su colorido tiene un encanto que deslumbra. Los *regalos de boda* de este año alternan felizmente con el *Bautizo* de 1876. Unicamente quisiera que diese alguna variedad á los tipos de sus personajes y al tono de los trajes que pinta. Estoy convencido de que es capaz de hacer más que hasta ahora ha hecho y sentiria que no hiciera todo lo que tenemos el derecho de esperar de él.

CHARLES BIGOT.



## REVISTA CRÍTICA



Verdaderamente notable ha sido el discurso pronunciado por el Sr. Labra en la seccion de Ciencias morales y políticas del Ateneo. Alto sentido político; templanza y cordura; copia de doctrina acomodada á los últimos adelantos de la ciencia; sincero amor á la libertad, sin alardes demagógicos; verdadero espíritu conservador y sensato dentro de la democracia; espíritu conciliador y transigente, sin abdicacion ni flaqueza, y, con todo ésto, una palabra fácil, sentida y elocuente, calurosa expresion de una rica fantasía y de un ánimo entusiasta. Hé aquí lo que ha sido el inspirado discurso de nuestro amigo, que, juntamente con los Sres. Montoro, Moret, Pedregal y Rodriguez, ha sabido dar la fórmula de la democracia novísima, tal cual la han constituido los adelantos de la ciencia y las enseñanzas que de recientes y dolorosos hechos se desprenden.

¡Síntoma consolador, por cierto, la aparicion de esta nueva democracia, no ya idealista, utópica, bullanguera é intransigente como la pasada, sino cuerda, mesurada y razonable! Trabajo ha costado llegar á este punto, y librarse de los funestos resabios del jacobinismo francés y del progresismo español, buscando la ley y norma de la democracia en las enseñanzas de la ciencia *séria*, de la ciencia inglesa y alemana, y en las lecciones de la experiencia y de la historia. Pero, ó mucho nos engañamos, ó el camino salvador está emprendido; y no sólo por los genuinos demócratas conservadores, sino por los que forman, como el Sr. Labra, en los puestos avanzados de la democracia, lo cual no deja de ser importante y significativo.

La índole de nuestra publicacion nos veda hacer un análisis del discurso del Sr. Labra. Baste decir que, salvo en dos ó tres cuestiones, en él se formularon cumplidamente los principios y reglas de conducta de la democracia sensata y posible, dando de mano á varias utopias. Ciertó que todavía nos habló de federalismo el Sr. Labra, quizá por ceder á compromisos de partido; pero lo consideró como ideal lejano, es decir, lo aplazó para las Calendas griegas; y de esa suerte nos tiene sin cuidado, sobre todo, si por federalismo entiende simplemente el Sr. Labra una descentralizacion algo exagerada.

Renunciando el Sr. Labra al idolátrico culto que á la forma rinden todavía algunos demócratas, se opuso á ciertas incompatibilidades ó intransigencias, y aplaudió la conducta de los demócratas italianos en determinada cuestion, señalando las condiciones en que podian y debian hacerse ciertas transacciones, á veces convenientes. Sobre este punto tampoco podemos ser explícitos, y nos limitamos á declarar que lo dicho por el Sr. Labra nos pareció tan racional como político y sensato.

Antójasenos que no estuvo á igual altura al tratar de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, sosteniendo la fórmula de Cavour. En el estado actual de las cosas, ningun Gobierno (sea liberal ó conservador) puede aceptar solucion tan impolítica. Podrá ser un ideal; pero establecer hoy la separacion de la Iglesia y del Estado, valdria tanto como arrojar á las plantas del ultramontanismo la independendia y seguridad de los Gobiernos y la libertad de los pueblos. En medio del movimiento ultramontano de nuestros dias, es deber de todo Gobierno defender á toda costa sus legítimas prerogativas, y tener á



raya á los poderes eclesiásticos, so pena de abrir la puerta á la más absorbente teocracia. España tiene en este punto tradiciones no interrumpidas; y su regla de conducta en esta cuestion, debe ser unir la política liberal y tolerante de nuestros tiempos á la política regalista que sostuvo desde Isabel la Católica hasta Cárlos III. El día en que se desprendiera de sus prerogativas en materia eclesiástica; el día en que renunciara á su union con la Iglesia, la libertad tendria que vestirse de luto; porque muy pronto la Iglesia libre absorberia al Estado y estableceria el régimen teocrático, y la libertad moriria por la más vergonzosa de las muertes, por el suicidio.

La democracia debe renunciar á esas generosas utopias. No quiere decir ésto que sea tiránica y perseguidora, y viole el derecho; pero sí que no se entregue atada de piés y manos á sus enemigos, por el gusto de darse aires de generosa y justa. No hablemos ya de *Iglesia libre en el Estado libre*, sino de *Iglesia libre en lo puramente religioso, sujeta á la ley del Estado soberano*.

Después del Sr. Labra, han terciado en el debate los Sres. Fuentes y Fliedner. Conservador á la española (es decir, furiosamente reaccionario) el primero, ha sostenido con más vehemencia y buen deseo que habilidad y templanza, las soluciones más retrógradas. En cuanto al segundo, capítulo aparte merece.

El Sr. Fliedner es un pastor evangélico al servicio de la embajada alemana, que maneja nuestra lengua con no poca soltura, pero con rebelde acento germánico, y que no carece de erudicion, ni tampoco de intencion, habilidad y gracejo. Óyense con gusto sus razonados discursos, llenos de espíritu liberal y sentido religioso, y apláudense de buen grado los contundentes golpes que á los ultramontanos dirige; pero no sucede otro tanto cuando defiende (siquiera sea con notable circunspeccion y cordura) el protestantismo. Por eso su polémica con el Sr. Sanchez pareció un *hors d'œuvre*, en un debate donde no juegan en realidad más que dos fuerzas: el ideal tradicional y el libre pensamiento. La inmixtion de ese tercer término, vago é incoloro, ilógico é inconsecuente, el protestantismo, á nada conduce en tales discusiones. Para espíritus verdaderamente latinos, ese factor de la lucha religiosa importa poco. Trátase para ellos de soluciones más radicales y de cosas más altas; y si aplauden la aparicion de ese elemento como fuerza política, no les sucede otro tanto al considerarle como fuerza religiosa. Así es, que los mismos que aplaudian al Sr. Fliedner cuando descargaba mortales golpes al ultramontano, se regocijaban al oír los poderosos é irrefutables argumentos del Sr. Sanchez contra la doctrina protestante. En el Sr. Fliedner se aplaudia al liberal y al libre-pensador; para el protestante no habia aplausos. Los españoles, cuando abandonan sus hermosas catedrales, prefieren quedarse en medio del campo, expuestos á la inclemencia de los elementos, á buscar un refugio en los frios y prosáicos muros de las capillas evangélicas.

\*  
\* \*

En la seccion de Literatura han pronunciado importantes discursos los Sres. Hinojosa, Reus, Vidart y Sanchez Moguel. El Sr. Hinojosa es un jóven orador de mucho porvenir. Sin ser verdaderamente elocuente, su palabra es fácil, correcta y agradable, y su entendimiento no es inferior á su palabra. Conoce perfectamente y defiende con suma destreza las doctrinas escolásticas; es buen ergotista y argumentador, aunque no se desdeña en apelar á sofismas que hábilmente disfraza de argumentos; y aunque ultramontano decidido, hay en sus discursos una tolerancia, unas buenas formas y una exquisita cortesía, que



no harian mal en imitar algunos de sus correligionarios. Sostuvo con brillantez las doctrinas estéticas de los neo-escolásticos (señaladamente Jungmann), y en la cuestion del arte por el arte se mostró bastante liberal y conciliador, pues no negó que el fin primero y capital de la obra artística es la realizacion de la belleza, si bien defendió la legitimidad de su fin moral y docente, cosa que nadie niega, por cierto.

Encargado de contestarle el Sr. Reus, pronunció un correcto discurso, en que sostuvo con sólidas razones el carácter puramente formal del arte y de la belleza y la doctrina del arte por el arte. Lo que nos extrañó en su discurso fué que siendo por su doctrina eminentemente anti-idealista, lo encabezara con un himno platónico-hegeliano-krausista, que con todo podia concertarse menos con el resto del discurso. Quizá se deba esto á que en el espíritu del Sr. Reus batallan (hablando en el lenguaje de su escuela) dos sujetos distintos; uno que le lleva á las doctrinas racionales y positivas de la filosofía que hoy impera, y otro que le impulsa á seguir los corrientes místicas en que anda extraviado el claro espíritu de su maestro y jefe, el Sr. Canalejas.

El Sr. Vidart, agudo y paradógico como de costumbre, hizo algunas atinadas observaciones sobre diversos puntos del debate y defendió despues la peregrina tésis de que la religion no es buena fuente de inspiracion para el arte. Defender es.

El Sr. Moguel, dando un carácter histórico y erudito á su ingenioso discurso, procuró rebajar la importancia del elemento religioso en nuestra literatura; dando lugar á que le contestara el Sr. Sanchez y se iniciara un debate accidental bastante extemporáneo, que contribuyó ménos á ilustrar el tema, que á poner de relieve la habilidad de ambos oradores.

\*

\*\*

Las conferencias de la Institucion libre de enseñanza continúan llamando la atencion del público. Terminó el Sr. Rodriguez las suyas, que han sido verdaderamente notables, y han comenzado varios cursos muy importantes, como son el del Sr. Sala sobre *Arte militar*, el del Sr. Moret sobre *Filosofía de la historia de España*, el del Sr. Saavedra sobre la *Constitucion física del sol*, y el del Sr. Linares sobre la *Morfología de Haeckel*, que será notabilísimo, dadas la competencia y capacidad del Sr. Linares en estas difíciles materias.

Creemos que el Ateneo debiera seguir el ejemplo de la Institucion y dar mayor interes á sus cátedras públicas que, á pesar de la reconocida competencia de los que las desempeñan, no están á la altura de sus sesiones privadas. Quizá convendria para esto sustituir los largos cursos que hoy dan sus profesores con cursos breves ó conferencias sueltas que, á nuestro juicio, producen mejores resultados. Mucho importaria, sobre todo, que á las enseñanzas de carácter filosófico y literario prefiriera las de ciencias experimentales que hoy tanta boga alcanzan y tan necesarias son en nuestro país, abundantísimo en oradores, poetas, políticos y filósofos, pero muy escaso en cultivadores de tales ciencias.

\*

\*\*

En la Academia de San Fernando se verificó la recepcion del nuevo académico Sr. Tubino, á cuyo discurso contestó el señor marqués de Monistrol.

El Sr. Tubino defendió la tésis de que la escultura no ha decaido



en los tiempos modernos, sino que se mantiene á notable altura, teoría que defendió con copia de eruditos datos y no despreciables argumentos. Creemos, sin embargo, que no ha logrado desmentir el hecho de que, con no estar este arte tan decaído como se dice, tampoco alcanza el grado de perfección que logró en la Grecia, merced, es verdad, á circunstancias excepcionales, imposibles de reproducir. Para el Sr. Tubino, la fórmula salvadora de este arte es encarnar el ideal romántico en la forma plástica de la escultura helénica, con lo cual estamos de todo punto conformes.

Erudito fué tambien el discurso del señor marqués de Monistrol; siendo deplorable que tan ilustrada persona aprovechara la ocasión para sostener la vulgar doctrina de que la decadencia del arte escultórico es debida á la falta de sentimiento religioso de nuestro siglo. ¡Como si la escultura, que es la más humana de todas las artes, no pudiera vivir sino á la sombra del misticismo! ¡Como si debiera el menor beneficio al espiritualismo cristiano que la hizo imposible! ¡Como si su moderna resurrección no fuera debida al renacimiento del arte pagano, esto es, á la rehabilitación de la naturaleza, por tanto tiempo sacrificada al espíritu! No hay tendencia más funesta para el arte que este empeño de conservarle su carácter hierático y de sostener que fuera de la religión no hay inspiración artística; como si el arte plástico religioso hubiera hecho nunca otra cosa que representar, bajo nombres divinos, la naturaleza idealizada, sobre todo en su manifestación más bella, en la forma humana.

\*

\* \*

*Oro y oropel* se titula un libro publicado por el escritor vascongado D. Vicente de Arana; y en verdad que no es fácil hallar en él ningún trabajo á que pueda aplicarse el segundo de ambos términos. Compónese esta obra de diferentes traducciones de Tennyson, Loug-fellow y otros notables escritores extranjeros, y de algunas leyendas, cuentos y poesías originales del autor. Pocas traducciones conocemos tan fieles y elegantes como las que contiene este libro, señaladamente las de los poemas *Evangelina* de Loug-fellow, y *Enoch Arden* de Tennyson. Si á esto se agrega que las leyendas originales del señor Arana (evidentemente inspiradas en estos poetas y otros de igual género) en nada desmerecen al lado de las traducciones, fácilmente se comprenderá que *Oro y oropel* es un libro muy estimable y que su autor ha demostrado en él condiciones distinguidas de escritor y poeta, que le hacen acreedor al aplauso de la crítica. Sólo nos permitiremos advertirle que á nuestro juicio debe dar la preferencia á la prosa sobre el verso, en el cual no manifiesta tanto acierto y soltura como en aquella.

Tambien merecen especial mención un libro del Sr. Mentaberri, titulado *Impresiones de un viaje á China*, que es una interesante y amena descripción de las costumbres del Celeste Imperio, hecha con vivo colorido y en elegante estilo, y el *Libro de poesías provinciales* ofrecido al rey por el ayuntamiento de Barcelona, y en el cual se hallan diferentes composiciones poéticas, escritas en castellano unas y en catalán otras, y debidas á diferentes ingenios catalanes, algunos tan notables como los Sres. Piferrer, Milá, Coll y Vehí, Rubió, Aribau, Aguiló, Clavé, Balaguer y otros de grandes méritos. La colección, aunque algo desigual, no deja de ofrecer interés, observándose en ella que las poesías catalanas exceden en valor poético á las castellanas.

\*

\* \*



Un nuevo é importante libro acaba de dar á la estampa el brigadier de ingenieros D. José Almirante, ya ventajosamente conocido por su *Diccionario militar*. Titúlase *Bibliografía militar de España* y es un copioso catálogo bibliográfico dispuesto por orden alfabético de todas las publicaciones importantes españolas y extranjeras que al arte é historia militares se refieren, con especial aplicacion á España. Un registro general de autores por orden de materias y un cuadro sinóptico de bibliografía militar (dividido en tres secciones: *bibliografía, arte militar é historia*) facilitan el manejo de este importante libro que representa una suma inmensa de erudicion y de trabajo.

De desear hubiera sido que el Sr. Almirante, que ha ilustrado con observaciones y notas varias de las obras que en su catálogo comprende, hubiera hecho lo mismo con todas y se hubiera tomado el trabajo de indicar las razones que hacen figurar en su libro algunos escritos cuya relacion con la bibliografía militar no parece clara. Quizá hubiera convenido tambien que el catálogo no estuviera formado únicamente por orden alfabético de autores, sino de materias; pues aunque esto se hace en el registro final, resultaria más cómodo y metódico del modo que indicamos. Pero estos leves reparos no impiden que la obra monumental del Sr. Almirante tenga importancia suma y preste inestimable servicio, no sólo á la ciencia militar sino á las letras y á la bibliografía en general. Precede al trabajo del Sr. Almirante un extenso prólogo en que á pretexto de exponer sus propósitos y justificar el método que sigue en su obra, trata de multitud de cuestiones históricas más ó ménos relacionadas con la ciencia de la guerra, mostrando en ellas no poca discrecion y agudeza, haciendo observaciones de gran valor (singularmente sobre la historia de España en el siglo XVIII) y alardeando en el estilo de cierto desenfado que á veces no cuadra del todo á la severidad del asunto. El prólogo en cuestion se lee con verdadero deleite y muestra condiciones muy distinguidas de historiador y de escritor en el Sr. Almirante, á quien felicitamos por su importantísimo trabajo.

\*  
\* \*

Dejando para otro dia el exámen de la nueva edicion que del *Mágico prodigioso* de Calderon ha hecho el erudito escritor francés Sr. Morel-Fatio, y que requiere un exámen imparcial y detenido, para el cual nos faltan tiempo y espacio, diremos que los teatros que penosa y lánguidamente atraviesan ese período de esterilidad y marasmo que se llama segunda temporada, no han ofrecido novedades dignas de madura crítica. Y no porque hayan escaseado, pues pocas veces se han repetido tanto los estrenos; pero todas las obras por primera vez representadas han pasado rápidamente por la escena, sin dejar apenas recuerdo de su existencia. Únicamente *La Torre de Talavera*, bello y sentido cuadro dramático del Sr. Sellés y el drama patriótico del Sr. Cano *El más sagrado deber*, pueden exceptuarse de esta ley general. El Sr. Echegaray ha dado en este período su segunda caída en la representacion de su drama *Para tal culpa tal pena*, título en que se formula gráficamente lo que de él puede decir la crítica.

\*  
\* \*

No terminaremos esta prolija y mal perjeñada Revista sin contestar á las censuras que nos dirige nuestro colega barcelonés *El Porvenir*, por el juicio que hicimos de la obra del Sr. Pí y Margall *Las Nacionalidades*.



La primera objecion que *El Porvenir* nos hace consiste en decir que al afirmar nosotros como razon perentoria contra el pacto federal, la de que nunca ha existido en España, y fuera de ella sólo en contados casos y en especiales circunstancias se ha realizado, sostenemos que no hay derecho á hablar de lo que no ha existido, nos condenamos á la inmovilidad absoluta y nos reducimos á resolver toda cuestion sobre formacion de nacionalidades por los criterios de la conquista y de los vínculos dinásticos.

Vamos por partes. Ni hemos dicho nunca que no hay derecho á hablar de lo que no ha existido, ni nos condenamos á lo que dice el colega. Lo que afirmamos es que, no existiendo en España las condiciones y circunstancias que en otros pueblos han motivado el pacto federal, y no habiéndose dado nunca el absurdo caso de que una nacion constituida se divida y disgregue para volver á constituirse, nos parece extemporáneo é improcedente hacer en España lo que no es necesario y en ninguna parte se ha hecho, en igualdad de circunstancias. Los pactos se hacen para unir lo que está separado, para formar una nacion grande con la suma de varios Estados pequeños independientes. Esto no sucede en España; luego no hay necesidad de realizar un pacto sin objeto ni motivo que lo justifique. No condenamos, pues, el pacto por nuevo é inusitado, sino por innecesario y peligroso; aunque tampoco somos de los que creen que todo lo nuevo es necesariamente bueno y todo lo viejo forzosamente malo.

Acúsanos *El Porvenir* de haber dicho que la descentralizacion que pedimos para las provincias y municipios ha de ser gracia precaria otorgada por el Estado central, y de no decir cómo pueden conciliarse la autonomía administrativa y económica de dichos centros y la unidad legislativa. Lo primero no es exacto; creemos que la descentralizacion no es una gracia otorgada, sino un derecho, que no se deriva del pacto, pero sí de la naturaleza de los referidos grupos. A lo segundo contesta la experiencia, mostrando en todos los pueblos verdaderamente libres, la armónica coexistencia de la autonomía provincial y municipal, y de la unidad política y legislativa de la nacion. Nada hay más autónomo que los condados y burgos ingleses, y sin embargo, allí no hay nadie que sueñe con pactos federales.

Censúranos tambien por negar que el pacto es bilateral y por defender el derecho de los contratantes á romperlo; pero ninguna razon decisiva alega contra nuestra tesis. No hemos dicho que el pacto no es bilateral; lo que hemos sostenido es que es un contrato de sociedad, de la cual puede salirse el socio cuando no se cumplan las condiciones del contrato. Claro es que las obligaciones son recíprocas, como en toda sociedad; pero esto ¿qué tiene que ver con el derecho de separarse de los asociados? Si el firmante del artículo es, por ejemplo, socio del Casino de Barcelona, al entrar en él se comprometió, sin duda, á llenar ciertos deberes para con los demas socios y para con el Casino, á cambio de ciertos derechos que adquirió; pero quedó en libertad de salirse del Casino, máxime si no se cumplan las condiciones del contrato. ¿Quién puede privar al Estado confederado de hacer otro tanto? ¿Con qué derecho se convierte un pacto voluntario en irrevocable y definitivo? Si llega un momento en que se falta á las condiciones bajo las cuales se pactó, ¿por qué no ha de salirse de la nueva sociedad cualquiera de los pactantes? Todo contrato bilateral se rompe por la voluntad de las partes contratantes; en todo contrato de sociedad puede separarse de ésta el asociado, si las condiciones del contrato no se cumplen. Pues ¿por qué ha de negarse esto al tratarse de una sociedad política, exclusivamente debida al pacto?



El argumento de que debemos establecer el federalismo precisamente porque no sabemos gobernarnos, es peregrino por cierto. Los pueblos ingobernables para todo sirven, ménos para un sistema político que reparte las cargas del Gobierno sobre gran número de ciudadanos, y complica notablemente las ruedas de la máquina gubernativa. El que no sabe gobernarse, ¿cómo ha de ser autónomo? ¿Ha visto el articulista que á pueblos rebeldes y anárquicos cuadre el sistema federal, ó por el contrario, el más autoritario posible? Si la federacion, en el sentido de descentralizacion ámplia, de *self-government* sin pactos absurdos, puede ser una realidad algun día, será cuando el pueblo haya adquirido la educacion política y moral necesaria para gobernarse á sí mismo. Miéntras tanto no será otra cosa que una peligrosa utopia.

El articulista termina acusándonos de apasionados y declamadores por haber condenado los excesos del federalismo, y achaca el atraso del pueblo al unitarismo. Al unitarismo absolutista y teocrático bien puede achacarlo; al que nosotros defendemos no.

Lo que al final de su trabajo dice no merece apénas contestacion. Al atacar á los hombres teóricos y defender á los prácticos, no era nuestra intencion la que, con malicia notoria y tergiversando nuestras palabras, nos atribuye el colega. Nada hemos dicho que suponga menosprecio hácia los hombres honrados y consecuentes, ni tenía necesidad el colega, para defender su tesis, de hacer ciertas alusiones poco convenientes, y de entrar en un terreno á que no hemos descendido, ni descenderemos nunca.

M. DE LA REVILLA.

---

## CRÓNICA MUSICAL

---

Clausura de la Opera.—El Circo de Rivas.—Conciertos de MM. Planté y Servais.

**E**l teatro de la Plaza de Oriente ha puesto fin á sus tareas artísticas con la representacion de *Ledia*, dada á beneficio de los Sres. Cárdenas y Zubiaurre, cerrando así definitivamente sus puertas aquel coliseo hasta el próximo otoño. Este beneficio y aquella representacion ha sido lo único notable que ha tenido lugar en este coliseo desde nuestra última Revista. Los autores de *Ledia* como era natural, han alcanzado con la última representacion de su obra unade las más señaladas recompensas que un público entusiasta y de acendrado patriotismo puede prodigar al compositor en semejantes ocasiones, haciendo presentar repetidas veces en el palco escénico al Sr. Zubiaurre, quien con los artistas todos recibió la más entusiasta ovacion que se ha presenciado en este coliseo, en medio de una tormenta de atronadores aplausos y rodeado por todas partes de ramos de flores, guirnaldas y coronas, que los admiradores y entusiasmados paisanos del autor arrojaron á la escena durante largo espacio de tiempo. Con esta ópera, repetimos, la empresa del regio coliseo ha puesto fin á sus compromisos con el público que tan incondicionalmente y con tanta asiduidad y constancia viene favoreciéndole en los espectáculos que se le ofrecen en este suntuoso templo del arte. No



es esta la ocasion de entrar en un *exámen de conciencia* y recordar dia por dia, y ópera por ópera, todas las vicisitudes, angustias, caidas y tropiezos por que hemos atravesado en esta borrascosa temporada; mucho ménos aún, nos hallamos ahora en condiciones de pasar una revista minuciosa de los *éxitos, fiascos y lances* de todos géneros que se han venido sucediendo en aquel teatro desde el primer dia en que apareció la *troupe* contratada por el Sr. Robles, de cuya pronta descomposicion y anarquía ya tienen noticia nuestros lectores; tambien, por último, debemos hacer hoy mérito de los estrenos, *mise en scène* de las nuevas óperas que allí se han ejecutado y de otra porcion de detalles con los cuales tantísimas cuartillas pudiéramos llenar, y tan *curiosas* observaciones de todos géneros podríamos hacer. No volvamos la vista á lo pasado y pensemos un momento en el porvenir que nos interesa sin duda mucho más. Preciso será que ya olvidemos aquellos disgustos y sinsabores que la empresa de este teatro debió pasar en momentos tan críticos, agobiada por el compromiso contraido con un público que tan justamente se quejaba, y sin norte ni guía que le pusiera en camino, para salir de trance tan fatal, y librarse, por lo ménos, de una situacion tan horrible como la en que le habia colocado el defectuoso y poco armónico personal de aquella *numerosa* compañía, en gran parte inconscientemente contratada y mal elegida. El Sr. Robles, que no le falta talento y discrecion, ha podido apreciar mejor que nosotros durante la pasada temporada todo esto que indicamos, y estamos segurísimos que ha de procurar poner correctivo seguro y eficaz, para que en la próxima, que haya de dar principio en otoño, el teatro de la Opera adquiera todo su esplendor pasado, y sean á la par sus representaciones dignas del arte y del distinguido é ilustrado público que asiste con tanto gusto á sus espectáculos. No queremos ni debemos tampoco en estos momentos denunciar los grandísimos y enormes errores que se han cometido en la direccion de la mayor parte de los espectáculos que aquella empresa ha ofrecido al público; pero de todos modos sí seria de desear que, para la temporada próxima se sepan corregir como se merecen, procurando que la ópera tenga una digna manifestacion, y no presenciemos por más tiempo lo que en la pasada ha sucedido en detrimento, sin duda, de los intereses del arte, no muy bien parado primero, y del público despues. Es necesario que desaparezcan para siempre los abusos de todos géneros que con tanta paciencia hemos tolerado, y que tan poco ciertamente favorecen á la empresa que los consiente, pudiendo cortarlos de raíz y evitarlos con tanta facilidad. La ópera es, ante todo, una institucion artística, cuya seriedad no permite ni podrá consentir jamás esas manifestaciones ruidosas que una *claque* tan intempestiva como ignorante, viene prodigando hasta la inconveniencia, haciendo con sus falsos aplausos ridículas parodias de extranjera costumbre ó fabricando éxitos tan falsos y quiméricos, como inmerecidos de quien así los recibe y consiente. La empresa que despliega toda su actividad y pone todo su empeño en el mayor esplendor del arte, procurando por todos los medios que las representaciones de una ópera correspondan á lo que su misma importancia exige, y el público inteligente desea, no necesita nunca de esos torpes medios, y mezquinos apoyos para lograr el verdadero aplauso y conseguir las justas alabanzas con que un público, tan digno é ilustrado como el que asiste al teatro de la Opera, sabe premiar siempre los nobles y desinteresados esfuerzos que cualquiera empresa pueda hacer en su obsequio y en favor de los intereses mismos del arte. Nadie mejor que el Sr. Robles debe comprender la importancia que ha alcanzado entre nosotros el espectáculo del drama lírico, y el gusto de-



cidido que se ha despertado en el público por cuanto á la ópera se refiere; por consiguiente, es preciso, por lo mismo, que en las representaciones se ponga el mayor esmero, y que la direccion artística, tan descuidada por lo general en el régio coliseo, tenga su correccion, pero muy pronta, y se eviten esas faltas que el público echa tanto de ver en la representacion de casi todas las obras. Operas hemos presenciado que, ni en una provincia de tercer órden, pudiera tener peor ejecucion, ni presentarse en condiciones tan poco en armonía con las exigencias de un teatro como el de la Plaza de Oriente. Esto, como debe conocer la empresa, aparte de no haber excusa que lo justifique, contando con elementos como los que existen en un teatro de primer órden y de tan brillante historia, habla muy mal en favor de quien se obliga á cumplir compromisos sagrados, y tiene el deber ineludible de corresponder á las exigencias de un contrato tan solemne como el que se ha pactado.

Por lo demas, el Sr. Robles, cuya sin igual aptitud y actividad en estas empresas no se pueden poner un momento en duda, sabe cuál es su mision, y puede seguramente cumplirla, si tiene decidido propósito, y atiende las incesantes reclamaciones del público y la prensa. El teatro de la Opera, no lo desconocemos un momento, es por sus condiciones especiales, de aquellos, cuya importancia ponen en grave compromiso á cualquier empresa que le tome á su cargo, y en el que su direccion puede causar grave riesgo al empresario más entendido y discreto, si ha de resolver todos cuantos problemas van anejos á la ópera y su exposicion, y ha de dar al mismo tiempo cumplimiento á las exigencias, cada dia mayores y difíciles del arte escénico y por consiguiente del público ilustrado é inteligente. Pero, cuando, léjos de encontrar *obstáculos y contratiempos* de esos, que no es posible vencer, porque se imponen con fuerza irresistible, al simple anuncio de las representaciones y aparicion de la compañía en los carteles públicos de la empresa, lo más culto y distinguido de la sociedad madrileña, acude en masa á la contaduría del régio coliseo, como sucedió la última temporada, y se hace desde los primeros dias un abono sin ejemplo, y como no se ha conocido desde su fundacion; cuando durante toda la temporada los *llenos* se suceden sin interrupcion en palcos y butacas, y las *localidades medias* se ocupan casi totalmente la mayor parte de las funciones, proporcionando un ingreso constante de fondos á la empresa, tan considerable y positivo, sobre el ya realizado y seguro en el abono general; cuando el director artístico dispone, en fin, de un teatro de tantísimos elementos, y de condiciones cual ningun otro pueda poseer para dar todo el esplendor y magnificencia posibles á las representaciones de las óperas, haciendo de ellas espectáculos dignos de tan espléndido coliseo; cuando de todos estos elementos, repetimos, dispone el Sr. Robles, gozando al mismo tiempo de prerogativas y derechos, verdaderamente mitológicos, no nos explicamos, ni podemos darnos cuenta, de tanto desacierto, tantos errores y desatinos como se han cometido la pasada temporada, y que la empresa haya permanecido impasible ante las quejas de sus abonados, los clamores de mucha parte de la prensa, y sobre todo, ante la constancia de ese pacientísimo público, que no pide en la ópera más que la seriedad y respeto con sus maestros predilectos, y la verdad en la ejecucion de todas las obras que aparezcan en escena. Es necesario sí, que el Sr. Robles se fije en estas observaciones que, amistosamente y sin otro fin que el arte escénico y la música, hoy nos hemos tomado la libertad de dirigirle á propósito de la clausura del teatro que tiene á su cargo, para que en la próxima



temporada, salgan de nuestra pluma más alabanzas y menos reconvencciones por la dirección que le está confiada, y á la cual con su buen talento y discreción seguramente sabrá responder. Así lo esperamos en tanto que, para la apertura de la temporada que viene, la empresa se apresura á hacer buenas contrataciones con las notabilidades del canto, ofreciéndonos un par de cuartetos, por lo ménos, de *primisimo cartello*, y un repertorio digno, así por su bondad como por su novedad del escogido público que asiste á este coliseo; que entónces dispuestos siempre á aplaudir, ántes que á censurar, no hemos de ser los últimos en dirigir nuestras alabanzas á quien lo merezca y que por sus nobles esfuerzos y decididos propósitos en favor del arte se haga al mismo tiempo digno de unánime y general aplauso. Hágalo así el Sr. Robles, y no dude un momento que, con los del teatro y el público, sus intereses saldrán triunfantes, como siempre ha acontecido á los que en semejantes empresas miran sin egoísmo los altos y elevados fines de las instituciones musicales.

\*  
\* \*

También han dado fin las representaciones lírico-dramáticas que con tan brillantes auspicios y favor público comenzaron en el elegante teatro de la calle de Recoletos. Contra lo que todos nos prometíamos, dados los dos magníficos éxitos de *Fausto* y *Hugonotes*, de cuya brillante ejecución ya dimos cuenta á nuestros lectores en anteriores revistas, la empresa de este coliseo, después de cometer el incalificable desacierto de poner en escena las obras más oídas del antiguo repertorio, con la peor combinación posible de los artistas encargados de su ejecución, se ha visto precisada á reducir el número prometido de funciones, terminando así sus trabajos y tareas musicales, con tanta pompa comenzados, y después de hacer todo género de sacrificios. Todavía no nos hemos dado cuenta, ni hemos podido explicarnos satisfactoriamente, cómo ha llegado á tener tan inesperada solución esta pequeña campaña musical con que ha obsequiado á sus expensas el Sr. Rivas á nuestro público, teniendo á su disposición un teatro de su propiedad, primero; habiendo contratado un personal tan numeroso como escogido en su mayoría; contando con un director artístico tan concienzudo é inteligente como el Sr. Kuon, y disponiendo, en fin, de una porción de magníficos elementos que, con un poco de tacto y discreción, tan brillantes y fecundos resultados hubiera podido alcanzar la empresa, que en tales condiciones estaba colocada desde su principio. Comprendemos, en efecto, que se han interpuesto grandes dificultades y obstáculos de todos géneros á su paso, impidiendo que las representaciones se sucediesen tranquilamente y con la conveniente regularidad, imposibilitando al mismo tiempo á la empresa el desplegar en toda su magnificencia los grandes elementos con que contaba, y darlos á conocer al público, como desde un principio se había propuesto; no ignoramos tampoco los imprevistos y fatales contratiempos que han surgido, después de comenzadas las representaciones, y los nuevos inconvenientes á que también ha dado lugar el compromiso que tenía pendiente el Sr. Rivas con la nueva empresa Arderius, con otras varias causas dignas de lamentar y que no podemos desconocer; pero todo esto, que tenemos muy en cuenta con ser grave y muy atendible, no puede tener nunca fuerza bastante para justificar la incalificable dirección que se ha venido observando desde la fatal representación y horrible fiasco del *Hernani*, así como también del muy poco mejor éxito de la *Traviata*. El señor Rivas, mejor que nadie, ha podido persuadirse del disgusto y de la indiferencia que, desde entónces, ha venido apoderándose del público,



tan entusiasmado y satisfecho con las dos primeras óperas que se pusieron en escena, y de cuya interpretacion, como es sabido, se ocupó con tanto elogio toda la prensa y cuantos asistieron á estos espectáculos. Si, pues, del resultado magnífico de *Fausto* y *Hugonotes* se ha deducido que la empresa contaba con sobradísimos elementos para cumplir dignamente sus compromisos, poniendo en escena las grandes obras del moderno repertorio, que son á la vez las que hoy tienen un éxito seguro y positivo, y al mismo tiempo ha podido sin dificultad alguna evitar un escollo que ella misma se habia creado sin necesidad, trayendo tan funestas consecuencias, ¿por qué el Sr. Rivas cometió tamaño desatino, y no contento con dar al público dos obras de las más débiles del repertorio italiano, todavía desatendió los consejos de la experiencia, poniendo en escena otras dos óperas del mismo género, con tanta desigualdad ejecutadas, y con tan poco acierto dispuestas en cuanto los artistas que las han interpretado? ¿Para qué resucitar ahora un *Trovador* y una *Lucrecia*, que habian de traer por necesidad á la memoria éxitos tan notables é interpretaciones tan acabadas como las que se han presenciado otras veces en el régio coliseo, sobre todo no habiendo procurado elegir aquellos artistas que bien combinados, tan diferente éxito hubieran podido obtener, ya que al fin se deseaba entablar la competencia? Esto es verdaderamente incalificable, y no se encuentra razon bastante que lo justifique. Naturalmente ha sucedido con estas representaciones lo que todos esperaban en cada una de estas obras. El *Trovador* no sucumbió el primer dia, porque el Sr. Sani, con sus incomparables facultades vocales, se encargó del papel de *redentor*, y la obra de Verdi se salvó de la inminente borrasca y seguro naufragio que todos auguraban, consiguiendo al fin este artista una verdadera ovacion cuantas noches se ha ejecutado aquella ópera en el teatro de Rivas; y la *Lucrecia*, en las dos noches únicas que se ha puesto en escena, todos los honores de la representacion corresponden exclusivamente á la eminente artista Sra. Sass, á pesar de haber alcanzado un éxito ménos desigual que el *Trovador*, y más aceptable sin duda por parte de los artistas Sres. Corssi y Maini, que lograron por fin algunos aplausos en ambas representaciones. Despues de estas dos obras, nada nuevo se ha puesto en escena, y el público ha tenido que presenciar repeticiones y renunciar ya á la representacion de *Mignon* primero, y de *Hamlet* despues, que la empresa les habia prometido, viendo así defraudadas sus esperanzas, tan halagüeñas al principio, ante una terminacion tan poco prevista é injustificada, si no es por un error que jamás nos podremos explicar.

De manera, que bien considerado, no se ha conseguido ver en este teatro más que dos obras que merezcan el verdadero nombre de representaciones, y puedan por lo tanto constituir un suceso musical, digno de ser consignado en nuestro trabajo, que son el *Fausto* y *Los Hugonotes*, siendo las otras cuatro no más que una demostracion elocuente del poco tino y desacertada direccion de la empresa de este coliseo, y una prueba palmaria y terminante de que el Sr. Rivas desconoce por completo los elementos del *arte de dirigir teatros*, y lo que aún es peor, el gusto y la corriente de las aficiones del público filarmónico de estos tiempos. Con tales condiciones, y marchando por caminos tan equivocados, se comprenderá ahora la precipitada conclusion de estos espectáculos, y el desastroso fin que necesariamente habia de tener aquella empresa, por otra parte tan digna de mejor suerte, despues de tantos sacrificios y desembolsos como ha tenido que hacer hasta llegar á ofrecer al público un personal artístico tan numeroso y de nota en su mayoría, y presentar de un modo tan per-



fecto dos óperas importantísimas y de tanto compromiso como *Fausto* y *Hugonotes*.

Mucho celebraremos que el Sr. Rivas *no eche en saco rato*, como dice el vulgo, este descalabro que tanto lamentamos, y para otra ocasion (que nos alegrariamos no se haga esperar), cuide de dar otro giro á empresas de esta naturaleza, cuyo complicado organismo tanto cuidado exigen y tanta circunspeccion necesitan. De todas maneras, la pequeña temporada de ópera que este empresario ha dado en su teatro, con todos sus defectos y equivocada direccion, creemos ha de producir trascendentales resultados en beneficio del arte, que nuestros lectores apreciarán mejor que nosotros, y el público los ha de tocar en dia no lejano seguramente. Aunque no fuera más que por esta circunstancia, el Sr. Rivas se ha hecho digno de nuestra gratitud, y es acreedor á la estimacion de cuantos por la música y el arte se interesan y saben premiar al mismo tiempo cuantos sacrificios se hagan en obsequio de tan nobles y elevadas manifestaciones.

\*

\* \*

El acontecimiento musical que más ha preocupado la atencion de los *dilettanti* en estos últimos dias, ha sido indudablemente los dos conciertos verificados en el Teatro Español por los Sres. Planté y Servais, cuyas maravillas al piano y violoncello han merecido los elogios de toda la prensa, y los aplausos de la escogida concurrencia que asistió á estas deliciosas sesiones musicales. Hacia algun tiempo que no se habia tenido en Madrid la fortuna de escuchar esta clase de *virtuoses* que tanto se dan á conocer en los países extranjeros, donde el arte del piano, sobre todo, ha llegado á adquirir tal desarrollo é importancia, y hoy constituye una de las profesiones más predilectas y mejor remuneradas del público aficionado. Por esta causa, los distinguidos artistas Sres. Planté y Servais han tenido entre nosotros en los dos conciertos que han dado en el antiguo coliseo de la calle del Príncipe, una acogida tan entusiasta como merecida, que formará sin duda una de las páginas más memorables en la historia de estos dignos continuadores de Thalberg, Moscheles y Chopin, que con tanta inteligencia y distincion han sabido interpretar las grandes concepciones musicales de los maestros que nos han dado á conocer. Instrumento de inmensas dificultades, por más que se preste mejor que otros para el mayor lucimiento de los artistas que á él se consagran, el piano necesita, por parte del que le ejecuta, condiciones de tal modo heterogéneas y distintas, que difícilmente se encuentran armonizadas en un mismo pianista. Miéntras unos ejecutan prodigiosamente y no encuentran dificultades para traducir los pasos melódicos más intrincados y las posiciones armónicas más trabajosas, otros, por el contrario, fijándose en el espíritu del compositor y el carácter de la obra, procuran dar toda la importancia á la expresion musical, considerando poco ménos que secundario, cuanto respecta á la agilidad y resolucion del más complicado mecanismo. Estas son las dos tendencias que encontramos en toda la historia del arte del piano, en lo que respecta á su ejecucion, desde Bachy Clementi en el pasado siglo, hasta Liszt y Chopin en los tiempos modernos, las cuales han constituido las dos escuelas dominantes hasta nuestros dias, y hoy el *virtuosismo* moderno trata de armonizar, fundiéndolas en una con carácter propio y sistemático, como resultado de un mayor conocimiento del carácter y la marcha general del espíritu de nuestra época, á propósito del arte musical y de sus condiciones estéticas. Planté á nuestro modo de ver, si no llega á realizar de un modo general y completo aquella tendencia, uniendo á su gran habi-



lidad mecánica el más exquisito sentimiento y una expresión admirable unida al gusto más delicado, por lo ménos ha demostrado un profundo conocimiento del instrumento y sus resortes técnicos, y un estilo musical de lo más puro para la traducción del pensamiento del compositor, así como de la expresión y colorido de la obra musical. Todas cuantas piezas ha ejecutado en los dos indicados conciertos, nos han merecido este concepto, y han valido al distinguido pianista la más entusiasta ovación, siendo frenéticamente aplaudido, sobre todo, en la *sonata* de Chopin, la *melodía húngara* de Liszt, y la *tarentela* que, acompañada de la orquesta, ejecutó de un modo admirable en el primer concierto, así como en una *Rapsodia húngara* de Liszt y la *danza Bamboula* de Gotschalk, que hizo oír en el segundo, obteniendo el éxito más extraordinario del inteligente y distinguido público que llenaba todas las localidades de aquel teatro. El Sr. Planté, en fin, es un pianista cuyos conocimientos musicales y raras aptitudes para el instrumento que tan profundamente conoce, encontrarán admiradores en todas partes, y serán apreciadas seguramente en todo lo que valen, como lo hizo nuestro inteligente público, dispensando la más entusiasta ovación á tan distinguido artista en los dos únicos conciertos que se dieron á conocer sus prodigiosas facultades.

El violoncelista Sr. Servais, ménos práctico sin duda, aunque no ménos músico que su compañero, conoce profundamente su instrumento y sabe sacar de él un partido extraordinario, dando á las obras que ejecuta la más acabada expresión por medio de un mecanismo, cuya pulsación indica los grandes estudios que ha hecho en tan difícil arte. Si el distinguido artista belga abusase ménos de la fuerza del arco para evitar la dureza que da á algunas frases, cuyo efecto no puede ménos de hacerse desagradable, y procurara armonizar la mano derecha con la incomparable destreza y agilidad de la izquierda, el Sr. Servais conseguiría, á nuestro modo de ver, lo único que le falta para la verdadera y perfecta corrección de estilo, y obtendría seguramente un resultado más completo en la interpretación del pensamiento musical. El violoncelo es uno de esos instrumentos que más se prestan á la producción de grandes efectos estéticos, y que pueden al mismo tiempo afectar más directamente al sentimiento del público y la fantasía del que le escucha; pero es también, á no dudarlo, de los que más cuidado y tacto músico necesitan al ejecutar las obras, si se quiere evitar sonidos desagradables y esos efectos contraproducentes que resultan tan frecuentemente, ya por la pulsación dura, ó ya por las mismas cuerdas, cuando son heridas bruscamente por el arco del artista. Es el instrumento de cuerda más dulce, sin duda, más armónico, más simpático al público; pero es también el que necesita acaso mayor estudio y condiciones más diversas y difíciles, en el que á él consagre sus aficiones musicales. Por lo demás, el Sr. Servais ha compartido dignamente con Planté los aplausos que el público les prodigó en sus dos conciertos, demostrando en la interpretación de su gran *fantasía de Lestocq* de Auber y en la de la *Hija del regimiento* que tocó en el último, sus poco comunes aptitudes artísticas y un sentimiento musical dignos de la distinguida reputación que hoy goza en el extranjero.

Merece también después de esto especial mención de estas dos fiestas musicales, la orquesta dirigida por el Sr. Vazquez y el señor Monasterio que, al prestarse gustoso á tomar parte en obsequio de aquellos concertistas, obtuvo la más entusiasta acogida en la interpretación de la *Cantiga amorosa* y en el *andante* de la *sonata* de Mendelssohn, dichos con esa perfección y gusto que desde hace



tanto tiempo tiene acreditados el celoso profesor del Conservatorio Nacional.

Esto es lo más notable que ha tenido lugar durante el tiempo transcurrido desde nuestra última revista. Pensábamos también dar cuenta hoy á nuestros lectores de las Conferencias teórico prácticas acerca de la *Naturaleza de la música* que, con tanto aplauso han dado en las clases de la *Institucion libre de enseñanza*, los Sres. Rodríguez é Inzenga, durante estos últimos meses, y cuya transcendental importancia para los estudios estético-musicales merece pensarse con algun detenimiento; pero hoy ya nos falta tiempo y espacio suficientes, y preferimos dejar así materia preparada para la revista próxima.

JOSÉ ESTÉBAN Y GOMEZ.

Madrid, 11 de Mayo de 1877.



---

Madrid 15 de Mayo de 1877.

Propietarios gerentes: **PEROJO HERMANOS.**

---

Madrid, 1877.—Tipografía de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,  
Pizarro, 15, bajos.